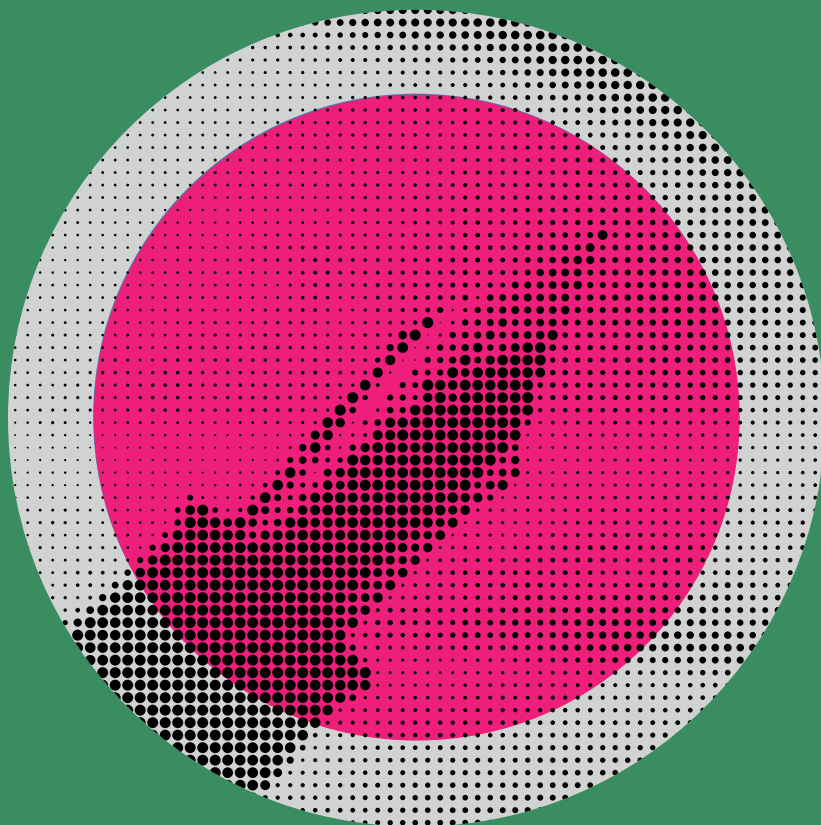


CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD



BATA
MALABO

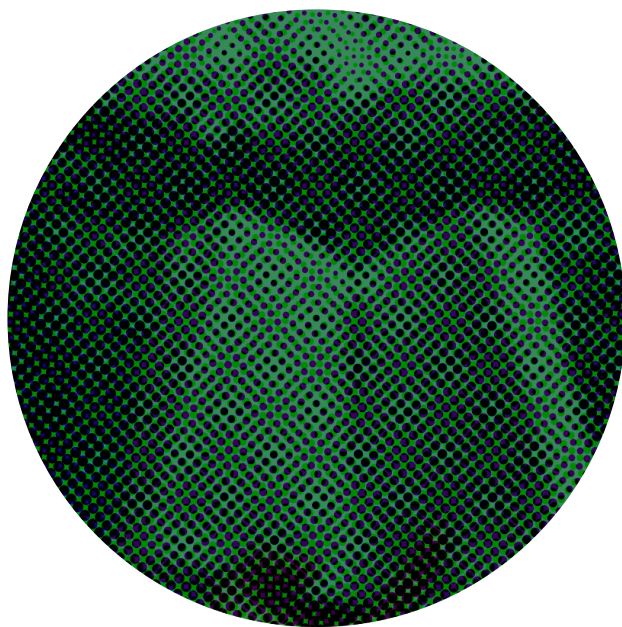
2021

CERTAMEN LITERARIO



*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

2021



Consejo Editorial 2021

- Álvaro Ortega Santos
 - Grimaldo Eko Ndjoli
 - Juan Tomás Ávila Laurel
 - Nadia Valentín Pardo
 - Reginaldo Lopeo Beaká
-
- Corrección de estilo: Julio Sieiro Torrero
 - Maquetación: Capa Identidad Creativa

Derechos de Edición

- © de la edición, AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
- © de los textos y fotografías, sus autores

Catálogo general de publicaciones oficiales: <http://> <https://cpage.mpr.gob.es>

Biblioteca Digital de la AECID-BIDA: <http://bibliotecadigital.aecid.es>

- NIPO en línea: 109-22-031-8
- NIPO impreso: 109-22-030-2

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal

IN MEMORIAM

*ANASTASIA BINOHARI MELEO
CARLOS NVÓ OBAMA
DOROTEA MEDICO MATOMBA
EULOGIO VILLAHUETE PELAYO
JERÓNIMO MEDINA MANRESA
JESÚS-GASPAR DUANA BAYO
JULIO MOTO EPITIE
ROCKY MARCIANO BUERIBERI ECHUAKA
TELESFORO LISSO VILLALBA*

PRÓLOGO INSTITUCIONAL DEL DIRECTOR DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO | 9

PRÓLOGO DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ECUATOGUINEANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA | 11

BIOGRAFÍAS

CHRISTOPHER ADÁ | 15

DAMARIS BOTEKE BARILA | 16

ELEUTERIO EKOBO LOBETE | 17

FILIBERTO NSUE ELÁ ANDEME | 18

LEDUC JEAN-BAPTISTE BELEBENIE | 19

TEXTOS

TEATRO

APARIENCIAS CHRISTOPHER ADA | 21

POESÍAS

LAMENTOS Y RESUCITACIÓN // NUEVE SONETOS PARA UN NUEVO IMPULSO HUMANO LEDUC JEAN-BAPTISTE BELEBENIE | 43

NARRATIVAS

MERCADO SEMU ELEUTERIO EKOBO LOBETE | 55

12 DE OCTUBRE: ¡ONOMÁSTICA FELIZ Y CONTROVERSIAL! FILIBERTO NSUE ELÁ ANDEME | 85

SECCIÓN ESPECIAL RAQUEL ILOMBE

KARMA DAMARIS BOTEKE BARILA | 141

Son ya dos las ediciones de los Encuentros de Hispanistas África-España en las que se enfatiza la necesidad de visibilizar a la llamada “otra hispanidad” -la africana- y a contribuir al mejor conocimiento de la producción de literaturas africanas en español.

Compartiendo esa convicción, los Centros Culturales de España en Bata y en Malabo dispusieron en el 2019 que este veterano certamen literario impulsado en la década de los 80 por el desaparecido Centro Cultural Hispano-Guineano, se abriera a la narrativa regional a través de los escritores de los países - que comparten los Mares de Guinea: Nigeria, Camerún, Gabón, Santo Tomé y Príncipe y Guinea Ecuatorial.

No podía ser de otra forma: en un mundo interconectado e interdependiente en el que la cultura se erige como puente y nexo de unión entre personas, comunidades y países, resulta gratificante ver cómo la apuesta por incentivar la creatividad se irradia por todo el golfo de Biafra a iniciativa de nuestros Centros Culturales ecuatoguineanos, con el apoyo de las secciones culturales de las Embajadas de España, lectores de español de la Cooperación Española y la Oficina Técnica de Cooperación en Nigeria.

Así, a través del certamen se superan demarcaciones institucionales, articulando una gran alianza orientada a la promoción de la diversidad creativa en español. Siempre con la convicción de que “la diversidad cultural amplía las posibilidades de elección que se brindan a todos; es una de las fuentes del desarrollo, entendido no solamente en términos de crecimiento económico, sino también como medio de acceso a una existencia intelectual, afectiva, moral y espiritual satisfactoria”.

Esta frase, que hace tiempo hizo suya la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), y que los centros culturales de la Cooperación Española repiten cual mantra, forma parte de la Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, aprobada un año antes de la creación -no es casual- del Centro Cultural de España en Bata y tan sólo dos años antes del de Malabo.

De ahí ese esfuerzo por incentivar, conocer y difundir la diversidad creativa que forma parte del ADN de nuestros centros culturales y de nuestra cooperación en materia cultural, siempre comprometidos con la libertad de los creadores y el fomento de todo tipo de expresiones artísticas.

Por este motivo, precisamente, resulta tan satisfactorio ver como el certamen se consolida con el tiempo, crece, suma socios, y es esperado año tras año con expectación. Prueba de ello, es que tanto la edición física del certamen, como la digital son consultadas con asiduidad en las bibliotecas de la Cooperación Española; y, año tras año, las estadísticas de descargas de la biblioteca digital de AECID nos confirman que los documentos africanos en español destacan entre las búsquedas y descargas.

Desde el reconocimiento y felicitación a los autores ganadores del certamen de 2021 por la calidad de sus obras, la AECID y nuestros Centros Culturales seguiremos trabajando para promover la diversidad cultural y creación literaria en español en África y en el conjunto de nuestros países socios.

Antón Leis García | Director de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

PRÓLOGO DEL PRESIDENTE

Desde la inmejorable perspectiva que da el haber sido observador y protagonista de la creación de este certamen en la década de los 80, resulta muy reconfortante ver cómo esta iniciativa ha soportado bien el paso de los años y ha mantenido su compromiso con la promoción de las letras en español: son ya varias generaciones de escritores que vieron alentado su genio creativo con este reconocimiento, empezando por la generación que surgió en lo que mi colega el profesor Anacleto Oló Mibuy ha denominado el periodo de la ilustración de la República de Guinea Ecuatorial.

Hoy, podemos recorrer la historia de cuatro décadas de la literatura guineoecuatoriana a través de este certamen, incluyéndome también a mí como ganador que fui en

la categoría de ensayo de la segunda convocatoria. Sin ánimo de ser extensivo, recuerdo a Ciriaco Bokesa Napo, Francisco Ballovera, Joaquín Mbomío, Juan Balboa Boneke, Juan Tomás Ávila Laurel, Práxedes Rabat Makambo, Recaredo Silebo Boturu, o el propio Anacleto Oló, que han sido honrados con este premio a la vez que han contribuido a darle prestigio con sus obras.

A través de él es posible igualmente atisbar la impronta narrativa de mujeres que porfían por abrirse un espacio en un mundo editorial limitado. Es el caso de escritoras como Aurelia Bestué, Carmen Mangué, Diana-Alene Ikaka Nzamio, Mayra Rondo, Teresa Casandra Abeng Esono Nchama, Isabel Nguema Coba o María Jesús Asangono Evuna. A ésta última, por cierto, tuvimos la satisfacción este año de otorgarle desde la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española nuestro máspreciado reconocimiento: el premio literario Miguel de Cervantes.

Como máximo representante de una institución que ejerce de faro del español en la región, veo igualmente con interés cómo el “Certamen 12 de Octubre” ha evolucionado en los últimos años hacia un gran llamado editorial con vocación regional, dirigido a hacer accesibles las letras africanas en español y lograr que estas obras naveguen por los mares de Guinea Ecuatorial y trasciendan allende sus fronteras. Una transformación que cumplimenta las conclusiones del I Encuentro de Hispanistas África-España (Las Palmas de Gran Canaria, 2019) de trabajar en ofrecer visibilidad a la llamada “otra hispanidad”, la africana, y dar a conocer mucho mejor la producción de literaturas africanas en español.

Así, hemos podido acercarnos a la poesía del camerunés Leduc Jean-Baptiste Belebenie o a la prosa de Guy Merlin Nana Tadoun, expresión de la creatividad africana en español al igual que los escritores Mbare Ngom, de Guinea Conakry; Inongo vi Makome, de Camerún, Landry Wilfredo Miampika de RDC y Gisele Avome MBA, de Gabón.

Aprovecho para compartirles mis mejores deseos personales e institucionales para los próximos retos que pueda afrontar este veterano certamen.

Agustin Nze Nfumu | Presidente de la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española.



Christopher Adá. Nacido en Micomeseng (Guinea Ecuatorial) el 13 de agosto de 1996, se encuentra actualmente estudiando la carrera de Informática en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

Entre sus publicaciones destaca la novela “Juntos antes que anochezca”, donde relata con crudeza la cotidianidad de la marginación y la violencia que sufre el colectivo LGBTQI+ en Guinea Ecuatorial, y su participación en el libro de poesía “Antología de Chueca al Cielo”.

Ha participado además como actor y guionista de varios cortometrajes y obras teatrales. Entre otros, cuenta con el Premio del Certamen Bilingüe Cosas de Mujeres (2018) del Instituto Francés de Malabo y el segundo premio por la región insular en el concurso de relatos cortos “Guinea Escribe”-Premio literario Fundación Martínez Hermanos (2020).

Es el segundo año (2020 y 2021) en que el Consejo Editorial del Certamen 12 de Octubre propone una obra dramática de su autoría para la inclusión en esta publicación.



Damaris Boteke Barila. Nacida en Malabo el 12 de enero de 1999, egresada del Centro de Formación Profesional Virgen María de África. Cuenta con un dinámico blog y ha incursionado en el ámbito de la producción cinematográfica y la elaboración de guiones.

En el ámbito literario usa la firma Paxandie, contando con obras inéditas como “Diciembre de miedo”, “Sensaciones extrañas”, “Richard” y “Mucho cuidado con lo que deseas”.



Eleuterio Ekobo Lobete. Nacido en Bososo (Guinea Ecuatorial) el 28 de marzo de 1991. Es graduado en periodismo por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) y tiene estudios de especialización en Dirección de Comunicación Corporativa y Marketing Digital.

Periodista en activo, trabaja desde hace años en Ébano, periódico decano de Guinea Ecuatorial. Cuenta igualmente con colaboraciones en la revista internacional Real Ecuatorial Guinea y ha trabajado como presentador del resumen semanal en lengua bubí en ASONGA TV.

Actualmente edita un blog, y, entre otros medios, ha colaborado con El Mundo y la Agencia EFE.



Filiberto Nsue Elá Andeme. Nacido en Kukumankok Ndong, provincia de Wele-Nzás (Guinea Ecuatorial). Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE), ha cursado estudios de especialización en el ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales en la Universidad Abat Oliva CEU de Barcelona. Se ha desempeñado profesionalmente en diferentes instituciones educativas y actualmente es profesor universitario en la Facultad de Humanidades y Ciencias Religiosas de la UNGE, así como Jefe Adjunto de la Residencia Universitaria en la Universidad Afroamericana de África central (AAUCA) en Djibloho.

Colaborador de la revista ATANGA de los Centros Culturales de España en Bata y en Malabo, en 2011 se desempeñó como instructor-animador a las técnicas de lectura de obras literarias, profesor y responsable del equipo literario estudiantil de Ateneo. Obtuvo el tercer premio en el Concurso Literario Día del Libro, dedicado a Vargas Llosa y al realismo mágico y organizado por el Centro Cultural de España en Bata.



Leduc Jean-Baptiste Belebenie. Nacido en Yaundé (Camerún) el 23 de noviembre de 1997. Es egresado de la École Normale Supérieure de Yaoundé.

Aficionado al periodismo radiofónico, es hablante de español, francés e inglés, ejerciendo como docente de español en el Ayungha Collège Bilingue Polyvalent de Yaoundé.



TEATRO

APARIENCIAS



Christopher Adá

PERSONAJES

OKENVE /35

EMPLEADO /27

CURIOSO /30

PASTOR /35

TRES ESPOSAS /TODAS MENORES DE TREINTA

ACTO I

OKENVE Y EL EMPLEADO.

Sala de espera en el despacho del pastor. (*La sala aparece vacía. Pausa. Se oye el timbre de la puerta de entrada. Al fondo, aparece por la derecha un empleado. Abre la puerta y entra incierto, tímido, Okenve.*)

OKENVE : ¿El señor Ismat?

EMPLEADO : (*Pensando en otra cosa*) Todavía no llegó. Pase a esperarlo.

OKENVE : Recibí una cita para...

EMPLEADO : (*Interrumpiéndole*) Pase usted a esperarlo.

OKENVE : Las siete.

EMPLEADO : Puede tomar asiento.

OKENVE : Solo que, más que con el señor Ismat, estoy citado aquí en su sala de espera, y no sé...

EMPLEADO : El pastor no tardará en llegar.

OKENVE : No creo que tenga tanta paciencia como para permanecer aquí sin explicar al señor Ismat el porqué de mi presencia.

EMPLEADO : (*Cortante.*) El pastor tendrá mucho gusto en oírle.

(El empleado se inclina y sale por la otra puerta. Okenve busca el asiento menos visible y lo ocupa. Pausa. Se oye el timbre de la puerta de entrada. Reaparece el empleado. Abre dicha puerta y aparece el curioso.)

ACTO II

OKENVE, EL EMPLEADO Y EL CURIOSO.

CURIOSO : Quisiera hablar con el pastor Ismat.

EMPLEADO : Pase a esperarlo.

(Se quita el sombrero)

OKENVE : *(Levantándose)* ¿Usted cree que el señor Ismat no tiene ningún respeto?

EMPLEADO : *(Interrumpiéndolo)* Ninguno. *(Al curioso)* Puede sentarse, si quiere.

CURIOSO : *(Que no ha visto a Okenve)* ¿Soy la primera persona que viene a buscarlo esta tarde?

EMPLEADO : La primera, después del señor. *(Dice señalando a Okenve. El curioso y este cambian la primera mirada de unas personas condenadas a ocupar por algún tiempo la misma cárcel. El curioso se sienta. Se oye el timbre del teléfono y el empleado contesta)* Sí... No, no ha llegado aún... Sí, todas las tardes. A las siete... Acostumbramos a considerar tarde las siete... No puedo decirlo con exactitud... Sí, señor... ¿La dirección de su casa? No estamos autorizados a saberla... A sus órdenes. *(Cuelga el teléfono. Se dispone a salir)*

CURIOSO : *(En pie)* Discúlpeme, pero...

EMPLEADO : Dígame

CURIOSO : ¿El señor Ismat es joven?

EMPLEADO : Dentro de unos minutos usted podrá decirme si le parece joven.

CURIOSO : Yo quisiera saber su opinión.

EMPLEADO : Mis puntos de vista son, seguramente, tan diversos a los suyos, que, a lo mejor, la persona que a mí me parece joven a usted le parece un superviviente.

CURIOSO : Entonces, y no me juzgue mal, por favor, pero... si lo comparara con alguien...

EMPLEADO : Comparado con el señor padre del señor Ismat, el señor Ismat es joven. Comparado con el hijo del señor Ismat, el señor Ismat ya no es joven.

CURIOSO : Usted es un maestro en el arte de no comprometerse.

EMPLEADO : Perdóneme, pero no le comprendo.

CURIOSO : No hay duda, es usted el perfecto secretario particular. Guineanos así dejaron de existir desde la Edad de Hielo.

EMPLEADO : No soy su secretario particular

CURIOSO : Y, no obstante, obra como si lo fuera.

EMPLEADO : El señor Ismat no tiene secretos. ¿Por qué tendría un secretario? Yo atiendo los teléfonos, recibo a los clientes... No tengo otra misión, soy un simple empleado

CURIOSO : Yo creo que usted merecería...

EMPLEADO : (*Interrumpiéndole, suavemente*) Nadie tiene lo que se merece. Ahora mismo, tal vez usted merezca que yo satisfaga su curiosidad, (*Al curioso le brillan los ojos*) pero si lo hiciera sería injusto, en primer lugar, con Ismat, que no se merece que con una respuesta indiscreta le ponga en un compromiso, y, en segundo lugar, conmigo mismo.

CURIOSO : ¿Con usted mismo?

EMPLEADO : Sí, porque, y discúlpeme si subrayo de paso su injusticia, ¿no ha pensado que con sus preguntas me roba un tiempo que merezco tener?

CURIOSO : ¿Tiene mucho trabajo?

(El empleado sonríe; parece interesarse en la conversación; toma asiento)

EMPLEADO : No me refiero al tiempo que empleamos en un trabajo manual, en manejar un ordenador o revisar el correo. Piense en el tiempo que sustraemos al desarrollo de una idea, a la continuidad de un monólogo, a la visita de un recuerdo precioso, que, una vez interrumpidos, se escapan y se esconden en nuestra memoria para reaparecer quién sabe cuándo.

CURIOSO : ¿Es poeta?

EMPLEADO : Sus impresiones van de un extremo a otro, sin pasar por el centro. Hace un momento le parecía un secretario; ahora, un poeta.

CURIOSO : No es mi culpa. Usted calla como un secretario y habla como un poeta.

EMPLEADO : Es verdad. Y me alegra encontrar a una persona a quien un solo golpe de vista y unas cuantas palabras le han dado la clave de mi ambivalencia.

CURIOSO : ¿Ambivalencia?

EMPLEADO : No se asuste... Es el nombre moderno de un fenómeno antiguo cuya existencia usted mismo acaba de probar haciendo un doble juicio de mi modo de ser.

CURIOSO : ¿Luego usted cree...?

EMPLEADO : Creo que en cada uno de nosotros existen, simultáneamente, sentimientos contradictorios hacia una misma cosa, hacia una misma persona... Nuestros ancestros lo creían.

CURIOSO : ¡Ah, sí! Eso del amor y el odio. Pero yo prefiero ser el tipo de persona que lo ignora todo.

EMPLEADO : Si usted lo dice... Déjeme explicarle que ese tipo de persona no existe. Y, más todavía, hay dobles modos de ser que, como en mi caso, son aparentemente enemigos.

(Durante el diálogo entre el empleado y el curioso, Okenve empieza a dar señales de inquietud. Ni el empleado ni el curioso han pensado en la presencia del tercero)

OKENVE : (Sacando fuerzas de su timidez) Señores...

(El empleado y el curioso advierten que han estado hablando delante de un tercero. Pasado el primer asombro, intercambian una mirada. Okenve acerca su asiento sin levantarse del todo)

OKENVE : Señores... no sé si debo. No sé si con esta interrupción voy a cortar estúpidamente un diálogo que, en cualquier otro caso, habría respetado fingiendo, como es mi deber, no escucharlo, pero sucede que (*Dirigiéndose al curioso*) usted ha hablado hace un momento de un ser dichoso, conforme e ignorante de cualquier tormento..., y usted (*Dirigiéndose al empleado*) ha insinuado la posibilidad de que ese tipo de hombre no exista.

CURIOSO : Así es.

EMPLEADO : Así es. (*En pie*)

OKENVE : Pues bien, si yo hubiera tenido el gusto de conocerlos hace veinticuatro horas, les habría dicho que ese hombre era yo. (*Ahora es el curioso quien se acerca a Okenve*) El bienestar, la comodidad, el desahogo económico y una alegría bien dosificada estaban dentro y fuera de mí. Y, ya no digamos un tormento, ni la más leve preocupación ensombrecía mis pensamientos o mis costumbres.

EMPLEADO : (*Triunfante*) En una palabra: usted no existía. (Se sienta)

OKENVE : Mejor dicho, yo ignoraba que existía.

CURIOSO : ¿Y ahora?

OKENVE : Ahora... Ahora no puedo decir nada más. (*Se queda abatido*)

EMPLEADO : (*Después de un cambio de miradas con el curioso*) ¿Y por qué motivo? Nada nos impidió hablar con toda franqueza hace un instante, delante de usted.

CURIOSO : Es verdad.

EMPLEADO : Su silencio de ahora revela una desconfianza, una reserva...

OKENVE : Olvida que apenas nos conocemos...

EMPLEADO : No solamente no lo olvido, sino que en realidad es lo único que tengo en cuenta. Gracias a que no nos conocemos ha sido posible este cambio de intimidades entre personas que, precisamente porque nada las une, nada tienen que ocultarse. El interés que demostró interviniendo en nuestra conversación lo ha traicionado.

OKENVE : (*Cobarde*) Ha sido una casualidad.

EMPLEADO : Que usted aprovechó para empezar a desahogarse.

OKENVE : En todo caso, tengo más de un amigo a quien confiarle mis problemas.

EMPLEADO : Tendrá uno o más amigos, pero no es a ellos a quienes va a confiar lo que usted mismo no quiere pensar siquiera.

OKENVE : ¿Para qué son los amigos entonces?

EMPLEADO : Un amigo es alguien a quien contamos nuestras victorias y ocultamos nuestras derrotas. Conozco situaciones como la suya.

(Se oye el timbre de la puerta de entrada. Los clientes vuelven a sus puestos y adoptan actitudes de indiferencia. El empleado recobra su personalidad de empleado).

EMPLEADO : (*Después de abrir la puerta*) Pase, señora.

ACTO III

OKENVE, EL EMPLEADO, EL CURIOSO Y LAS TRES ESPOSAS.

(Entra una señora, vestida de negro, con la cara cubierta por un velo. La señora saca de su bolsa una tarjeta que entrega al empleado. El empleado, con una cortesía mecánica, se inclina e indica a la señora la puerta de un cuarto privado, a la

derecha, invitándola a entrar)

EMPLEADO : Por aquí, por favor

(La señora entra en el cuarto privado. El empleado vuelve al punto de reunión y toma asiento. El curioso ha vuelto a acercarse a la silla)

EMPLEADO : Como decía, conocí situaciones como la suya.

(Se oye el timbre de la puerta de entrada. Todo el movimiento de personas y cosas se repite. Después de abrir la puerta, el empleado se dirige a la mujer que entra)

EMPLEADO : Pase, señora.

(Entra una segunda señora, idéntica a la anterior. Podría jurarse que es la misma. Saca de su bolsa de mano una tarjeta y la entrega al empleado, que la invita a entrar en la sala privada)

EMPLEADO : Por aquí, por favor.

(La segunda señora entra en el cuarto privado. Okenve palidece ante la presencia repetida y parecida. Quiere decir algo que, finalmente, se ahoga en su garganta. El empleado vuelve a ocupar su puesto. El curioso ha acercado su silla y espera, como si de un oráculo se tratara, las palabras del empleado)

EMPLEADO : Como decía, conocí situaciones como la suya.

(Se oye por tercera vez la misma llamada del mismo timbre. El curioso y el empleado repiten inconscientemente los mismos gestos y movimientos. Todo vuelve a ocupar su sitio inicial. Entra una tercera mujer, idéntica a las anteriores, Okenve se queda hecho una estatua. La tercera señora le da una tarjeta al empleado, y este repite los ademanes y pasos anteriores)

EMPLEADO : Por aquí...

TERCERA SEÑORA : No se moleste, conozco el camino.

(El empleado vuelve a su silla y mira a Okenve, que está hiperventilando. Algo le pasa; no puede hablar).

ACTO IV

OKENVE, EL EMPLEADO, Y EL CURIOSO.

EMPLEADO : ¿Qué le ocurre? ¿Qué le ocurre?

CURIOSO : ¡Se ahoga, se ahoga!

EMPLEADO : Cállese, cállese.

CURIOSO : Un poco de agua es bueno para estos casos.

EMPLEADO : No haga ningún esfuerzo, calma.

OKENVE : (*Logrando al fin hablar*) ¿Quién es? (*Al empleado*) ¿Quién es esa mujer?

CURIOSO : ¿Cuál de las tres?

OKENVE : (*Algo alterado*) ¿Quién es?

EMPLEADO : No estoy autorizado a saberlo.

OKENVE : (*Suplicando*) Respóndame, se lo ruego.

CURIOSO : Sí, respóndale. ¿Podemos dejar ya de tratarnos de usted? Es obvio que ya estamos más que conectados.

OKENVE : Hace un momento parecía que usted..., (*El curioso le fulmina con la mirada*) bueno, que tú, eras capaz de comprenderlo todo... Te lo pido: ¿quién es esa mujer?

EMPLEADO : Tienes razón. Ahora no debo mentir, ni ocultar ni callar nada. Ahora debo decir la verdad desnuda, en vez de hablarte como un empleado hipócrita.

OKENVE : (*Conmovido*) Gracias... ¿Quién es?

EMPLEADO : (*Desolado*) No lo sé, te lo juro.

CURIOSO : ¿Cuál de las tres? ¿Queréis saber sus nombres? Es fácil, cada una de ellas te entregó una tarjeta.

EMPLEADO : Espera. (*Busca en los bolsillos y encuentra solo una tarjeta*).

CURIOSO : Busca las otras.

EMPLEADO : No adelantamos nada. Me entregó una tarjeta del pastor Ismat.

CURIOSO : (*Le quita la tarjeta*) Faltan dos.

EMPLEADO : (*Revisa sus bolsillos otra vez*) No hay nada.

OKENVE : Es inútil, por favor... La señora que acaba de entrar, ¿ha estado aquí en otras ocasiones?

EMPLEADO : Trataré de recordar por todos los medios que estén a mi alcance. Te diré la verdad, pero antes ven conmigo. (*Se dirige al cuarto privado seguido de cerca del curioso, que no pierde ocasión para probar que lo es. Entreabren la puerta. El empleado mira y señala*) ¿Te refieres a la señora vestida de negro, la del velo?

CURIOSO : Pero, ¿cuál de ellas?

OKENVE : Sí, a la señora. ¿Te habló alguna vez?

EMPLEADO : Espera. Ahora me habló, pero la primera y la segunda vez que vino... No sé, trato de recordar exactamente... ¿Qué día es hoy?

CURIOSO : Lunes.

OKENVE : (*Anhelante*) Haz un esfuerzo, intenta recordar.

EMPLEADO : Eso es; vino un lunes y luego el lunes de la semana siguiente. Espera... ¿Qué hora es?

CURIOSO : Las siete.

EMPLEADO : Vino tres días seguidos a la misma hora, a esta hora..., o tres veces el mismo día.

OKENVE : ¿Qué te dijo hace un momento?

EMPLEADO : Me dijo solamente: “No se moleste. Conozco el camino”.

(Al oír la frase, Okenve se derrumba abatido en la silla. Los dos lo rodean)

OKENVE : “Conozco el camino”. No hay duda. Ha venido tres veces.
Es ella.

EMPLEADO : ¿Quién?

CURIOSO : ¿Quién?

(Okenve no contesta. Pausa)

EMPLEADO : Puedes decirlo con toda seguridad, tu corazón será comprendido y respetado. Si, como creo, es preciso guardar el secreto, sabremos guardarlo.

CURIOSO : Naturalmente.

EMPLEADO : Desde pequeño confesaba los pecados cometidos por los demás. Tengo el don, el secreto o la habilidad, a veces dolorosa, de hacer hablar a las personas. De sus palabras, hago mis poesías; de sus confesiones, mis novelas... *(Okenve hace un gesto de asombro)* Descuida, no escribiré tu novela: ya está escrita. Pero eso no me impide dejarte como un náufrago, en medio de la tormenta, sin traerte a la orilla de esa confesión que necesitas.

CURIOSO : *(Sin poder resistir más tiempo)* ¿Quién es ella? ¿Quién es?

OKENVE : *(Al empleado)* Lo has adivinado. Lo leo en tus ojos. Por favor, díselo tú; yo no puedo.

EMPLEADO : *(Al curioso)* También puedes leer en mis ojos.

(Cambian una mirada. El curioso lee los ojos del empleado)

CURIOSO : Sí, sí. *(Hablando consigo mismo)* Pero, ¿cuál de las tres?

OKENVE : Ahora todos lo sabemos. Fue ayer por la noche, gracias a un anónimo, a este anónimo.

(Saca un pliego. El curioso se apodera de él, lo lee con ansia. Se lo ofrece al empleado, que lo toma y, sin mirarlo siquiera, lo pone en manos de Okenve)

EMPLEADO : Es inútil, conozco su estilo impersonal y directo. El autor permanece cobardemente invisible: “Preséntese el lunes por la tarde en el despacho del pastor Ismat, y verá con sus propios ojos que su esposa le engaña”.

(Okenve se queda petrificado)

OKENVE : *(En pie)* ¿Cómo has podido...?

CURIOSO : *(En pie)* ¡Lo has adivinado!

OKENVE : *(Sospechando del empleado)* Un momento, un momento... Tú no has podido adivinarlo.

CURIOSO : Tienes razón, tienes muchísima razón. En ningún universo habría sido posible.

OKENVE : *(Colérico, agitando el anónimo)* Tú lo has escrito.

EMPLEADO : Cálmate, eso es mentira.

OKENVE : *(Todavía colérico)* Lo has escrito... *(Dándose cuenta)* ¡Tú lo sabías todo!

EMPLEADO : No supe nada cuando llegaste, antes de que las cosas sucedieran como han sucedido. Se trata de un anónimo como otro cualquiera. Yo los he escrito o, mejor dicho, mis personajes los han escrito. Y la realidad de esa situación ha hecho posible que yo reproduzca literalmente el texto.

CURIOSO : ¡Es maravilloso!

EMPLEADO : Lo maravilloso no existe. Lo maravilloso es que lo maravilloso no existe. Lo que se juzga como maravilloso no es sino una forma deslumbradora de lo real.

CURIOSO : ¡Pero si todo esto parece mentira!

EMPLEADO : Lo has dicho: parece mentira. *(Acercándose a Okenve y poniéndole la mano en el hombro)* Siento lo que ha sucedido, pero la comodidad y

la ignorancia en la que se desarrollaba tu vida no era más que una realidad vacía. No sé si mis personajes hicieron lo correcto. Al menos, ahora, abandonaste ese camino sin paisaje, ese sueño sin ensueños. No tengo nada más que decir, no te debo nada, no quiero nada, no puedo aconsejarte. No me queda otra cosa sino desaparecer.

CURIOSO : Tienes razón. *(Llamando aparte al empleado)* Yo también debo retirarme, pero, ¿con qué pretexto?

EMPLEADO : Búscalos...

(Súbitamente inspirado, el curioso se dirige a Okenve y en un tono alegre, despreocupado, se despide)

CURIOSO : Bueno, señores, tanto gusto. Buenas noches.

OKENVE : *(Confundido)* ¿Te vas?

CURIOSO : No lo vais a creer, pero he olvidado el objetivo de mi presencia en este despacho, y, en cambio, creo recordar que a esta hora tengo una cita importante. Estoy seguro de que, si permanezco a vuestro lado por más tiempo, olvidaré también ese compromiso, como olvido todo. Padezco esa enfermedad que los médicos llaman... ¿Cómo la llaman?

OKENVE : Amnesia

CURIOSO : Eso es: amnesia. ¿He dicho amnesia...? Buenas noches. *(Se inclina y sale)*

ACTO V

OKENVE Y EL EMPLEADO.

(El empleado se dirige a cerrar cuidadosamente la puerta. Okenve se halla, mientras tanto, en el centro de la sala, de pie, incierto, como en el cruce de dos caminos, sin saber qué puerta tomar a su vez. El empleado se acerca. Quedan frente a frente, sin palabras. Una pausa, un hueco del tiempo. Se oye, por fin, el timbre)

privado)

EMPLEADO : Voy enseguida.

OKENVE : Espera un momento, por favor. Quiero pedirte algo.

EMPLEADO : (*Humanizándose*) Dime.

OKENVE : Estoy seguro de que, si no acudes pronto, ella saldrá. Está impaciente. Prefiero hablar con ella aquí y, si me lo permites, hablarle sin luz.

(El empleado apaga la luz más viva. Queda una opaca luz azul).

EMPLEADO : ¿Bien?

OKENVE : Sí.

EMPLEADO : ¿Quieres algo más?

OKENVE : Gracias, eso es todo. (*Se oye el timbre del teléfono. El empleado duda un momento si contestar o no*) Puedes responder.

EMPLEADO : ¡Qué nos importa lo que viene de fuera! Ahora nadie te molestará.

OKENVE : (*Emocionado*) Gracias.

EMPLEADO : Hasta luego.

OKENVE : Hasta luego. (*Al tiempo que el empleado sale por la puerta derecha, hablando casi para sí*) Gracias.

ACTO VI

OKENVE, LAS TRES ESPOSAS Y EL PASTOR ISMAT.

(Una pausa. Se abre la puerta del cuarto privado y aparece la primera esposa. Okenve da un paso hacia ella. La mujer hace un gesto de sorpresa al hallarse en un

lugar sin luz; duda si volver al privado, si llamar; se dispone al fin a salir cuando se le acerca Okenve y le habla con una voz que quiere ser firme)

OKENVE : ¡Nchaso! *(Pausa)* ¿Por qué has venido? Lo sé todo gracias a este papel. Podría matarte, pero tu cuerpo no sentiría la venganza que te reservo... *(La señora, sorprendida, hace un gesto que indica que va hablar)* Ni una palabra. ¡Fuera de aquí! ¡En seguida! ¡No hables! ¡Aquí no! *(Cubriéndose la cara)* ¡Aquí no, joder!

(La primera esposa ahoga un grito y entra aprisa en la sala privada. Okenve intenta abrir la puerta, pero de ella sale la segunda esposa, igualita a la primera)

OKENVE : ¿Por qué has vuelto? No sé si te has puesto ese velo para ocultar tu vergüenza o tu desvergüenza... Mira, también yo he velado mi cara: he apagado la luz... También yo soy un cobarde... ¡Si pudieras no volver! Vámonos de aquí. Te he seguido. Todo este tiempo me has estado engañando.

(Del privado salen la primera esposa y la tercera)

3º ESPOSA/1ºESPOSA : ¿Cuál de las tres?

OKENVE : *(Atontado)* ¿Qué?

2º ESPOSA : Di cuál de las tres.

(Las tres esposas se quitan el velo de la cara)

2º ESPOSA : ¿De verdad crees que te pongo los cuernos con el pastor?

1º ESPOSA : Te dije que nuestro esposo era un paranoico.

3º ESPOSA : No pienso discutir esto aquí. Nos acaba de avergonzar delante del pastor.

2º ESPOSA : Tienes razón. *(Agarra la corbata de Okenve, con un tono amenazante)* Te esperamos en casa.

(Las tres se van, dejando a Okenve sin palabras. Se queda quieto, en el mismo lugar, con la mirada perdida. Pausa. Del cuarto privado sale el pastor Ismat)

P. ISMAT : Bueno..., bueno..., bueno...

(Mira de un modo extraño a Okenve, que se recobra rápidamente. Parece que va a preguntarle algo. No lo hace)

P. ISMAT : Puede pasar, si tiene la bondad.

OKENVE : En seguida, en seguida.

(Y en vez de pasar al cuarto privado, Okenve sale precipitadamente por la puerta del fondo)

ACTO VII

TRES ESPOSAS Y OKENVE.

(Las tres esposas están poniendo la comida en la mesa, colocando los cubiertos. La mesa tiene cuatro sillas. Una de ellas se encuentra en el centro de las demás).

2º ESPOSA : Os dije que era buena idea ir vestidas de esa manera, y que nosotras *(Mira a la tercera esposa)* te hayamos acompañado.

3º ESPOSA : Por poco te pillan. Deberías tener más cuidado con tu pastor.

1º ESPOSA : No fue un despiste nuestro, así que creo que alguien más le informó.

2º ESPOSA : ¿Quién es la única persona que podría estar al tanto de tus citas, aparte de nosotras?

1º ESPOSA : El capullo de la antesala.

2º ESPOSA : Ahí lo tienes. Tú procura que esto no vuelva a suceder. Te librabste por los pelos

1º ESPOSA : Gracias a vosotras.

3º ESPOSA : No seas sentimental, todas sabemos que esto forma parte de nuestro acuerdo. La próxima semana tengo una cita, y espero que me sirváis

de escudo.

1º ESPOSA : ¿Con quién?

2º ESPOSA : Con el chaval ese. Deberías conseguirle una cita con un psicólogo, creo que en ti busca a su madre.

3º ESPOSA : No lo creo.

1º ESPOSA : ¿Seguro?

3º ESPOSA : Sí, porque a su madre jamás la haría las cosas que a mí me hace.

(Se parten de risa. Okenve entra con el rostro cabizbajo. Sus esposas se ponen serias y se sientan a la mesa. Él también se sienta, no sabe cómo empezar a disculparse. Pausa. Comienzan a comer. Solo se escucha el sonido de los cubiertos).

OKENVE : Perdón... *(Mirando el plato).*

(Las esposas siguen comiendo, como si no hubieran escuchado la palabra).

OKENVE : No debí dejarme llevar por un estúpido anónimo; hice el ridículo.

(Se sigue oyendo el sonido de los cubiertos. Ninguna dice ni una palabra).

OKENVE : *(Frustrado)* ¡Me estoy disculpando!

1º ESPOSA : Perdona, ¿dijiste?

OKENVE : Dije que lo siento. No debí irrumpir de esa manera en el despacho de tu pastor.

2º ESPOSA : Y tampoco hacer caso a un anónimo cuyo autor no tiene nada mejor que hacer que destruir matrimonios.

OKENVE : Perdonadme, no volverá a suceder. Sois mis esposas, y debería sentirme orgulloso...

3º ESPOSA : ¿Deberías?

OKENVE : Me siento. Me siento orgulloso de todas. Intentemos olvidar este día, por favor.

1º ESPOSA : De acuerdo, te perdonamos.

3º ESPOSA : Pero hoy duermes en el cuarto de invitados. Ninguna te dejará entrar en su habitación.

OKENVE : Pero...

(Las tres le lanzan una mirada. Él ahoga sus quejas y se queda callado)

OKENVE : De acuerdo. *(Suspira)* Me voy al baño, necesito una buena ducha.

(Okenve da un beso a cada una de sus esposas y se va. Automáticamente, todas cambian su comportamiento)

1º ESPOSA : Dijiste que la próxima semana te tocaba, ¿verdad?

3º ESPOSA : Claro, a menos que una quiera ocupar mi lugar.

2º ESPOSA : No, descuida. Pero..., *(Pensativa, y con una sonrisa)* ¿cómo llegamos hasta aquí?

1º ESPOSA : ¿Te refieres a que a todas nos casaron con la dote?

2º ESPOSA : No. Es que no nos parecemos a ningún matrimonio, a veces...

1º ESPOSA : Somos un matrimonio polígamo. ¡Qué esperabas! Soy la única que puede decir que se casó por amor. En aquel entonces no sabía que, después de cuatro felices años, él traería a otra mujer para que fuera su segunda esposa.

2º ESPOSA : Y yo tampoco pensé que habría una tercera... y aquí estamos.

3º ESPOSA : Dejadle.

1º ESPOSA : ¿Qué?

3º ESPOSA : Si tan molestas estáis, dejadle. Podréis encontrar a un hombre con quien mantener un matrimonio monógamo.

1º ESPOSA : Vivimos dentro de un patio, cada una tiene su casa. (Pausa) La verdad es que no, no pienso dejarle. Además, nosotras hemos creado un sistema que funciona, y no pienso perderlo.

2º ESPOSA : (*Recogiendo los platos*) ¿Te referes a tener amantes y que una de las esposas de tu esposo te cubra las espaldas?

1º ESPOSA : Sí, a eso me refiero.

(*Pausa. La tercera esposa rellena los vasos con vino, levanta su vaso. Las demás siguen su ejemplo*)

3º ESPOSA : Por nuestro sistema.

(*Las demás repiten las palabras. Y brindan*)

1º ESPOSA : Un momento. ¿Cuándo volveré a quedar con mi pastor?

3º ESPOSA : Estuvieron a punto de pillarte. Volverás a verale dentro de cuatro semanas, ya conoces las normas.

2º ESPOSA : ¿Podemos brindar de una vez?

(*Brindan y beben*)

ACTO VIII

OKENVE

(*Okenve está tumbado en el sofá. Le cuesta conciliar el sueño. Se mueve de un lado a otro, se sienta, mira a derecha e izquierda, haciéndose a la idea de que sus esposas están durmiendo de manera cómoda*)

OKENVE : (*A sí mismo*) Ninguna me engaña. Ninguna de mis esposas me engaña.

(Sonríe, se tumba de nuevo en el sofá, alegre y cómodo. Se cubre con la sábana antes de soltar un suspiro y duerme.)

TELÓN



POESÍA

LAMENTOS Y RESUCITACIÓN

NUEVE SONETOS PARA
UN NUEVO IMPULSO HUMANO

Leduc Jean-Baptiste Belebenie

I

Recorriendo los senderos del presente, se detiene el alma al contemplar
centenares de impíos corazones burbujeando de anti-placer,
sadismo hecho de carne corrupta y malvada,
rescolds empedernidos que pululan depurando la obra del maligno.

Contemplo una jauría descarada merendando cáscaras vivas.
El frío runrún de un brindis de copas de rojo manchadas.
Testigo soy de una larga época enmohecida de huesos oscuros,
tétrico escenario en el que parecen errar los dioses amordazados.

Hoy en día yace la paz en un candado-féretro dorado,
cuya llave pisamos todos al andar, incautamente,
mendigando una salvadora manita, santa y humana,

y, tornándose la mirada hacia la gran bóveda albiceleste,
me topo, pasmado, con un abanico de nubarrones, y me alcanza, de repente,
una lucecita providencial portadora de los genes de la Resucitación...

II

En el cálido horizonte se divisa un pedregal humano,
un pedregal de almas medio vivas en busca de un propósito
oscuro, despistado... Costeando neciamente sus senderos,
desencaminados van, alimentados por su “ilustre” ceguera secular...

Acá un derrame de carcajadas secas y puntiagudas que apuntan
hacia el añejo altar del holocausto de la Fe;
allá el gemido sordo de una bocina de lamentos, atrapada en un bote
que acarician las olas inmensas de un embravecido Leteo.

¡Qué insensato atropellarse los unos y los otros, endemoniados
por el ansia insaciable de poder, de tanto codiciar una espada de oro
que, sin embargo, apunta hacia nosotros mismos!

En el suntuoso escenario de la nada
la vida ofrece un estrepitoso espectáculo,
y la muerte, única audiencia, proclama: “¡Viva la vida!”

III A

PROVIDENCIA: La luz, paulatinamente, se difumina:
es tu opaca mano jugueteando con los vestigios de lo humano,
es la estentórea reverberación de tu voz ensordeciendo
a errantes almas que alguna vez fueron mías.

Languidezco bajo un agridulce rocío de lágrimas vespertino,
con la soledad de una paloma sin ramo de olivo en el pico. Demacrada, a duras
penas vuela con media ala,
y sus plumas se desparraman sigilosamente en el abismo.

MEFISTO: ¡Tu reino no es de este mundo!
Tu diestra es sofocada por los intrépidos golpes de mis almas.
¡Qué delectación admirar su carcasa tambaleándose de dolor!

Mientras tanto, la fortuna esparce su espinosa telaraña de cristal
amarrando la esperanza. Trata de devorarla
ignorando adrede su inagotable ardor...

III B

Cual incandescente llama flotando en medio del mar,
cual sempiterna flor que se afirma en la arena del desierto,
la esperanza es la llama inmarcesible que nutre el amar.
Contra viento y marea sigue luciendo con estrépito.

Es el cálido tacto de su palma, floja y tierna, en su hombro,
el aroma verde de su presencia que se derrama en ti,
penetrando hasta las honduras más lejanas de tu ser
para aniquilar el rancio veneno que alimentaba la herejía.

No hay corazón demasiado recio ni terco que no despedace
aquel relámpago amarillo, ni noche demasiado larga que no
alumbre, una y otra vez, el inicio de un rayo nuevo, sibilino...

¿Y qué sucede al alcanzar la mano de la esperanza, que se quitó el velo?

Pues... reverdece el alma: "Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra."

IV

Quisiera detener con fuertes palabras la ola negra del pesar.

Reconstituir con un golpe de arte el puzle de las vísceras
de dolor cargadas. Convertir en zumbidos apaciguadores
las deflagraciones que paren residuos de razón.

Quisiera verter un jugo para enfriar la lava de la venganza.

Romper el idilio grotesco del cuervo y la paloma.

Quisiera volver a juntar la uña y la carne, que balbucean, agazapadas,
no sé cómo quedando en sendos oscuros rincones de la codicia.

¡Gente de poca luz, encontrad el atrio de la verdad!

Venid en pos del Camino, recoged las flores frescas
y depurad vuestras almas moribundas olfateando la vida.

¡Oh, Padre, si es posible, acércame ese cáliz!

Para sacar de la divina fuente unas fragantes gotas
y regar con un rocío de poesía las semillas de una nueva humanidad.

V

Recuerda, iluso...

Cuando, para ti, las manecillas apaguen su infinito tictac,
escucharás el retumbar fúnebre del último tañido
y se te acercará la parca con paso sigiloso, negro y aterrador.

Al volver la vista atrás, te invadirá una muchedumbre de lamentos
porque huirás del abrazo de aquella hermosa mujer sin cabeza;
porque aquel que feneció por tu puñalada te dará de beber su sangre;
porque sonará, en bucle, aquel “¡socorro!” que alguna noche descuidaste.

Entonces, se te aparecerá una intimidante silueta sobre el lomo de su montura,
con una soga en la mano derecha y un lindo buitro en el hombro izquierdo.

Te ofrecerá la soga en llamas susurrando: “He aquí tu salvación”.

¡Necio! Tendrás las manos tristes, hechas carbón.

Luego, devorando tu piel, consumará el buitro la fatalidad
que atestigua una certidumbre: todos somos carroña.

VI

Paseándome por un torcido laberinto sin salidas
me encontré con ellos, descalzos y sin rumbo;
lucían distintas máscaras de color en sus rostros;
se vislumbraba, bajo la fina grieta, una lágrima de sangre.

El ritmo flojo de sus andares cruzaba sus sombras.
Eran como peces ahogados en un mar con exceso de sal.
Y unos cables de acero inoxidable que acariciaban sus cuellos,
empujándolos hacia atrás, debilitaban aún más sus pasos mudos.

De repente, tras una abrupta parada, se quitaron las máscaras:
las muecas que caricaturizaban su gigantesca sonrisa
contrastaban con unos ojos rojizos y una mirada moribunda.

¡Ay! ¿Cuántas caras serán tapadas aún por otras máscaras?
¿Cuándo aflorará del firmamento la ansiada boca
que absorba, por fin, la corrosiva aflicción?

VII

Atardece lloviznando en las comarcas pardas.
Se alegran los cristales por las caricias de las gotas
cuya melodía se funde con la risa apacible de los niños,
meciendo al unísono mi melancólica alma.

Me sacude un tímido pensamiento vespertino
que me lleva a exhumar los recuerdos grises
de aquella noche clara pero sin estrellas
en la que un adiós repentino se me clavó en el corazón.

Al escampar, ya anochece.
Me llama la atención el *glup glup* de la clepsidra
y se ahoga mi mirada en la laguna que te atrapó.

Llega el momento de cerrar la página gris
y leer la negra que abre, día a día, el noticiero:
odio, sangre, guerras, muerte...

VIII

Sopla una cálida brisa que augura una nueva era de regocijo.
Se repueblan de tulipanes las sendas viejas y desgastadas.
Los tiernos rayos del alba besan plácidamente las almas.
¡Sí, Padre, huele a vida en tu inmenso huerto!

Vengo a anunciar esta mañana un tiempo de gran gozo
que rejuvenecerá la gracia y el impulso virtuoso,
que purificará las heridas para que se difumine el dolor,
que alumbrará el camino sin impureza que lo manche.

Y no hay grito que estorbe la suave melodía del tambor,
ni baluarte, por más firme que sea, que no apuñale su son,
para difundir en la lejanía el eco del nuevo despertar.

Cierro los ojos y vislumbro una raza nueva de hombres
que brotan a borbotones de una tierra arenosa y aurífera;
estampadas están sus frentes con el eterno sello del Amor.



NARRATIVA

MERCADO SEMU

Eleuterio Ekobo Lobete

Ver glosario en la página 81

Son las 6:00 de la mañana y Platón acaba de despertarse en un apartamento cuya ventana da directamente a la calle principal del mercado Semu. Durmió tarde y un poco cabreado porque su vecino había montado una fiesta sorpresa tras enterarse de que su hijo mayor había superado el bachillerato en Camerún.

El vecino es de esos que consideran que cada uno hace lo que le da la gana en su casa, una propiedad que, además, está vallada. Pero, para desgracia de Platón, el sonido de los altavoces de 4.000 W de potencia no estaba vallado. Eran 4 los altavoces que daban directamente a la ventana del cuarto de 3 x 3 metros en el que él dormía.

El filósofo ha querido despertar a medianoche para revisar sus obras, reeditadas y traducidas al bubi, fang, bisio, pidjin english y otras lenguas autóctonas para asegurarse de que serán leídas, pero el ensordecedor ruido que le llegaba a través de las persianas ya desgastadas imposibilitaba cualquier resquicio de concentración que pudiera tener.

Al ruido de la fiesta se sumaba el de los bocinazos de los vehículos. No obstante, ya había despertado y desde su ventana solo podía ver el desorden que la celebración había dejado en el patio de su vecino. Latas de cervezas por todas partes, colillas de cigarrillos sobre las mesas y sillas desordenadas al marcharse todos los invitados y no invitados a la juerga improvisada.

El día no empieza que digamos muy bien para el griego. Está en Malabo por un tiempo y después debe volver a su tierra. Ha venido en una visita turística, y quiere disfrutar de toda la belleza natural que, sorprendentemente para él, ha encontrado.

Tiene un doble problema, puesto que, por una parte, viene de una sociedad de las que se llaman modernas y primermundistas, y su espíritu explorador le ha conducido a un país que se encuentra en la lista de los llamados tercermundistas. Y, por otra parte, aquí se desafían muchas de las teorías que él mismo acuñó. Su librecambismo ideológico debió quedarse en el espacio aéreo de Grecia, pero se descuidó y lo trajo en el equipaje de mano.

No obstante, aprenderá a manejar las cosas, ya que es un gran pensador y, como tal, sabe que debe acostumbrarse a las circunstancias del lugar en el que se encuentre.

Sentado sobre su cama con los pies sobre el felpudo que ha improvisado con un trapo maloliente que ha encontrado debajo de la cama, somnoliento todavía por la mala noche pasada, traza planes para el día. Quiere visitar el Centro Cultural Ecuatoguineano. También quiere ir a descubrir la famosa playa de Sipopo. Igualmente le interesa conocer Lubá. Planea del mismo modo pasar unas noches en el Grand Hotel Djiblo, en el Hotel Moka, el Sofitel... Pero todo a su debido tiempo.

Su apartamento es el típico de una habitación, un comedor, una cocina y un baño común. Para su desgracia, los vecinos con los que comparte baño son guarros y ni ellos mismos se han dado cuenta. Sale de su cuarto con una toallita cubriéndole desde la cintura hasta la mitad de los muslos. Es la que puso en su equipaje de mano antes del vuelo.

Sus pectorales y muslos están al descubierto y son pasto de los ojos de esas vecinas que quieren saber cómo tiene el cuerpo cada miembro de sexo masculino residente en el barrio. Apenas se han cepillado los dientes al despertar y ya han formado su reunión de cotillas para cuchichear sobre el aspecto del nuevo vecino blanco.

— Tiene los pies rectos y muy peludos — comenta una de ellas. Probablemente la más valiente, puesto que las otras no se han atrevido todavía a mostrar su admiración.

- También tiene un abdomen muy trabajado. Es un tío atlético. Parece que hace mucho ejercicio- amplía otra la información, aprovechando que ya habló del tema.

Ante tanta expectación, Platón pasa entre ellas y se dirige al baño común pero, como hombre culto, sería difícil que se cruzase con alguien por la mañana sin que al menos le saludara.

- Buenos días, señoritas...- les dice.

La culpabilidad por haber estado hablando de él parece que las tiene algo avergonzadas, y ninguna ha respondido al saludo. La verdad es que no lo han escuchado, aunque antes tenían el oído muy afinado durante el ejercicio matutino de cotilleo. Mientras tanto, el filósofo ya ha recorrido los aproximadamente quince metros de distancia que hay entre la entrada del edificio en el que alquila el apartamento y uno de los baños comunes del patio.

El recipiente en el que lleva el agua con la que va a ducharse podría estar más limpio, igual que el agua, pero ayer por la tarde, cuando le pidió a un chaval del barrio que le trajera un par de cubos, ya se había cogido mucha del pozo común y, en consecuencia, se había enturbiado un poco.

En lo que se pregunta si las “señoritas” a las que ha saludado le han escuchado o, simplemente, han pasado de él, se detiene a unos tres metros de la puerta del baño para hacer descansar las yemas de sus dedos, puesto que ya las tiene sonrojadas por el peso de los veinte litros, aproximadamente, que ha cargado desde un primer piso, bajando por las escaleras y recorriendo la larga distancia que hay entre el edificio y el baño común.

Justo en ese momento del baño sale una mujer mulata. Ambos se asustan, ya que ni Platón se esperaba encontrarse con ella, ni la mujer esperaba encontrarse con el atractivo hombre. Un cruce de miraditas casi inofensivas durante unos cinco segundos... y cada uno a lo suyo.

Platón entra a ducharse y encuentra un baño bien espacioso. Hay una letrina que se montó siendo blanca, pero a la que el paso del tiempo y el mal cuidado ha cambiado el color, aunque apenas tenga tres meses de uso. Igual de sucias están las baldosas del suelo y los azulejos de la pared. Hay un horario de limpieza en la puerta, pero desde que se pegó ahí han pasado también tres meses y solo se cumplió durante las dos semanas iniciales. Las baldosas están algo resbaladizas, y Platón casi se cae en los primeros pasos que da en el interior del baño.

Aprieta los dientes y en menos de 5 minutos ya ha salido, aunque lleva jabón en la nuca, las orejas y un poco sobre la nariz. El gel con el que se duchaba hace que resulte difícil aclararse sin que te quede un poco de espuma. De vuelta a su apartamento, se encuentra de nuevo con la reunión de chivatas que dejó. Siguen estando en las mismas posturas que observó salvo una, la que está justo en dirección al baño, que se ha subido un poco el *lapá* para que Platón vea la parte trasera de sus muslos mulatos nada más salir del baño. Ella es la que habla menos, pero sus acciones son contundentes.

Él entiende el gesto, pero se hace el desinteresado y va derecho a su apartamento. Se seca con la camisa que tenía puesta durante la noche y, al vestirse de nuevo, se queda solo con su camiseta de tirantes encima. Resulta que de su país al Mercado Semu ha volado con una compañía de bandera nacional, y su

maleta y todas sus pertenencias, salvo su equipaje de mano, se han extraviado porque, según le han dicho en el aeropuerto al ir a recogerlas, pudieron haberse mezclado con las que el avión ha descargado durante una escala en Etiopía. Es posible que su maleta esté en Congo, China o incluso Azerbaiyán.

Conoce poco o casi nada el entorno en el que su contacto más próximo le ha dejado. Después de ducharse lleva puestos los pantalones con los que voló, ya que no tiene manera de cambiarse de ropa.

En lo que intenta darle vueltas a su cabeza para buscar una manera de salir de la situación, escucha unos golpes en la puerta de su apartamento, aunque algo lejanos, porque él está en su cuarto y los golpes suenan en la puerta del comedor, la principal y única entrada y salida del apartamento.

- ¿Quién es?- dice con un acento español muy fino.

- Abre la puerta. Soy yo... Te traje del aeropuerto ayer y ahora debo llevarte a dar una vuelta por el Mercado Semu- le contesta Teniente, refrescándole la memoria.

El filósofo se acuerda del tonillo de la voz de quien le recibió y accede a abrirle la puerta. Su guía, que se convertirá en su amigo, se llama Teniente. Va ataviado con unos pantalones que no le cubren ni la mitad de las nalgas. La camisa que lleva puesta es lo suficientemente larga como para cubrir el espacio que los pantalones dejan libre, pero él prefiere andar mostrando sus nalgas negras, al descubierto por falta de calzoncillos. En su cuello hay tres cadenas distintas en tamaño y calidad.

En las muñecas, unas pulseras que requisó a dos chavales que le hicieron *suspé* una tarde de estas. Las zapatillas son prestadas, porque él tiene otras prioridades que ir a trabajar y cubrir sus gastos. Su aliento huele a tabaco y tiene los dientes muy amarillentos por el efecto del humo que constantemente los envuelve.

Mientras aguarda a Platón, Teniente se apoya con la mano izquierda en la pared. Es impaciente y no aguanta la espera. Unos minutos después vuelve a llamar a la puerta y su huésped sale de la habitación en camiseta. De inmediato ve cómo pone una expresión de asombro.

A Platón, cuando fue recibido por él en el aeropuerto, le pareció más

presentable. Al instante alberga dudas de la fiabilidad del único contacto del que dispone hasta ese momento, pero le echa coraje. No tiene otra alternativa, ya que es el único ser humano con el que ha tenido una interacción de más de 30 segundos desde que llegó al Mercado Semu.

- ¿Tú eres Teniente?- le pregunta Platón.

La pregunta se debe a que él se figuraba que el nombre de Teniente se relacionaba con el grado militar del joven, pero, por el aspecto que este muestra, le han surgido las dudas, y con estas la inseguridad y, de nuevo, el miedo de perderse en tierras ajenas. Su país no tiene una embajada en el Mercado Semu ni un consulado en los países vecinos, con lo que, si las cosas no mejoran, volver a su casa será una odisea, y mejor que la que su paisano Homero escribió.

No ha tenido contacto aún con sus seres más allegados, puesto que no ha comprado todavía ni una tarjeta SIM para poder llamarles. En el aeropuerto no las vendían...

Está al borde del arrepentimiento y la frustración. Se ha quedado plantado ante Teniente, casi mudo y pensando en qué es lo que puede decir sin que su anfitrión se sienta ofendido, pero es que no puede ocultar su expresión facial y los explícitos prejuicios que muestra.

- Sí, soy yo...- le responde Teniente, disgustado por la mirada enjuiciadora que ha percibido en sus ojos.

El rato no está siendo agradable para ninguno de los dos. Uno piensa que su estilo de vida está siendo puesto en tela de juicio, y otro tiene miedo porque su vida depende de un chico menor de 35 años al que llaman Teniente, un rango militar respetable, pero que presenta un aspecto callejero. Sin embargo, a Platón le conviene más tragar saliva, poner sus conocimientos en un baúl hermético para olvidarse de las alarmas que suenan y confiar en que todo saldrá bien. En realidad, no tiene alternativa.

- Me dijeron que debo guiarte para que puedas llegar a cualquier lugar al que quieras ir. Aquí me tienes. Ya me dirás si quieres visitar algún sitio en concreto o prefieres quedarte todo el día mirando cómo voy vestido- le suelta Teniente, adelantándose a cualquier expresión que pudiera querer poner el huésped.

- Gracias por tu disponibilidad- dice con frialdad el filósofo.

- Si me han encomendado cuidar de ti es porque transmito confianza a la gente que me conoce. Puedes fiarte de mí y decirme todos los planes que tienes, y yo te aconsejaré- declara Teniente.

Pero es evidente la desconfianza que le inspira al filósofo. Es una persona que está acostumbrada a un modo de vida determinado, a tratar con personas que presentan un aspecto determinado y van vestidas de una manera determinada.

- ¿Puedo preguntarte algo?- se interesa el griego.

- Soy todo oídos- responde Teniente, con tono irónico.

- ¿Cómo puedes tener este aspecto y que la gente confíe tanto en ti?- dice Platón con el fin de saciar su curiosidad.

- Si quieres que te ayude, lo haré aunque sea en calzoncillos, pero si lo que quieres es verme enchaquetado, entonces busca a otra persona. Ya estoy harto de que estés mirándome como a un leproso o un demente que anda por los vertederos comiendo basura. Suerte con las calles y, sobre todo, ten cuidado con los bandidos- explota Teniente mientras se da la vuelta para dejar a Platón y no volver.

Siendo sinceros, esta escena se veía venir, puesto que desde que Platón abrió la puerta de su apartamento no dejó pasar a su guía. Es más, todo ha sido un cruce de gestos sospechosos y desconfiados. Teniente es de la calle y poco tiene que temer. En realidad es el rey de la calle en el Mercado Semu, y por eso le dieron a Platón su contacto. Si le ven andar con Teniente, no se acercarán a él. Nadie le hará *siñē* para quitarle nada, ni mucho menos se le molestará en el barrio en el que vive, por muy novato que sea.

Así las cosas, a Platón no le queda otra que poner su vida en las manos de un teniente que anda con los pantalones bajo las nalgas, con una camisa que casi no le cubre la parte semidesnuda que tiene y, sobre todo, con un teniente que va sin calzoncillos.

- Bueno, no tengo opción. No me fío de ti, pero tú eres el único que se me ha acercado, me ha traído del aeropuerto y ha venido a mirar por mí esta mañana. Así que... pasa- dice resignado, y por fin le deja entrar.

Teniente lo hace y en lo primero en lo que se fija es en las latas de cerveza que encuentra al otro lado de la cabecera de la cama.

Estas latas ya estaban ahí desde la noche anterior, cuando dejó a Platón en su apartamento. Sin embargo, el griego no se ha dado cuenta por la preocupación que alberga. Al entrar Teniente, Platón mira a la izquierda y a la derecha del largo pasillo por si se acerca alguien y, cómo no ve a nadie, entra, cierra la puerta y se sienta sobre la cama. Se le nota agobiado. Pese a que ha dejado pasar a Teniente, no se fía ni un pelo de él. Vigila todos sus movimientos cuando su invitado inspecciona el apartamento en busca de puntos de fácil acceso, por si acaso a algún gánster se le ocurriese ponerse creativo.

- ¿Qué estás buscando? No me gusta que estés revisando mi apartamento a tu antojo y sin decirme lo que haces- le manifiesta, molesto, Platón.

- No sé qué es lo que te está pasando pero deberías calmarte. ¿Ya has visto las latas de cerveza que hay al otro lado de la cabecera de tu cama? ¿Te has fijado en el cable pelado y, por tanto, peligroso, conectado al enchufe que se encuentra detrás de la mesita de noche? Seguro que no. Yo me fijé en todo eso cuando vine a dejar tus pertenencias después de traerte desde el aeropuerto, pero era tarde. No podía hacer gran cosa. Si quisiera robarte, esta mañana te habrías despertado sin nada, porque cuando te dejé estabas borracho como una cuba- le recrimina Teniente y después se toma un ratito para, inconscientemente, subirse un poco los pantalones porque siente una pequeña brisa en las nalgas. Una señal de que los lleva más abajo de lo que es habitual.

- Es verdad, bebí cerca de cinco botellitas de vino durante el vuelo- responde Platón ruborizado y cabizbajo.

- Pensaba que los de tu clase no os emborrachabais- ironiza Teniente-. Bueno, a lo que íbamos. Tengo entendido que tu maleta estará por cualquier parte del mundo ahora mismo, haciendo Dios sabe qué... ¿Me equivoco?- le espeta al filósofo.

Desanimado de nuevo, Platón asiente con la cabeza. Ahora no solo alberga la angustia de haber perdido su equipaje sin esperanza alguna de recuperarlo, sino que también acaba de verse obligado a tratar con un gánster como única salida a su situación.

- Déjame dar una vueltecita por aquí abajo y te consigo una camisa

para que te la pongas. Después ya me dices cuál es el programa que tienes para el día de hoy y empezamos a ejecutarlo-. Teniente intenta llenar de esperanza a su nuevo amigo, pero le advierte que no deje a nadie entrar en su cuarto, por si acaso. A continuación, baja y llama a uno de los *petit friend* que tiene en el barrio y le manda traerle una de las mejores camisas que tiene en su maleta, aunque no le dice para qué la quiere. Como de costumbre, Teniente siempre les saca cosas a los chavales del barrio sin dar explicación alguna. Sólo lo quiere y ya.

El chaval al que está requisando la camisa se llama Cresta Boy. Es uno de los jovencitos que siembran el terror en el barrio durante la noche. Debajo de su cama tiene un almacén de armas blancas preparadas para los asaltos y atracos nocturnos. De hecho, en la zona, la gente siempre se queja de saqueos, robos a mano armada y de intentos de violación. Todo a medianoche. Las calles principales del barrio son intransitables cuando Cresta Boy y sus fieles subordinados ya se han posicionado...

Cresta Boy no cumplirá las órdenes de Teniente sin rechistar. Se conocen ambos, ya que han coincidido mucho en la calle. Incluso han tenido encontronazos.

- Mayor, yo te *queto ntong*. Lo que me *mecas* no está *sará*. Ahora tú me *mecas siñe* para que yo te *fene una camí*- replica Cresta Boy.

Teniente, como buen callejero, conoce y respeta las normas de la calle. Sabe que entre los *niggas* no se hacen *siñe*. Sin embargo, tiene muy poco margen de maniobra porque intenta ganarse el respeto de alguien a quien todo el planeta aprecia, aunque hasta el momento los del guetto no saben quién es. Así que tiene que convencer al chaval de que no se trata de ninguna afrenta o de la ruptura de ninguno de los códigos de la calle.

- *Perí...* Vamos a *yabar afta*, pero ahora vete a *tëcarme una camí*. No quiero *yabar stock*- contesta Teniente a los reproches de Cresta Boy.

Pero como reconoce el considerado rey de la calle, lo que él está haciendo está fuera del código. De todos modos, la conversación parece muy amigable, salvo por los gestos de desagrado de Cresta Boy cuando se queja de la petición de Teniente. Se le pone una cara a caballo entre la decepción y el enfado. Viéndolos desde una cierta distancia, sus labios brillan mucho debido a la gran cantidad de tabaco que, abiertamente, a sus 17 años ya fuma. Intenta disimular su aliento

con unos chicles de menta, pero los que más le conocen saben que por su boca ya sale más humo que de la chimenea del horno de una panadería artesanal.

Entra en casa refunfuñando y trae una de esas camisetas que tiene impresas las letras: “Mercado Semu no guarda secretos...”. Huele a un perfume muy caro. Parece que se ha lavado, pero el perfume se resiste a abandonar del todo la prenda. Es de una talla normal y, como Platón no es un cíclope, seguro que le llegará.

Teniente pide una bolsa de plástico negro a una de las chicas del equipo “radio patio” que está al tanto de cuanto acontece de día y de noche. Es una de las que estuvieron observando y hablando del filósofo cuando iba a ducharse. Con la bolsa en la mano, el joven va derecho al encuentro de su supuesto amigo intelectual. Llega, le entrega la camisa y por un momento se gana su admiración.

- ¿Me has traído una camisa? No sabes cuánto te lo agradezco- dice Platón a Teniente.

Quiere darle un abrazo en agradecimiento pero el estilo callejero no lo permite. Los *niggas* solo se dan la mano, y hacen unos saludos que unicamente un *nigga* puede concebir en su cerebro. Así que no cede al intento de mostrar un gesto cariñoso por parte del filósofo. Es más, le empuja ligeramente hacia atrás en señal de rechazo.

- ¿Cómo quieres venir...? No me hagas *suspé*- le suelta, como continuación del empujón con el que le apartó antes. Encima, no explica al pensador qué es lo que ha hecho mal-. Vamos a salir ahora. ¿Tienes que ir en el Mercado Semu, no?- pregunta con la preposición equivocada más común entre los hablantes de la lengua de Cervantes de la zona.

Platón ya se ha puesto la camisa y deben salir, pero no acaba de entender el sentido de la pregunta que le ha hecho Teniente. Ir en... el Mercado Semu... Quiere preguntárselo, pero es precavido por la reacción que le notó cuando le interrogó sobre por qué se vestía de esa manera. Así que asume el riesgo de todo lo que pueda pasar.

- Sí, debemos ir al Mercado Semu- le corrige sutilmente, y Teniente se da cuenta.

Finalmente cierran la puerta y Platón, con una camisa que está de moda y una perplejidad en aumento, emprende el camino con su colega casi desconocido. Nada más llegar a la entrada del edificio en el que el filósofo alquila el apartamento se encuentran con Cresta Boy. Este reconoce la camisa que le acaba de dar a Teniente.

-¿Me has pedido una *camí* para darla a este *waitman*?- le pregunta más disgustado de lo que ya estaba antes.

Teniente decide pasar y no decirle nada para que Platón no se entere de que la camisa que le ha traído ha sido requisada, una práctica muy frecuente en este lugar. Salen del patio y, llegando justo a la entrada principal del Mercado Semu, encuentran a Dj Yanky sentado en su plataforma de piratería discográfica legalmente establecida y reproduciendo música a un volumen ensordecedor.

- Esto es contaminación acústica. ¿No van a multar a este joven?- pregunta Platón intrigado.

Teniente sabe que, en otras latitudes, reproducir el CD de un artista sin su permiso expreso es delito. Sin embargo, decide hacerse el despistado para evadir la pregunta. A unos pasos del pirateador autorizado de música, encuentran a una señora que vende sandías bien rojas por dentro.

A Platón le fascinan las sandías, pero cuando quiere preguntar por el precio se da cuenta de que, justo detrás de la vendedora, hay una niña de unos dos o tres años meando.

- ¿Esto se permite en el mercado- le pregunta a su colega gánster.

- Esto y muchas cosas más- responde Teniente, todo serio.

En ese mismo momento viene hacia ello un joven demente que conduce un carretilla y lleva destapado el 90% de su cuerpo. Tiene la piel bien oscura y está teñido de alquitrán de la cabeza a los pies. Habla y gesticula solo. Para él, el mundo empieza y termina en su carretilla. Ni el presidente de los Estados Unidos de América (considerado uno de los hombres más poderosos del mundo) puede darle órdenes.

- Este joven está demente. Anda casi desnudo y con la piel teñida de una sustancia muy negra, que puede ser perjudicial para su organismo- dice el griego

con cara de preocupación, señalando al joven que se encuentra a unos cinco metros, justo en la dirección hacia la cual caminan.

- Tengo que decirte una cosa: mientras vengas conmigo, deja de extrañarte por cada cosa que veas... que verás muchas- le advierte Teniente.

Se encuentran todavía a poca distancia de la ensordecedora música del Dj Yanky, que ahora está reproduciendo una canción de Negro Bey: Carta al presidente. Platón quiere detenerse a escuchar la letra porque le parece interesante, pero su colega callejero le da prisa.

- Este que canta ahí es un *Mbut man*- comenta Teniente ante la admiración de Platón hacia la música de Negro Bey.

- He leído en algunas páginas de internet que Sita Richi es una de las máximas exponentes de la música del Mercado Semu. ¿Sabes cómo puedo conocerla en persona?- le pide Platón, pero, para su desgracia, su guía no ha entendido la expresión “máximas exponentes”, así que su petición no será satisfecha porque aquí casi dan por sentado que saben de todo. No se interesan por aprender nuevas cosas.

- Yo no conozco a esa mujer pero desde que he nacido oigo que se habla stock de ella. Creo que es la que canta: “Satanaas, aléjate de míí...”- recuerda Teniente.

- No lo sé... ¿Tú no conoces a los artistas de tu entorno?

- Conozco a los que cantan música moderna, como los *Elas G's*- responde sonriente y contundente, agitando las manos de arriba a abajo como un rapero.

La visita guiada del filósofo está siendo fructífera, aunque tal vez no es la que él mismo hubiera diseñado. Sin embargo, descubre cosas asombrosas del Mercado Semu, en el buen y el mal sentido.

Dejan atrás al Dj Yanky y su plataforma de piratería legalmente establecida y también al joven esquizofrénico. Más adelante se encuentran con un grupo de adolescentes en una escena de esas que llaman “pelea de gallos”.

Son dos bandas enfrentadas verbalmente. Chicos contra chicos y chicas contra chicas. Una de las bandas se llama *Escuadra Copton* y la otra se llama

Andjeramis. El líder de Escuadra Copton es Petí Califa y después de él están Veinticinco Balas, Denis Lachuck, Elvis Machete, Víctor Debul y Doble K. Pero siempre en las bandas hay parejas, así que esta no será la excepción. Los 6 chicos tienen cada uno a su chica, nga o guial en su lenguaje.

La presi del grupo de las chicas es Tatiana Diablesa, que es la pareja de Petí Califa, el líder. Siempre los líderes se quedan con las líderes de los grupos de chicas. Diablesa tiene unos 15 años y Califa unos 18. Veinticinco Balas está con Viuda Negra, con unos 17 y 16 años respectivamente. Denis Lachuck es el chico de Asly Buscada. Lachuck tiene cerca de 16 y Buscada ronda los 14.

Elvis Machete se beneficia a Naty Peligrosa porque están en el grupo, puesto que no pude haber ningún miembro suelto entre ellos, pero no han establecido una relación. Mientras tanto, Víctor Debul es el dueño de Cintia la Virgen y, finalmente, Doble K tiene controlada a Reina Lion, una de las más perversas pero de las que menos hablan. Es una víbora. Si hay una a la que tener miedo es a ella.

Los de Andjeramis son 8: 4 chicos y 4 chicas. Ellos no son dos grupos unidos en uno, como son los Escuadra Copton. Más bien es uno solo, sólido y compacto, con fuertes consignas y códigos que cumplir. Uno de los códigos es tener una pelea sangrienta con alguien para poder entrar en el grupo. El aspirante a Andjerami debe herir de gravedad a su adversario, así que, tanto chicos como chicas, todos los Andjeramis tienen grandes cicatrices en el cuerpo como señal de sus peleas y, por ende, de su honrada integración al grupo.

Big Flow lidera el grupo integrado por René da Boss, Billy Criss, Elvis Botul, Lisy G, Djeny Killer, Nelia Keys y Oriana Sexy...

La pelea de gallos dura cerca de cinco minutos. Los chicos de Escuadra Copton y los de Andjeramis se miran fijamente a los ojos a menos de diez centímetros de distancia, como si fueran a besarse. Se dicen cosas provocadoras y fruncen el ceño mostrando su rabia, aunque sea momentánea, como si fueran luchadores de catch.

- Ya no os queremos ver en nuestro *territuar*. Si no, os vamos a *dar bit*-advierite Petí Califa a Big Flow.

Este último sabe que sus adversarios les sacan ventaja en número y fuerza física, ya que son mayores. Con estos asuntos, en los que el músculo resuelve de

manera muy violenta las deficiencias intelectuales y morales, hay que andarse con cuidado.

Así que, frustrado y vilipendiado, Big Flow hace caso a la voz de su chica que le toma por la cintura y le arrebató del peligro mortal al que está expuesto.

- Vamos, ellos son muchos y mayores. No quiero que te *den kill*- le dice Lisy G en la oreja después de tirar de él.

-Sí. Hazle caso a tu niñera. A mí mi chica no me dice qué debo hacer... Si tienes lo que ponen las gallinas, da un paso más y verás- le dice, intentando provocarle, el líder de Escuadra Copton.

Todos los miembros de ambas bandas ya tienen preparados los *obam* con sus filos puntiagudos, por si acaso se desencadena la pelea. Son de distintos tamaños y longitudes. Los tenían escondidos en sus pantalones durante todo el tiempo que llevan enfrentándose verbalmente. Por ahí pasa un policía, pero lo mira todo como si de una película se tratase, puesto que él no va armado y acercarse a más de diez tíos equipados con armas blancas no le parece muy buena idea.

Finalmente se acaba la pelea de gallos porque ya hay mucha expectación, y todos corren, cada uno en distinta dirección. Platón se queda con cara de pasmado ante la trepidante escena que acaba de vivir.

- ¿Estos chicos iban en serio con los machetes que tenían en las manos?- le pregunta a Teniente-. ¿Tú también sueles hacer esto que acaban de hacer?-. Se suceden las cuestiones sin que ninguna tenga respuesta.

- ¿Estás metido en alguna de éstas bandas que suelen enfrentarse?- interroga de nuevo Platón. La ráfaga de preguntas empieza a incomodar a Teniente.

- ¿Y si suelo hacerlo, qué? Tú no eres mi padre, así que ya puedes dejar de hacerme muchas preguntas que no tienen que ver con tu visita al Mercado Semu. Y si tienes miedo, puedo asegurarte que, mientras andemos juntos, no va a acercarse a ti ni una sola mosca.

Platón tiene los ojos cargados de temor, y con razón. Repasando los hechos, lo que acaba de presenciar es como una escena de esas películas del oeste donde se disputa la hegemonía entre dos grupos de vaqueros, pero después de las últimas palabras de Teniente se le ve un poco más relajado. De todos modos, cree que debería tener una explicación un poco más amplia, y por eso insiste...

- ¿A ti te parece normal todo eso que acabas de vivir?

El objetivo de estas preguntas es saber si su guía es un delincuente, o si puede fiarse de él.

- Sí, hago esto y mucho más... Pero si tu miedo es que te vaya a atacar, observa un rato lo que va a pasar ahora- le responde mientras llama a una de las chicas de Escuadra Copton que siguen por la zona. -¿Tú te llamas...?- le pregunta con toda la autoridad y seriedad del mundo.

- Reina Lion- responde la Copton girl.

- Dile a Lachuck, Debul y todos estos pitufos que no quiero ver a nadie cerca de este *waitman* con el que estoy andando. Si escucho que le han hecho *siñé*, voy a ir a por los Copton, así que ya podéis ir vigilando que nadie le raspe un pelo. ¿He hablado claro?- advierte Teniente, amedrentando a su interlocutora.

- Teniente, lo que tú *mecas* no está *sara*... ¿Los Andjis han estado aquí fenando burí pero a nosotros sí que tú *mecas* *siñé* ahora?- intenta protestar Lion, y al instante suena una bofetada en su mejilla izquierda, que queda sonrojada debido a su color mulato.

- Ya he avisado... Si veo a alguien cerca de este *waitman* o si le hacen *v*, buscaré a los Copton. Así que ya podéis montar vuestros turnos de guardia-sentencia, y sigue su camino.

A Platón la escena le ha horrorizado. No ha entendido nada de lo que Teniente ha dicho a Lion pero ha intuitido que le está protegiendo.

Sin embargo, el método de protección de Teniente le parece muy violento, casi rozando la peligrosidad. No obstante, la visita al Mercado Semu continúa y ahora pasan por la zona de venta de frutas.

Hay otro Dj reproduciendo música ilegalmente, señoras vendiendo

frutas sobre unas telas o sacos extendidos en el suelo... A unos metros hay un estanque de agua maloliente y, justo al borde, hay un niño de unos ocho años comiendo buñuelos sentado junto a su madre. Unos buñuelos que tienen pinta de haberse preparado como mínimo el día anterior.

En una mano tiene su bolsita transparente con la comida, y en la otra una botella pequeña que contiene una sustancia espesa de color blanco. Se llama *lait caillé*. La madre sostiene su cabeza con la mano cerrada y apoyada en su rodilla derecha. Ese día el mercado no ha ido nada bien y no hay qué comer en casa. Aparte de Junior, el niño que está comiendo los buñuelos, la madre tiene otros cinco hijos a su cargo, todos menores de edad, y entre ellos está Petí Califa, el líder de Escuadra Copton.

Un poco más allá de ese niño que está comiendo en un ambiente de insalubridad hay una señora con discapacidad. Ella cojea al andar, pero no tiene otra opción que venir al mercado y vender algunos racimos de plátanos que compró a una de las mujeres de su pueblo que suelen llegar y vender al mayor los productos agrícolas que traen. La señora discapacitada forma parte de la asociación de mujeres Bayamsell. La función de esta asociación es comprar al mayor de las proveedoras rurales para vender al detalle, expuestas al sol y la lluvia, con el fin de ganar lo que se pueda, aunque sean mil francos.

Más adelante se encuentra a Hipólito, un joven de unos 35 años que sufrió una esquizofrenia por excesivo consumo de estupefacientes, y que, tras unos tres años ingresado en el hospital psiquiátrico, no se ha recuperado del todo. Se dice que las personas de esta condición están muy influidas por las fases lunares y los movimientos de las olas del mar, así que, siempre que ambas cosas están revueltas, su mente es un desastre y sale a la calle. Imposible retenerle en casa porque se vuelve violento si intenta salir y se lo impiden o le encierran. Él está comiendo un plato de arroz con tomate y carne de pollo que ha recogido en el cubo de basura de un restaurante muy cercano

El panorama es chocante y Platón ya tiene los sentimientos a flor de piel. Una cosa es enterarse de situaciones similares a través de las pantallas, y la otra, totalmente distinta, es vivirlas y experimentarlas en carne propia. Estar en el escenario de los hechos y sentir lo que sienten otros.

- Esto es muy fuerte- le comenta a Teniente- ¿Has visto a ese niño que está comiendo a unos metros de la charca maloliente?

Justo en ese momento pasa por la zona una joven de unos 24 años anunciando el reino de Dios.

- Arrepentíos y entregad vuestras vidas a Jesucristo- grita a través de un megáfono- Yo estuve en este mundo, pero ahora entregué mi vida a Dios y vivo en espíritu. Mi vida ha cambiado, ya no soy la misma.

Ya está justo detrás de Platón y este se asusta por el acople que emite el megáfono al intentar ponerlo en función de nuevo con el teléfono móvil en las manos.

En ese momento se ve llegar un coche de marca Toyota, modelo Hiace, cargado de racimos de plátanos y bananas. Ha venido a descargar y volverá unas cuatro horas después.

Nada más parar el coche se acercan 5 adolescentes de entre 12 y 17 años con sus carretillas, esperando que alguna de las dueñas de la carga recién llegada necesite transportarla a una distancia medianamente larga. Estos trabajos suelen generarles a los muchachos unos ingresos de 100 o 200 francos.

- Estos niños deberían estar en clase ahora- exclama el filósofo griego.

Teniente se da cuenta de lo afectado que se encuentra su huésped y le sugiere volver al apartamento. No han recorrido gran distancia todavía pero la mente de Platón ya está cerca de explotar por las cosas que está viviendo.

- Sí, volvamos al apartamento. Mañana será otro día- accede Platón.

De regreso, pasan por un camino distinto al que tomaron a la ida. Un atajo. La intención de Teniente es sacar al filósofo lo más pronto posible del Mercado Semu para que deje de darle muchas vueltas a su mente, que está acostumbrada a filosofar pero nunca se ha visto en un panorama similar.

En el atajo que quieren tomar hay una fiesta loca de adolescentes. El mayor de los muchachos y las muchachas ahí presentes tendrá unos 18 años. En la fiesta se beben cervezas de todas las marcas. Hay una zona reservada a los que fuman, y en la pista de baile el espectáculo está servido.

Las chicas van medio desnudas y los chicos alimentan su vista, al menos los que no son atrevidos y pueden lanzarse a ligar. Pero, observando el panorama,

estos últimos no son ni una cuarta parte del total, Por lo que se puede decir que alcohol, cigarrillos y sexo están garantizados para la mayoría de los asistentes.

Todos conocen a Teniente y le ven llegar con un *waitman*. La fiesta no pierde su ritmo pero hacen hueco para dejarle pasar sin molestias. Es como el dios de la calle. Nadie quiere ofenderle, ni mucho menos tener un encontronazo con él.

- Gran Teniente- le saluda uno, cobardemente.

- *Yes, përi-* le responde, acompañando sus palabras con el gesto del dedo pulgar de la mano derecha hacia arriba.

- Mayor, Teniente- se suma Big Flow, el líder de Andjeramis.

- *Nia-* le llama Teniente con autoridad.

Normalmente, los chavales que crean grupos y empiezan a incordiar en la calle y a pelearse entre ellos saben que, cuando Teniente les llama es porque algo no está bien o porque quiere requisarles algo. Muy rara vez llama para aconsejar.

- *Gra... gran fren* Teniente...- balbucea Big Flow.

- ¡Te he llamado!- le regaña Teniente sin gritar mucho ni mostrar signos de enfado.

Big Flow se acerca con cuidado porque tiene miedo de que Teniente pueda hacer de las suyas en cualquier momento.

- *Yab mí, mayor...*- le dice el chaval cuando llega a unos dos metros de distancia.

- No te quiero *dar chop*, quiero *yabar* contigo-. Teniente le tranquiliza ante su evidente temor de llevarse una colleja caliente e inesperada.

Platón permanece expectante y tiene el presentimiento de que va a ocurrir algo que no le va a gustar, sobre todo si está protagonizado por la única persona con la que hasta el momento tiene contacto, el único que puede ayudarle... Al menos hasta que conozca a otros habitantes del lugar.

- ¿Tú *sias* a este *waitman* que da *waca* conmigo?- le pregunta Teniente a

Big Flow.

- *Yes*, mayor... - responde Big Flow a la velocidad de la luz.

- No quiero *giar* que le habéis hecho *siñé*, porque os voy a dar *chop* a todos los Andjis y a los Copton. ¿Me *gias*?-. Se asegura Teniente de que su mensaje llegue alto y claro, sin interferencias de ningún tipo.

- Mayor Teniente, tú mismo das *knö* de que nosotros no hacemos *suspé* con tus *niggas*- reclama pasivamente Big Flow.

- Está *sará* que tú *des knö*. Hay que *yabar* a tus *niggas*. Si yo *gío* de que le han hacho *siñé*, os voy a *fenar* a todos y os daré *chop* one by one. Ya he *yabao*- concluye Teniente. Ha hablado a Big Flow por ser miembro de la banda opuesta a la de Reina Lion, la integrante de Escuadra Copton a la que propinó un cachete.

Acabada su sesión de advertencias serias, Teniente sigue con su ruta, y su estancia, por muy fugaz que haya sido, ha provocado mucha expectación. Platón está durante todo el camino mirando a izquierda y derecha, arriba y abajo, observando los edificios, las calles, los contenedores de basura llenos a rebosar...

Mientras tanto, la fiesta de los adolescentes se ha interrumpido por unos minutos porque todos han visto a Big Flow muerto de miedo al hablar con Teniente. El tema es que si por si acaso se le ocurriese al *waitman* la brillante idea de dar alguna que otra vueltecita solo y le ataca por la calle un gánster, aunque sea de otro guetto, las consecuencias caerán sobre Escuadra Copton y Andjeramis, porque son las dos bandas a las que Teniente ha responsabilizado.

En toda esta trama, la banda de Cresta Boy se está quedando fuera. Él no la ha bautizado pero es bastante fuerte y sus acciones, peligrosas. Muchas veces sale gente herida y ya hubo un muerto en algún momento.

Llegando ya al edificio donde duerme, Platón ya no aguanta la intriga. Sabe que si pregunta a Teniente el contenido de la charla que acaba de tener con los pandilleros, difícilmente obtendrá una respuesta. No obstante, se aventura...

- ¿De qué hablabas con los chicos?- le pregunta.

- De cosas que no te interesan- responde Teniente secamente para evitar

que Platón se haga la más mínima idea del asunto que trataba con Big Flow.

Este y Petí Califa, pese a ser los líderes de dos bandas eternamente rivales, están obligados a sentarse a la mesa de negociaciones y enterrar el hacha de guerra. Ahora la amenaza es común y, si van pavoneándose, pueden verse perjudicados los dos.

- ¿Qué vamos a *mecar* ahora?- pregunta Califa a Big Flow.

- Teniente nos va a *dar chop* si pasa algo con ese *waitman*, aunque no sepamos nada de él- argumenta Big Flow, pensativo y tocándose la barbilla.

- Tenemos que *yabar* con nuestros *niggas* y *lefar* todos los *burís*-. Al ver que coinciden, ambos se dan la mano y se saludan como señal de tregua forzada para luchar desde el mismo frente.

El líder de los Copton y el de los Andjis salen de su encuentro con la idea clara de aunar esfuerzos para evitar que Teniente haga de las suyas con ellos, y va cada uno a comunicárselo a los suyos.

Todos entienden que ya no hay disidencias entre ellos, al menos por el momento. Con este acuerdo la fiesta continúa y los chicos de los Andjis pueden bailar con las chicas de los Copton, y viceversa.

Teniente va con Platón hasta el apartamento para asegurarse de que todo está bien pero, nada más llegar a la entrada, el filósofo se queja de que tiene hambre y no sabe cocinar. Teniente le pregunta si ha traído dinero, y el griego asiente con la cabeza. Entonces el gánster coge unos billetes y sale en busca de un plato de *riz poulet*.

Su entrada al restaurante crea un poco de miedo a los allí presentes... Ya se sabe que cuando Teniente va a un restaurante no paga nunca sus gastos, sino que obliga a alguien a desembolsar el dinero por él.

Todos se preguntan a quién le tocará esta vez. O, lo que es peor, cada uno ya da por hecho que pagará por un plato más y, con un poco de mala suerte, que será más caro del que él mismo ha consumido.

Pero... ¡Sorpresa!

Teniente ha venido hoy con dinero y él mismo va a pagar sus gastos.

No quiere incordiar a nadie. Va derecho al mostrador del restaurante senegalés y encarga un plato de arroz con pollo. El entorno es el típico de este tipo de negocios. Las paredes están ennegrecidas. El color azul de la pintura inicial ya se está borrando, o, mejor dicho, convirtiéndose en grisáceo. Sidiki y Seidu, los *monamis* que trabajan detrás del mostrador y en la cocina, respectivamente, están sudando a cántaros, y es bastante posible que muchas de esas gotas de sudor hayan caído en la olla.

Pero es lo que hay. Además, cocinan rápido y su comida no es cara, así que a falta de panes, buenas son tortas. Tras unos dos minutos desde la inquietante llegada de Teniente, uno de los presentes levanta la mirada y le saluda efusivamente.

- ¡Teniente, a *trowe salut!*- dice sin cortarse en pidjin english codificado, pero el miedo de que él sea el que pague el plato de Teniente se ve en sus ojos. Imposible no verlo.

- ¡*Yes!*- responde cortante el semidiós del Mercado Semu.

A este saludo no le siguió ni una palabra más hasta que Teniente se despidió de todos, y en ese instante el ambiente volvió a relajarse. Nadie había tenido que pagar más de lo que había consumido. Cuando Teniente llega al apartamento de Platón llama a la puerta, que está cerrada con todas las medidas de seguridad.

- Soy yo. Ya he traído tu comida- le anuncia al hambriento filósofo, que no ha podido encontrar un ratito de reflexión desde que llegó. Este viaje no fue como esperaba, aunque decir que está siendo un desastre sería, tal vez, exagerar un poco.

- Has tardado un poco. ¿Fuiste muy lejos?- le pregunta.

- Estos *málicas hacían despacio*- le responde en el lenguaje callejero. Se ha olvidado de que su interlocutor no entiende la jerga que utilizan en sus conversaciones cotidianas.

Le entrega la comida y ya quiere irse. No está acostumbrado a mucha conversación, ni a que esta sea demasiado amigable.

- ¿Cómo se llama esta receta?- pregunta Platón.

- Arroz senegalés- responde unos segundos después, llegando casi a la puerta.

Hay unos minutos de silencio. El filósofo está empezando a comer. Siente un sabor raro en el arroz o, mejor dicho, no siente un sabor concreto. Pero si no come el arroz insípido que le han traído, dormirá con hambre. Así que tiene dos opciones: comer o comer.

Mientras devora los granos de arroz como un condenado, Teniente le observa, calladito, porque también está hambriento. Sin embargo, por primera vez en su vida quiere guardar la compostura, así que no va a decirle nada.

- ¿Tú no tienes hambre? Hemos estado andando durante todo el día y no has comido todavía...- le recuerda Platón, preocupándose por él.

- No te preocupes por mí. Yo iré en mi casa a comer. Mi *mom* ya habrá *dado cuc*-. Se le escapa el lenguaje callejero sin querer, con el uso defectuoso de las preposiciones y la mezcla con palabras del pidjin. Una práctica muy común en el Mercado Semu-. Por la mañana vendré pronto a buscarte. ¿Dónde debemos ir mañana?- se interesa Teniente.

- Déjame mirar mi agenda esta noche. Cuando vengas mañana ya te pongo al día. Oye..., gracias por todo, pero que sepas que no me ha gustado la bofetada que le has dado a esa adolescente.

- Si yo no *hebié* dado a esta niña esta bofetada, en algún momento te atacarían con su banda. Ella es de Escuadra Copton- le revela.

Con esta información se despide de él. Sale del apartamento y Platón se queda pensando en lo que va a ponerse al día siguiente. No sabe con qué ropa se va a vestir. Teniente se dirige a la fiesta en la que vio a Big Flow, Petí Califa y su séquito. Encuentra que el ambiente está bien caliente. Ya hay chicos que han pillado cacho. Le sorprende ver que los Andjis y los Copton estén bien. Su objetivo era dejar más que claro lo que sería capaz de hacer como se enterase de que el *waitman* hubiera sufrido un atraco.

- ¡Mayor Teniente!- le aborda, muy colocado, Denis Lachuck.

- *Yes, perí...* ¿Todo está *sará?*- le pregunta Teniente con una pequeña sonrisa.

- *Yes mayor... Lek bif.* Lachuck suena contundente.

Teniente entra en la casa y encuentra a Reina Lion hablando con Billy Criss de los Andjis. Se huele algo raro, dado que en circunstancias normales esto no podría pasar. Mira de reojo y no encuentra ni a Petí Califa ni a Big Flow.

- ¿Dónde están Califa y Flow?- pregunta a Diablesa.

- Estaban fuera. Les *hebié* dejado que *han parado corner* en la esquina de arriba, cerca de donde se hace pis- le indica Diablesa con el miedo de que tome represalias contra ellos, y aderezándolo con el lenguaje de la zona.

Teniente va en su busca y les encuentra hablando civilizadamente. Resulta difícil impresionarle, pero se siente algo conmovido por el panorama que observa. Presiente que algo ha pasado.

- *¿Perís*, de qué estáis *yabando?*- les pregunta cogiéndoles del hombro a ambos.

- Mayor Teniente... No queremos que haya *suspé* con *el waitman*. Por eso los Andjis y los Copton nos hemos unido para vigilar que nadie traiga *suspé* en el guetto- le adelanta Califa.

- Eso está será. Hay que vigilar a cualquier *babilon* man que traiga *suspé*, *¿me yabais?* Ya me voy a mi long-. Se despide y emprende el camino.

Contentos de tener ya a Teniente de su lado, se desata la locura en la fiesta. Todos los que tienen novias en sus grupos las localizan, y cada uno con la suya desata una lujuria pública nunca vista hasta ahora. Adolescentes de 18 años o menos protagonizan escenas sexuales indescritibles. Cuando todo termina, acuerdan vigilar al grupo de Cresta Boy para que no haga *siné* al *waitman* de Teniente.

Uno de los miembros de Escuadra Copton, Elvis Machete concretamente, conoce el edificio en el que se aloja Platón. Ya que no anda lejos, decide ir a dar una vuelta por allí y observar el panorama. Encuentra que Cresta Boy ya está instruyendo a sus seis compinches para que rompan la puerta del apartamento en el que vive el *waitman*, le traigan todo lo que tiene valor y, de paso, le den una pequeña paliza.

Salen corriendo a avisar al líder de su grupo y este se lo comunica al de los Andjis. Ambos llaman a sus hombres y salen corriendo para evitar que sean crucificados por Teniente. Encuentran a los chicos de Cresta Boy con las manos en la masa. Este, que vigilaba en la calle, intenta parar la operación y que no entren en el edificio, pero ya es demasiado tarde.

Lachuck y Machete le retienen inmóvil justo donde está, y los otros suben a impedir la acción. Justo cuando están derribando la puerta llegan los salvadores Copton y Andjis. Por otro lado, han ido a avisar a Teniente, por lo que, mientras la avanzadilla interrumpe la incursión, el jefe del barrio está de camino hecho una fiera.

El problema es que ni los Copton ni los Andjis han traído sus armas blancas, pero los chavales de Cresta Boy sí. Lo que les salva es que, mientras intentan detenerlos pese a que están desarmados, llega Teniente y solo necesita pegar un grito...

- ¿Estáis locos?- les pregunta con una voz de esas que de por sí infunden terror.

Cresta Boy y su gente se dan cuenta que el atraco ya se ha ido al traste. El tiro les ha salido por la culata.

Petí Califa y Big Flow rinden cuenta a Teniente de lo que ha sido la operación de rescate al *waitman* y se ganan su confianza. Mientras ocurre todo eso, Platón está muerto de miedo. No puede articular palabra para preguntar qué es lo que está pasando.

- ¿Estás bien?- le pregunta Teniente.

- Acabo de ver machetes de distinto tamaño y filos agudos a punto de perforarme la piel. ¿Esperas que esté bien?- contesta elevando el tono de voz.

Detenidos los Cresta Boy y compañía, los demás tranquilizan a Platón.

- Ya no te va a pasar nada. Estos *babilon* manden sí que querían hacer *suspé*, pero ya les hemos detenido- le dice Big Flow mientras Platón le mira y reconoce la misma cara de fumeta y delincuente que vio en Teniente.

- ¿Qué vais a hacer con ellos?- les pregunta Platón

- Les vamos a *dar chop*- responde Big Flow efusivamente, sin saber que su interlocutor no entiende la jerga callejera.

- No, no les vamos a *dar chop*- replica Teniente con voz relajada.

- ¿De qué estáis hablando?- interrumpe Platón.

- Estamos decidiendo qué hacer con ellos- aclara Reina Lion.

- Si algo hay que hacer con ellos es ayudarles a dejar la vida callejera, igual que a todos vosotros... y empezando por ti- dice el griego a Teniente mirándole a los ojos.

Este momento marca un hito en la historia de los jóvenes y adolescentes del Mercado Semu. A partir de este día, Platón decide quedarse, olvidarse del turismo que vino a hacer y dedicarse a ofrecer charlas de sensibilización para cambiar la vida de los muchachos, incluyendo a Teniente.

Él no tenía ropa todavía, pero entre todos le compraron algo en Asamse. Empieza a cambiar sus vidas comenzando por la relación con sus tutores. Va de casa en casa para conocer el comportamiento que cada uno de los miembros del grupo tiene con sus padres, ya que casi todos ellos son menores de edad.

Ninguno se llevaba muy bien con los mayores de su casa. Todos tenían problemas, y a algunos les habían llegado a echar de su hogar por desobediencia y falta de respeto. No era el caso de Teniente, que era huérfano de padre y madre. Vivía con un colega alquilando un cuartucho indecoroso. Le daba tanta vergüenza que todos los chavales a los que andaba amedrentando supieran que no tenía ni dónde dormir, que nunca llevaba a nadie allí. La situación de Teniente era de las más críticas que había, ya que no tenía ni techo. Por su carácter radical y maleante casi todo el mundo rehusaba acogerlo en su casa. Pero cuando sus compañeros se enteraron de todo esto, le mostraron su apoyo y comprensión, y Teniente empezó a llorar. Desde ese momento asumió la responsabilidad de cambiar, y empezó a utilizar el poder y la autoridad que tenía sobre su gente para inculcarles buenas prácticas, y además predicando con el ejemplo.

Platón siente que su viaje ha sido más fructífero de lo que pudo haberlo imaginado jamás. Entonces empieza a programar su regreso. Al final no ha salido del Mercado Semu: su viaje turístico solo duró un día.

Los adolescentes empiezan a cambiar su vida. Se unen todas las bandas en una sola, y ahora no se pelean y se hacen daño entre ellos, sino que se asisten en caso de necesidad. Teniente sigue siendo el “Mayor Teniente”, y le ayudan a conseguir algún trabajo. Anda por las calles pidiendo perdón a todo aquel a quien pudo requisar un objeto, o propinar una paliza, o dar algún golpe gratuito. Todos los días se acerca a Reina Lion y le pide perdón por el cachete caliente que le dio.

La madre de Petí Califa podía vivir mejor porque su hijo dejó los estudios y se metió en un taller a aprender mecánica. En pocos meses ya llegaba a casa con algo de dinero en los bolsillos y ayudaba a sufragar algunos gastos. Las parejas que estaban establecidas se mantienen, pero llevan las cosas con menos guasa y desorden que antes. En resumen, todos están creciendo como hermanos, apoyándose unos a los otros...

GLOSARIO

ASAMSE: MERCADO DE ROPA USADA.

SIÑĒ: AMEDRENTAR A ALGUIEN CON EL FIN DE QUITARLE ALGO FORZOSAMENTE (DEL PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

PETIT FREND O PERI: CHAVAL.

GUETAR; TENER. (DEL PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

NTONG: CONFIANZA

SÁRÁ: BIEN; (PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

FENAR: BUSCAR (PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

CAMÍ: CAMISA, (PIDJIN ENGLISH)

MECAR: HACER (PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

NIGGAS: COLEGAS, DEL INGLÉS.

YABAR: HABLAR. (PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

AFTA: DESPUÉS (PIDJIN ENGLISH).

TĒCAR: COGER; (PIDJIN ENGLISH)

ESTOCK: MUCHO

MBUT MAN: PERSONA QUE PIENSA QUE SABE MUCHO.

NGA O GUIAL: CHICA (EN EL SENTIDO DE PAREJA)

TERRITUAR: ESPACIO DOMINADO POR UNA BANDA. DAR BIT: PEGAR.

BINCUARA: MACHETES.

WAITMAN: HOMBRE DE RAZA BLANCA.

ANDJIS: FORMA DE ABREVIAR EL NOMBRE DE LOS ANDJERAMIS

BURÍ: PROBLEMA, BARULLO.

BAYAMSELL: ACTIVIDAD DE COMPRA AL MAYOR Y VENTA AL DETALLE.

LAIT CAILLÉ: YOGUR CALLEJERO. MUY CONSUMIDA Y SIEMPRE ACOMPAÑADA DE LOS BUÑUELOS.

NIA: VEN

DAR CHOP: PEGAR A ALGUIEN O GANARLE EN UN JUEGO.

SI: VER. (EN PIDJIN CODIFICADO ES SIAR).

DA WACA: ANDAR.

DAS KNÖ: SABER.

SI YO GÍO: SI YO ESCUCHO. DEL VERBO GIAR, ESCUCHAR. (DAR GÍA EN EL PIDJIN ENGLISH CODIFICADO)

ONE BY ONE: UNO POR UNO.

LEFAR: DEJAR (DEL PIDGIN CODIFICADO).

MONAMI: EXTRANJERO, GENERALMENTE DE PAÍSES AFRICANOS FRANCÓFONOS.

RESTÓ: RESTAURANTE.

A TROWÉ SALUT: TE SALUDO (LITERALMENTE, “TE TUMBO SALUDOS”) (DEL PIDGIN CODIFICADO)

MALICAS: MALIENSE.(DEL PIDGIN CODIFICADO)

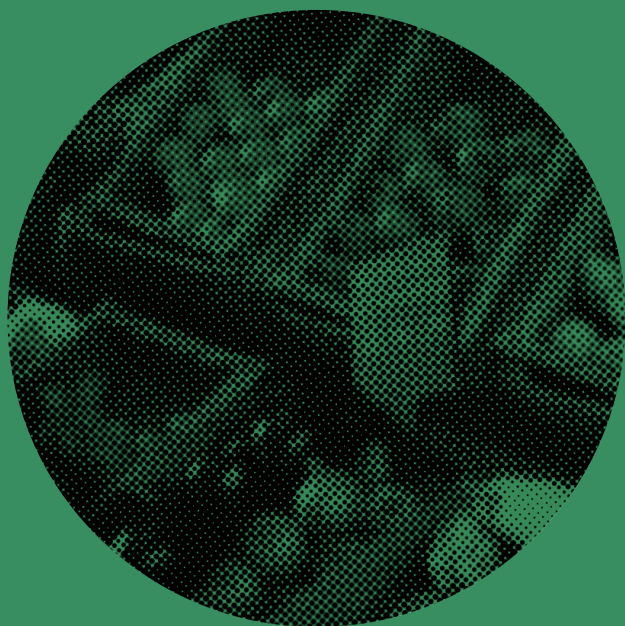
DAR CUC: COCINAR.(DEL PIDGIN CODIFICADO)

PARAR CORNER: ESTAR UN POCO APARTADO.(DEL PIDGIN CODIFICADO)

BABILON MAN: ALBOROTADOR, PERTURBADOR.

LONG: CASA

OBAM: MACHETE.



NARRATIVA

12 DE OCTUBRE ¡ONOMÁSTICA FELIZ Y CONTROVERSIAL!

Filiberto Nsue Elá Andeme

No sufrí abusos sexuales de niño, y mis padres ni me abandonaron ni eran alcohólicos o violentos. No soy una estrella musical, ni estoy enganchado a las drogas ni he sido testigo de un crimen perfecto. No estoy vivo en contra de todos los pronósticos ni he tenido que sobrevivir para contarlos. De joven me dedicaba al hip hop y siempre me ponía pantalones gigantes y pañuelos, como los raperos de los videoclips. No soy un genio matemático o un líder político, pues apenas milito. No soy el patito feo de nada, pero tampoco el rey del carnaval. No soy pariente de ningún dignatario billonario de algún régimen, ni tampoco comparto con las ratas de cloaca la etiqueta de “pobretón”.

¿Me he olvidado de algo?

Creo que no, y si así fuera, pues ese soy yo y esta es mi historia, bueno, la de mi diario, el diario por la puntual y compartida onomástica. Lo escribo sin apenas tener que esforzarme y con toda naturalidad y sinceridad. No he trabajado en acordarme de ciertas cifras y códigos: los números de teléfono, el DIP, el pin del móvil, el número secreto de mi cuenta de ahorros, el de mi carnet de conducir, el código de mi tarjeta de crédito, la contraseña para acceder a mi correo electrónico, ...

Me gustaba cómo era de pequeño, por eso me gusta mirar mis fotos de antes y también recordar cómo era. Recordar cuando escribía poemas de amor a las chicas del colegio y les gustaba mucho, aunque todavía no entendía lo que era estar enamorado, ya que lo consideraba cosa de mayores, pero ya notaba que me gustaba muchísimo escribir rap, poemas, etc.

A los 18 solo había probado el alcohol una vez. Fue durante las fiestas patronales en mi tierra. Le di un trago a un vaso de *malamba* y no me pareció tan mal, era muy dulce. Sin embargo, acabé con vómitos y mareos en la cama.

Detestaba ir al médico porque sabía que, tras las palmaditas, caricias y demás detalles de afecto, incluso de una amistad certificada en forma de un caramelo *chupa chups*, se escondía, disfrazado, el dolor. Aquellas pastillas agrias de *cidanchín* y, de postre, las benditas y dolorosas inyecciones. Pero, claro, acababa acudiendo a la cita, arrastrado por mi queridita madre.

Siempre temí que nunca alcanzaría la edad adulta, que no pasaría de los treinta años, que nunca me enamoraría de una mujer con nombre de flor, ni que me haría mayor. En cambio ahora veo que no siempre las cosas son tal como las

imaginamos. Cuarenta y cuatro años tratando de hacer bien las cosas, de ser fiel a mis principios, de dejar atrás mis manías, de fijarme en la viga de mi ojo antes de ver la paja en el ojo del prójimo; tratando de meter el enchufe en el agujero ideal y de ser algo con respecto a mí mismo, aun cuando los demás no puedan percibirlo.

Hoy he cumplido los cuarenta y cuatro años, cuarenta y cuatro, tratando de huir de los fantasmas del pasado, enfrentándome a la inevitable realidad: el saber que tarde o temprano tendré que cumplir mi condena, legado de Adán y Eva; que la señora de la guadaña me visitará en un cualquier momento; que dejaré de ser yo, dejaré de existir y me despediré de todo: mi familia, la lírica, la escritura, mis problemas psicológicos, mis sueños e ilusiones; me despediré de aquellas cartas y mensajes que esperan mi respuesta.

Ahora soy otro. Esto debe ser hacerse mayor. Y ya no suelo salir desenfrenadamente de copas, o hacer botellones con las amistades, o tener que acudir a citas a ciegas con mujercitas, o enamorarlas perdidamente hasta romperles el corazón al tener que dejarlas cuando se hacen mayores. Ya no me causa satisfacción alguna seguir engrosando mi diario íntimo con los nuevos nombres de mis relaciones, ni tener que sentarme a escribir cartas de amor o componer canciones en la ducha tras haberme autoestimulado.

He cumplido cuarenta y cuatro años y sigo pensando que la vida es todo: es llorar, es sonreír, es empezar a nacer y partir, es andar mientras se vive, pasar amargos desengaños amorosos y derramar un río de lágrimas, levantarse, sacudirse, limpiarse y volverse a enamorar. Es sentir unas podridas tentaciones de despertar cada mañana junto a una muchacha que podría ser nuestra hija o sobrina, o viceversa. Pero la vida, a veces, es más que esto, sobre todo la vida de esta generación, de este siglo. La vida actual consiste en avasallar, en pisotear, en eliminar, en taponar. En este nuevo mundo, destruimos todos. Destruye el que critica sin razones; destruye el que calumnia, el que cierra sus ojos a la verdad, a la bondad, a la belleza; destruye aquel que no percibe al prójimo, ni contempla sus derechos, ni escucha su voz, ni atiende a sus lamentos; destruye aquel que antepone su egoísmo al bien común, su interés a los de la comunidad; destruye el que “va a lo suyo”, siempre, por encima de todo.

¡Cuántas páginas vírgenes me quedan por manchar con mi clásico bic, cuántos viajes me quedan por realizar, cuántos besos por dar, cuántas bibliotecas por visitar, cuantas obras por componer desde mi destartalada y antigua Olivetti!

Cuarenta y cuatro años de existencia y con una anhelada, larguísima travesía por delante. Y eso que, tal y como dicen, la vida está llena de sorpresas y maravillas: de chicas encantadoras abarrotando las paradisíacas playas de Malibú, Acapulco, Ibiza y Honolulu; de minas sembradas en los campos de Kósovo, Bogotá y Somalia; de pomposas fiestas de etiqueta rebosantes de caviar y champaña, ...

He evolucionado en estos últimos años. He creado algunas amistades y unas inexplicables enemistades. Hoy he cumplido cuarenta y cuatro años y me he hecho mayor cuando algunos de mi generación todavía no lo son, o lo han sido ya hace mucho. Es porque, aun siendo una persona muy puntual, siempre llego tarde ante ciertos aconteceres vitales: mi primer beso, a los 17 años; mi primer amor, a los 19; mi primera vez, a los 20 años; mi primer hijo, a los 26 años; mi primer coche y casa propios, a los 39.

Y por ser una persona no muy puntual al respecto, solo hace poco que he conocido a mi otra familia, mis nuevos hermanos, mis nuevos sobrinos y primos. He conocido a los otros hijos de mi padre, sus hermanos, sus sobrinos, los suyos y los míos. Y aun con esto, nada cambiará en mi vida, porque seguiré acordándome de cepillarme los dientes al acostarme, a no faltar a la cita de cada día 2 de noviembre para rendir tributo a la memoria de mis muertos; seguiré celebrando el día de los abuelos, el de las madres; seguiré aferrado a no compartir mis enseres de higiene íntima con nadie.

Es cierto que, en cierto sentido, he evolucionado mucho y que, si aquellos que no me han visto hace años me vieran ahora, me mirarían y exclamarían: “¡Quién te ha visto y quién te ve!” Sin embargo y, pese a eso, sigo siendo sensible a mi familia, mi tierra; sigo veraneando y recibiendo cada año nuevo junto a mi familia en mi tierra.

La vida de uno no es lo que sucedió, sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda. Y recordando, he recordado aquellas noches hipnotizado perdidamente por taquilleras películas que, entonces, a los chicos de mi generación poco o nada les interesaban: “*Un tranvía llamado deseo*”, “*Lo que el viento se llevó*”, ...

También recuerdo las paredes de mi habitación, tapizadas con los posters de superhéroes de comics: Spiderman, Batman, Capitán América, Superman, ... o los de jugadores míticos de los años setenta y ochenta: Falcao, Junior, Zico y Sócrates (de la selección brasileña); Stopyra, Rocheteau, Jean Tigana (de la

selección francesa).

Cuánto tiempo obsesionado con aquellas conmovedoras parejas de actores cuya química traspasaba las pantallas, aquellas perturbadoras miradas de Marilyn Monroe, Vivien Leigh, Greta Garbo, Lauren Bacall, Ava Gardner, Catherine Deneuve, o aquellas tardes fascinado por los western, por películas como “*Cruzando el Mississippi*”, “*El bueno, el feo y el malo*”, “*Asalto y robo de un tren*”, “*Río bravo*”, protagonizadas por ídolos de la talla de Gary Cooper, John Wayne, Robert Mitchum, Cary Grant, Charlton Heston, Clint Eastwood, ... Recuerdo perfectamente el aspecto seductor de Marlon Brando, Jack Lemmon y, sobre todo, de Sean Connery, un héroe de mi infancia cuando hacía de bueno y agente 007 con licencia para matar. Es verdad que hasta hoy mantengo aparcadas ciertas dudas. Nunca supe si en realidad fue Robert Ford quien mató a Jesse James o si se salvó de aquella traición, ni por qué a William Henry McCarthy le apodaron “Billy el niño”. ¿Los besos eran de verdad, o simulados?

Y, casi sin darme cuenta ni proponérmelo, ante mí aparece cualquiera de los flashes que Depardon y McCullin se trajeron del Golfo de Guinea a finales de los 60; cualquiera de las míticas fotografías del llamado padre del fotoperiodismo, Cartier-Bresson; el miliciano republicano herido de muerte de Robert Capa; el semblante desafiante del Che Guevara que retratará Korda en el 60; la fotografía de aquella niña vietnamita desnuda huyendo de su aldea arrasada por el napalm, captada por Nick Ut; la de aquel joven chino intentando parar los tanques en la plaza de Tiananmén. Recuerdo todas aquellas instantáneas que han sabido mostrar al mundo la realidad de una gente inmersa, la mayoría de ella sin quererlo, en un infierno: el de la guerra y el de la posguerra; el del abandono total del primer mundo; el que surge de nauseabundos intereses políticos y económicos; el que brota del nacionalismo más oportunista y descontrolado, ... Chapó por todos ellos, los encargados de retratar sin demagogias este mutilado universo. Chapó por el misterioso Banksy, encargado de brindarnos en la actualidad flashes y bocetos repletos de ternura y normalidad aparente, aquella que el ser humano, inconscientemente, persigue sin descanso aun en las situaciones límite.

También fui un flipado de los tebeos. Recuerdo que me zampaba sus historietas en un abrir y cerrar de ojos. Walt Disney y las inseparables parejas que ofrecía: la patosa familia Donald y Minnie, Mickey Mouse y su inseparable Goofy, Tom y Jerry, Zipi y Zape, Mortadelo y Filemón, Sherlock Holmes y su querido Watson, ... Y qué decir del Pájaro Loco, Bugs Bunny, ... Todos ellos fueron para mí el reflejo del amor y el desamor, del espíritu aventurero y heroico,

del sentido del humor, la valentía, ... Películas que me sumieron en terribles momentos personales.

Cómo no recordar ahora también mi pasión por la música afroamericana, el rhythm and blues, desde sus raíces, en combinación con el Góspel. Vienen a mi memoria BB.King, Ray Charles, Chuck Berry, Sam Cooke, ... El Gangsta rap de mediados de los 80, fruto de las rivalidades entre la West Coast y la East Coast.

No fui fan del rock and roll, ya que no conocí ni viví los tiempos del “haz el amor y no la guerra”, aquellos momentos apoteósicos de Elvis Presley, los Beatles, Frank Sinatra, ... Pero claro que me estremecieron las precoces muertes de James Dean, River Phoenix, John Lennon, Kurt Cobain, ... aunque poco me importaron y afligieron en comparación a las de mis ídolos afroamericanos Túpac Shakur, Malcolm X, Martín Luther King, ...

Pero no todos son recuerdos agradables. También vienen a mi mente imágenes de momentos tristes vividos. No son solo memorias de mi infancia las que vienen a mi cerebro en tropel. Otras, más recientes, aparecen... Hoy he cumplido años, cuarenta y cuatro he cumplido hoy, y los definiría como una montaña rusa, con altos muy altos y bajos muy bajos; con instantes de esplendor y momentos agridulces, mucho menos felices.

¿Qué hay en mí ahora que no había años atrás? Hay ausencias y distanciamiento, pero, sobre todo, valor. Valor de enfrentarme en estos años con la cruda realidad, la cual se me presenta desnuda ahora tal cual es. Ahora, con cuarenta y cuatro años. También valor de mantenerme firme, en pie, resistente y persistente a pesar de la pérdida de seres queridos e irremplazables a lo largo de los últimos años: padre, madre, abuelo, abuela, ... Uno tras otro.

He cambiado bastante, y ahora estoy frente a la gente como soy en realidad, sin tener que esconder mi lado oscuro o disimular que soy otro. Mis progenitores me alentaron por el buen camino, pero, desde luego, he procurado yo mismo dar los pasos decisivos y determinantes sin perder la esencia de la identidad familiar, sus principios. No lo voy a negar, a veces pienso en la señora muerte. Creo que cuento con la posibilidad de morir y he de estar dispuesto a eso, pero tampoco puedo evitar tener miedo, aprender a superarlo, a gestionarlo porque no se puede ignorar. Es una locura al alcance de muy pocos el renunciar al miedo.

He de admitir que no he superado todavía mis sentimientos pesimistas sobre la muerte. Sin embargo, ahora, con cuarenta y cuatro años, ya no me aterroriza tanto la muerte en sí. Lo que más miedo me da es no morir de muerte natural, un morir precioso, en una cama rodeado de mis seres queridos, despidiéndome tras la extremaunción. Irme de este mundo sintiéndome arropado por mi gente linda. Sé que es una vana ilusión, y aun así me fascina la idea. Además, preferiría morir no lejos, sino en mi tierra, cerca de los árboles frutales que albergaron mis travesuras de la infancia. Morir en mi propia tierra. De hecho me gusta estar en casa y disfrutar de mi intimidad, esa hermética burbuja sagrada e irrenunciable, viviendo de acuerdo con mi destino, respetando siempre el hilo delgado, invisible y terrible que me separa de la enigmática muerte. Y suelo respirar aliviado cada vez que ella escoge y se lleva a otros.

En mi memoria suenan, nostálgicas, unas canciones de la literatura oral fang, canciones anónimas de cuna, de boda, de nacimiento, ... Recuerdo la ilusión por ver llegar un día, un momento, la emoción adolescente del primer beso, la primera cita, la primera vez. Durante mi infancia yo anhelaba poseer los billetes de los opulentos, sus coches, sus casas. Me chiflaban los cowboys de los anuncios publicitarios de cigarrillos Marlboro y Dallas, también las chicas rubias de la publicidad de Coca Cola, y aquellas con curvas que salían en los videoclips de Maele y Bessoso, o las exóticas afroamericanas semidesnudas de los de Mc Hammer, Milly Vanilly, Snap, Vanilla Sky, Bobby Brown, ...

Recuerdo que, de niño, envidiaba mucho a los personajes de las películas que, al quitarse la camisa, lucían en la esculpida espalda monumentales cicatrices, las señales de haber sido azotados por los malos cuando trataban de liberar heroicamente a una dama en apuros, y esas señales suponían un plus que volvería locas a las chicas. ¡Ojalá!

Cuando empecé a notar cambios físicos, más pelos en ciertos sitios y que me estaba cambiando la voz, empecé entonces a querer más. Quería, entonces, tener en mi exclusiva propiedad cosas, cosas de verdad, pero cosas que no fueran ya canicas o coches de bambú o de hojalata. Aspiraba a tener chicas de verdad, orgasmos auténticos y no simples masturbaciones en el baño o río abajo. Pero todas aquellas ilusiones topaban con la pura y cruel realidad. En mi adolescencia estaba convencido de que la mayoría de las mujeres eran guapas, difíciles, y de que tenían algo así como una aspiradora en sus entrepiernas, y de que picoteaban fuerte a los hombres durante el coito. O sea, pensaba que nada bueno podía pasarme con las mujeres a la edad de 18 años.

Anhelaba protagonizar alguna hazaña para poder contar, sacando pecho, entre los demás muchachos al bajar a zambullirnos al río, tal y como acostumbrábamos. Algo mío, algo que contar como experiencia propia. Por eso, en uno de mis periodos veraniegos junto a los abuelos, allá en mi tierra, durante algunos domingos, a la salida de la misa, seguí durante varias semanas a una muchachita que, entonces, me parecía la más atractiva del universo. Como si se tratase de un juego, soñaba, a pesar de que era imposible, que una vez pudiera fijarse en mí, volviera la cabeza y clavase su mirada en la mía, sorprendida de encontrar, por fin, a su príncipe de azabache, al apuesto bantú que había estado esperando. Cautivado por sus ojos inmensamente bonitos (una combinación de blanco, negro y azul brillantemente entremezclados), me quedaba inmóvil, embrujado pero impotente, esperando un beso tierno, como en las pelis, a lo Clark Gable en *“Lo que el viento se llevó”*, o Richard Gere en *“Pretty Woman”*.

Y un soleado domingo, al llegar a la piscina municipal, tal como era costumbre en mi tierra, la estaba esperando un chico guaperas y apuesto, con el cuerpo bien moldeado, fornido y escultural, de esos que se trabajan levantando pesas todas las tardes. Era el hijo del señor feudal y cacique de toda la comarca y sus alrededores. Estábamos a principios de los años 90 y, por entonces, ser el hijo de un opulento era algo inimaginable, inalcanzable y único. Era el único chico pijo a la vista y vestía diez veces mejor que yo: zapatos castellanos color fucsia, conjunto Lacoste beige, gorra de béisbol de los New York Yankees, reloj Casio reluciente... Él estaba veraneando en su tierra al igual que yo, pero con la diferencia de que yo venía de Bata, mientras que él procedía de un colegio en una provincia española, y se comportaba como tal. De hecho, nada más acercársele la chica que era mi entelequia, el objeto de mis anhelos, le besó en la boca y se agarró a su cuello como a un salvavidas. Aquello de besar en la boca a mí me parecía entonces una guarrada sin igual. Estaba claro que yo no podía competir con él. Total, era de esperar, pues un chico que estaba tan bueno tenía que ligarse a una chica como ella. Desde aquel día no volví a seguirla ni a anhelarla. Recuerdo que cambié el horario de asistencia a la misa. Evitaba encontrarme con ella.

A raíz del susodicho affaire y desaire en la piscina, comprendí aquello de que... “aquella cuyo solo recuerdo enciende mi mente no me hace ni caso y desea a otro hombre, y él piensa en otra que no es ella, y, a la vez, hay alguna otra por ahí que por mí suspira”. No lo comprendí profundamente tanto como ahora, era demasiado chaval e ingenuo entonces. En cambio ahora tengo asimilado y experimentado que, a veces, el amor puede ser algo así como el juego del “dale tú a quien no te dé”, porque solo así se forma una verdadera pareja de amante y

amado.

Casi nadie imagina el futuro cuando se es adolescente y se está en la flor de la vida, y se es joven durante mucho más tiempo del que uno cree, y la vida entera parece mentira y alucinante cuando se es joven: lo que le pasa al otro, a los otros, las calamidades, las desdichas, los crímenes, las epidemias, ... Todo ello nos resulta ajeno, como si no existiera. Incluso lo que nos pasa a nosotros mismos parece ajeno a nuestra vida, una vez que ha pasado. Sin embargo, ya en la madurez, todo cambia y todo te afecta.

El haber perdido a Madre fue un punto de inflexión en mi vida. Madre era la punta del iceberg familiar, y con su muerte aprendí a ser más fuerte y también a ser más realista, a no andar en las nubes, a ser consciente de que hoy estas aquí pero mañana puedes no estarlo por circunstancias de la vida, a no aparentar ni venirse abajo ante las penurias. Es que las penurias también te enseñan a ser fuerte y a aceptar la realidad. Al igual que a mis otros hermanos, Madre me apartó de ciertas conductas y pautas actitudinales de las que me habría arrepentido ahora, con cuarenta y cuatro años, fomentando en nosotros, a través de un lenguaje subliminal, ciertos valores que pasan desapercibidos y son despreciados por mucha gente: los de la familia. Y, aunque me dejó en la vida, ella sigue siendo mi piedra filosofal, y cuando tengo dudas intento imaginar qué haría, qué me diría, etc. De ella recuerdo una explosiva mezcla de honra, principios, sensibilidad, solidaridad y personalidad, así como un carácter explosivo-persuasivo para hacerse respetar. Era dulce, solidaria y sensible con el prójimo, los necesitados, vecinos, compañeras, ... y sacrificada con su familia. Pero no siempre aplico lo mucho que aprendí de ella. De hecho, soy diferente. Algo explosivo e impulsivo.

Aquí estoy yo, todavía con cuarenta y cuatro años de existencia, para vivir mientras el alma me suene, y aquí estoy para morir cuando me llegue la hora. ¿Qué soy ahora? Simplemente alguien extrovertido que deja correr su labia. Alguien que escribe de todo, expresando las cosas que pasan en la vida, puesto que en la vida hay unos niños que crecerán para ser perdedores; otros, suicidas, kamikazes, paramilitares, portadores del VIH, ... y también pobres, pobres muy pobres que seguirán soñando con las bienaventuranzas emitidas por Jesucristo durante el sermón de la montaña (Mateo, 5: 1), mientras los poderosos siguen amasando su fortuna cada vez más y más.

¿Quién soy yo, ahora, en realidad? Alguien que no encajaría bien en

la lista de los más seductores ni de los más torpes, ni me alzaría con el premio al certamen de feos. No. Soy una persona corriente que lleva una vida normal, uno más de la academia de arte dramático esporádico y natural, con un talento innato y un sentido del humor envidiable. Parezco el prototipo medio de tantos guineoecuatorianos no muy bien alimentados, pero provistos de educación. Perfecto para quedar bien como acompañante en una fiesta de disfraces, e incluso en una infidelidad civilizada. Yo saldría bien, ahora con cuarenta y cuatro años, en un calendario familiar, en un retrato de familia. Un tipo que adora y venera la intimidad, la lírica, la erudición, el vino tinto, ...

Ahora, cuando me miro al espejo, veo a un tipo con perilla, una imponente mirada penetrante y dialogante, labios gruesos, nariz chata, ... Pero, sobre todo, veo a un hombrecito que se resiste al paso del tiempo, y me digo a solas a mí mismo: “Deberías haber dormido más, tendrías que haber nacido en otra sociedad o en un siglo anterior”. De todos modos, me veo como una obra en progreso.

Yo siempre quise ser independiente, y ahora lo soy, hace años que lo soy, aunque, claro está, la independencia es relativa, siempre depende. Ahora trabajo procurando dar lo mejor de mí en pro de la continuidad de mi familia y de mi patria. Me estoy educando, formando. Estoy trayendo hijos al mundo, construyendo mi hogar, y, aun con eso, siento una sensación de vacío, siento que me falta algo, me falta algún complemento, y no sé muy bien qué. A veces pienso que es Dios, pero Dios no puede ser un simple complemento. Ahora estoy siendo arropado por unas relaciones afectivas de gente que me quiere a su manera, me colman de instantes fugaces de felicidad. Sin embargo, tras la muerte de mis seres queridos (madre, abuelo, abuela...), siento un gran vacío, un abismo hasta ahora no superado.

Hoy, al cumplir estos años, he recordado mi vida con desasosiego. Recordé por ejemplo que ya tengo cuarenta y cuatro años, y que probablemente no me quedan más que otros diecisiete años de vida. Sé que no es una idea ni un pensamiento agradablemente halagador ni reconfortante, y mucho menos para una persona como yo, con muchas ansias de vivir.

Hoy, en la misa de acción de gracias por seguir bañándome en la luz del sol divino, he pedido a la vida decisión en mi acción. Una decisión constante. No sentirme abandonado ni desesperado nunca por ella, ni por su actitud policíaca sobre mis pasos. Le he pedido su asistencia y consistencia, que ilumine mis

horizontes próximos y apague mis anhelos reprimidos fruto del subconsciente, y que apague ciertas codicias egoístas de mi adolescencia, que refuerce mi madurez... Le he pedido a la vida ser mi arcángel. A Dios le he pedido ánimo y acción, salir adelante, entre melancolías y júbilos, penurias y éxitos, bajos y altibajos, ...

He de admitir que la religión impregna todas las esferas de la vida. Es una fuerza que une a todos los ciudadanos y moldea sus cerebros con unos valores aparentemente diferentes, pero que en el fondo hablan de lo mismo: vida eterna, paz, solidaridad con los pobres y apoyo al necesitado, así como amor al prójimo. La religiosidad es un apoyo vital para casi todos. Lamentablemente, a día de hoy, se ha creado una forma de entender la religión en la que el concepto de Dios se adapta a conveniencia, en donde muchos credos centran sus objetivos en satisfacer los gustos del consumidor, en ser el mejor postor de sus necesidades emocionales. Es por eso que yo rechazo someterme a la autoridad de personas humanas que dicen ser mediadores entre el creador omnipresente y los hombres. No me someto a complacerles, ni a rendirles tributo ni culto. Me niego rotundamente a ello. Jesucristo, para redimir al mundo, se encarnó, y no hay redención sin encarnación. Para defender el evangelio y la causa de los oprimidos y clases pobres hay que hacerlo uniéndose a ellos, trabajando y sufriendo con ellos, identificándose con ellos en lucha pacífica a su favor en contra de la injusticia. He ahí mi cuestionamiento. ¿Qué hace el Papa encerrado entre los muros del Vaticano, mientras que el rebaño descarriado, hambriento y mugriento se encuentra aquí fuera?

Nunca me he planteado, ni me he dejado persuadir para ello, formar parte de una secta religiosa concreta ni determinada. Me basta con compartir algunos puntos esenciales y comunes con las distintas formaciones y credos, cuando fomentan el amor al abnegado, el autodominio, la paz, la bondad y la apacibilidad. Con el confucianismo y el budismo comparto la libertad interior, la cual considero esencial e imprescindible. En cambio, discrepo con ellos en varios aspectos. Yo considero que formar parte de una secta no siempre implica ni supone compartir verdaderamente sus ideales y creencias. Mi existencia no está condicionada por una religión determinada. Sigo buscando los esquemas espirituales que concuerden con mi manera de ser y de concebir el mundo. Hago esfuerzos por llegar a la verdad, amar al prójimo, ejercer la autocrítica y la tolerancia, apoyar los esfuerzos de una ética humanitaria en contra del espíritu supersticioso y sobrenatural.

Aunque está muy bien confirmado que muchos líderes religiosos, bien con su actuación o con su silencio, han apoyado activamente o han aprobado numerosas atrocidades perpetradas contra la población, contra el rebaño del pueblo de Dios, no obstante, la mayoría de las religiones predicán la paz y la armonía como pilares de la fe y la religión siempre ha promovido principios altruistas como el amor al prójimo, la fidelidad y la lealtad a la esposa. Las pruebas demuestran que obedecerlas reporta beneficios, mientras que incumplirlas redundan en perjuicios. Entonces... ¿Qué hacer al respecto? ¿Cómo exigir que no debe tomarse el nombre de Dios en vano cuando constantemente se menciona en juramentos solemnes incumplidos o incluso se invoca en escenarios y contextos variopintos: para justificar masacres poblacionales, transculturaciones impuestas a punta de bayoneta, usurpaciones de puestos, derrocamientos, ...?

Hoy he escrito por todos, y también para todos.

Por ti, amor número 22, indecisa y encantadora, hermosa como tú no hubo otra. Tú, que aportaste a mi vida aquel grandísimo vuelco; tú, que me hiciste reflexionar y retomar el valor del amor tras decidir abandonarme, sumido en mis gamberradas infantiles.

Tú, amor número 1, la más recordada de entre todas, escribo también para ti, por haberme hecho vivir cada segundo de nuestra relación como si fuera el último y el instante más feliz del universo. Gracias por haberme dado el gusto de conocer el punzante dolor clavándose en mi pecho como una diana, el dolor que causa la infidelidad, como punzantes dedos atravesando la carne de mi garganta y royendo mis huesos. Contigo conocí por primera vez en mi vida el amor y algo parecido a la felicidad, pero fue contigo también con la que me hice macho cabrío, cornudo crónico.

A ti, amor número 52, último miembro de una raza en extinción, la flor que la naturaleza ecuatorial había tardado años en producir y moldear, y que la eternidad no puede jamás marchitar. Gracias por aguantar mis manías y malos ratos. Contigo, emulando a Eva y Adán en cada atardecer, cavando en ti como una tumba. Tú que me enamoraste con tu peculiar y única forma de parpadear, como una fotocopidora, pero, sobre todo, con tu nombre de flor. Y eso que nunca pensé que me enamoraría ni besaría a una niña con nombre de flor. He ahí que incluso tuve mi particular Odisea yendo tras de ti, ¿recuerdas? Al menos yo sí recuerdo aún el poema en prosa que compuse entonces para ti:

“CON DESTINO A KIE NTEM”

Oye, virgen pura de Akam-Esandón, belleza sobrecogedora.

*He de admitir la grandiosidad de tu atracción sobre mí
que ha traspasado desafiante las olas atlánticas del cálido Biafra
y, con su poder hipersónico, de Ebibeyín a Malabo, me ha hipnotizado
y me ha rescatado de las fauces del presidio, del corredor de la muerte.*

¿Te tienen por la venus inalcanzable de Ebibeyín?

¡Oh, sí! Debes ser tú, la misma niña tabú de la tribu Esandón.

Aquella a la que se llevaron violentamente de mi lado, claro.

Fue en el muelle del desgastado puerto de Clarence City.

Aquella con la que anduve soñando en el fétido patio del presidio.

¡Paso! Paso al expresidiario enamorado

con destino a Kie Ntem.

La chica de Akam Esandón me ha hipnotizado.

¿Que quién soy yo?

No importa eso, cariño. Me conoces perfectamente.

Sabes que soy yo el poseedor de tu inocencia perdida.

Aquél que, desde tu partida, llaman “el hermano de la castidad”.

Sí, cariño, en el presidio, por ti, me abracé a la castidad.

Sin ti me convertí en casto. Tal como lo oyes, chica. Casto por ti,

y solo por eso me consideran un tipo fuera de lo común,

y es cierto, pues un tipo corriente no haría grandes obras maestras.

No tomaría un avión en plenas navidades con destino a tu lado

y desafiando a los amigos, a la familia, a un sinfín de adversidades.

¡Paso! Paso al mártir de la castidad, paso al amante cautivo

con destino a Ebibeyín.

El tesoro de Akam Esandón me ha enamorado.

Y agradecido te alabo, negrata mía,

no desde Banapá Bubi, mi presidio,

ni entre los pasillos del calvario,

sino aquí, en Micomiseng, ya cerca de ti.

A ti voy, dispuesto a dártelo todo, a amarte.

Te alabo con el tono de un hombre renacido.

Como el ave fénix renací de las rejas del presidio,

allá donde estuve apresado durante largo tiempo,

*y durante aquel largo tiempo fuiste una mujer sola,
una niña abandonada alejada de su niño, sin cariño.*

¡Paso! Paso al hermano de la fidelidad.

¡Paso! Voy en busca de la felicidad, con destino a Kie Ntem.

El ídolo de Akam Esandón me ha hechizado.

*Y te sigo alabando, hermana mía, te alabo
porque debí morir allí en el presidio,
y quererte, pensar en ti, me mantuvo con vida.
Saber que tú seguías allí fuera esperándome,
aquello me mantuvo vivo y me trajo a casa.*

*Aunque no te lo creas, cariño, me mantuviste vivo
e hice un trato con Dios, allí en el corredor de la muerte.*

*Le dije que fui un necio al alejarme de ti;
le dije que me arrepentía y prometí tantas cosas
que no le volvería a pedir nada, si solo me dejaba volverte a ver.*

***¡Paso! Totalmente impaciente voy, ansioso a Kie Ntem,
que el tabú de Akam Esandón he de profanar.***

*¿Y sabes, hermosura? Valió la pena el trato con Dios
pues, aunque fuera tan solo una vez más, esta noche te veré;
esta noche te tocaré, te acariciare, te... Sobre todo: te veré.
Y será una experiencia maravillosa, y a Dios lo agradeceré.
Y será tan emocionante, tan... tan hermoso, cielito.*

*Ya estoy en camino, cariño.
Te anticipo ya el momento de mi llegar.
Aguarda mi llegar excitada en la estación.
Espera, igual que un capullo de flor, lista a abrirte para mí.
No temas, negrata mía, que nada malo pasará.*

*Esta noche llegará Jesusito a Ebibeyín
y, a la vez, te llegaré yo al útero, chica.
Esta noche sentirás la furia de mi pasión.
Navegará dentro de ti como un fuego ardiente.
Hoy haremos el amor tras tanto tiempo
al son del crepitar de las campanas de Belén.*

***¡Paso! Paso al joven enamorado.
Completamente ciego voy con destino a Ebibeyín.
El ídolo de Akam Esandón me ha cegado.***

*Chica, cuánto corre el autobús, cómo vuela el “Kassav Express”,
está ganando la carrera al “Zoblazo”. Pronto llegaremos,
que poco queda por llegar a ti, y Bidjabidján quedó ya atrás.
Falta poco, mi amor. Eso me dicen aquí dentro. Queda poco.
Que estoy ansioso por llegar. Quisiera ya verte, contemplarte,
verte tal y como le pedí a Dios, aunque fuera una sola vez más.*

*Los otros viajeros me notan ansioso, mis modales me delatan.
Presienten que estoy enamorado, se lee en mi mirada
porque mi amor es fuerte, mi amor por ti es infatigable,
y cuando avanza veloz el autobús, avanza también mi amor
y la tierra retumba, enloquecen las serpenteantes curvas.*

*Chica, te inyectaré inyecciones de sublimes elecciones
intentando manchar tus inmaculadas entrañas
y sembrar el fruto divino de procreación en ellas
justo en el instante del nacimiento del niño Jesús,
y será el comienzo de algo nuevo. Será maravilloso.*

***¡Paso! Abran paso, paso al héroe del amor.
Totalmente flipado voy, directo a Ebibeyín.***

Mi chica, la de Akam Esandón, me ha enamorado.

*Y procuraré hacerte soñar con arquetipos de arcángeles negros,
aquellos que vengan a hacerle compañía a Jesús con alas prodigiosas,
y ni tú saldrás herida ni yo dañado, ¡oh, amada mía, prometo!
¿Que quién soy yo? Seré otro hijo más de tu madre, su yerno...
Seré tu amigo, tu amante, aquel que todos desean ver ya...*

*Mi amor por ti es tan grande que nada me ha importado.
Nada, al salir en tu búsqueda como Orfeo a Eurídice, su amor.
Tampoco me importaría cometer bajezas por ti, como raptarte,
llevarte de noche, al igual que antaño hicieron mis ancestros,
y liberarte, como Perseo a Andrómeda, del infortunio.*

*No me importaría, cariño. Es que mi amor es tan grande...
Aunque tengamos que correr la desdicha de Céfalo y Procris,
o la de Venus y Adonis en su desgraciado amor.*

*Mira que ya diviso las ruidosas e iluminadas calles de Ebibeyín
y la batería de mi Alcatel se agota. Anda, espérame en la estación,
y prepárate, cariño, prepárate a recibirme libre de tapujos,
que voy a mecer tus carnosos labios en mi metafórica realidad*

y tengo tantas cosas que contarte, tanto que ofrecer...

*Tanto, tanto que saber, todo aquello que fue y no fue, sin mí,
porque tú me mantuviste con vida, tú me has traído a casa.*

He escrito también para ti, amor no enumerado, ni cardinal ni ordinal, sino, simplemente, amor. Contigo he renacido de las cenizas como el ave fénix. Contigo he nacido de nuevo tras saborear el efecto agridulce del desamor con tus predecesoras, con algunas fantasmagóricas relaciones de mi pasado. Tú, que me has abierto las puertas de la paternidad y me has dado la credencial de paso al club de “padres de la eterna juventud”. Gracias por aceptar ser mi compañera de viaje en este largo peregrinaje, por aceptar compartir el mismo cepillo de dientes, las riñas de vez en cuando (no he sido chico bueno), por aguantar mi tozudez, por revivir en nuestra convivencia la ideología patriarcal (poligamia, etc.) a pesar de no merecértelo. Es verdad que, como fang y negrobantú, no siento estar haciendo nada diferente a lo que nuestra tradición nos inculcó antaño.

Ya no soy el de antes, obviamente, porque los hijos cambian y hacen mejores a las personas, aunque sigo siendo yo mismo, el original creado por el hacedor alfarero, no un alienado. Pero por esta razón también he escrito para mis hijos, las flores que siempre quise en mi jardín. Gracias por ser la razón de mi renacimiento, por llenar el vacío que dejó Madre, vuestra abuela a quien nunca pudisteis conocer, la que desde el cielo os sonrío y cuida. Y quiero que sepa el mundo entero que mi gran ilusión sois vosotros, lo más tierno y dulce que nadie me quitará o reemplazará jamás.

Hoy también he escrito para mis desaparecidos.

A ti, Madre, aquello que el Señor me quitó tal cual me lo dio. Gracias por hacerme aprender a ser un hombre de provecho, útil a mí mismo, a la sociedad y a Dios, el Omnipotente. Por hacer crecer mi memoria, mi inteligencia y mi voluntad. Fuiste una de las mejores personas de Dios y por eso eras especial en nuestras vidas, como madre, como maestra, vecina, amiga, tía, prima... Echo muchísimo de menos tus broncas, tus caricias, tus consejos, tu imponente presencia y tu amor maternal, y prefiero imaginar que estás de viaje y que regresarás algún día. Te recuerdo y agradezco los días de juego, las reuniones de padres en el cole, las estancias en la finca de abuela durante el veraneo, los

libros de texto, atarme los cordones de los zapatos... Echo de menos aquellas madrugadas juntos, haciéndome tragar y memorizar la tabla de multiplicar o la conjugación verbal mientras tenías las manos ocupadas y sangrantes en el fuego, procurando el sustento para nosotros, tus hijos. No te importó que yo fuese molestón ni que gruñera demasiado, o que mis rabetas fueran cada vez peores; tampoco que los niños del vecindario acudieran a ti en busca de consejo, caricia, pan, o simplemente una sonrisa que no encontraban en sus hogares. Toda tu vida sin faltar a misa un solo domingo, sin dejar de rogar a Dios por mi alma de diablillo, por todos tus hijos, aquellos que has dejado en vida para irte a quedar junto a arcangelitos negros que revolotean por el cielo ecuatorial. Y ya que falta poco para la cita anual el día 2 de noviembre, he compuesto algo para ti, madre de mi alma:

“A TODAS LAS MADRES MUERTAS”

Mi mano es, en este día 2 de noviembre, ofrenda de hijo, pero tan solo notas tristes a mi interior arranca, porque, ahora, a madres de todo el mundo me dirijo. Sin embargo, únicamente se halla fijo mi pensamiento en aquella que en su pecho acunó a este insigne escritor, hijo entre tantos hijos, pero desconsolado por aquello que tristemente el señor, de él, se llevó: su madre.

Te escribo un poema hoy por eso, madre.

Te escribo esta carta-poema, como a ti te gustaba.

Para tus manos, que sangraban por nosotros, tus hijos, cuando pasabas penurias y miserias por hacernos sobrevivir.

Por aquellas cartas que te mandaba y que nunca más volverás a responder.

Por el resto de tu cuerpo, lapidado por nuestras faltas e inconsciencias cometidas contra ti,

pero que tú procurabas envolver sigilosamente en tu manto de amor de madre.

Te escribo yo ahora por el corazón que me queda y palpita aún para quererte.

Escribo aquí en, y desde Santa Cruz, un rincón sombrío y frío por la amargura de la razón que alberga: madres de todo el mundo. Escribo ahora, en procesión solemne junto a los otros hijos llorosos, envueltos en silencioso afán de volver a ver, aunque con fugacidad, a las madres que el señor les quitó.

Las almas y pupilas lagrimeantes traemos para visitar las tumbas de nuestras sagradas madres, las madres de todos los hijos, nuestras santas muertas. Aquellas madres que ya nunca volverán, aquellas madres que en su día se fueron a ser damas de honor, arcángeles de la virgen María, allá en el cielo. Pero sabemos que sus tumbas oyen nuestro clamor, escuchan los latidos palpitantes de nuestros pechos por su amor.

Escribo sobre la tumba de quien yo amo. Por eso mi lírica a ella dedico, mientras sueño un momento sobre su tumba suave, sueño y recuerdo cosas. Colores, sabores, olores... de ella, de mi madre. La recuerdo bien tal cual fue en vida.

Y luego de escribir, abriré como un ave las tristes alas y cantaré mi dolor, mi dolor por ella, mi madre, y por todas las madres del mundo.

Dios, ¿en dónde se halla la madre que me diste y luego me quitaste?

Aquella que supo ejercer de madre, maestra, amiga, patriota, hija, reconciliadora, madrina...

En verdad seguro estoy que con brazos de amor la acogiste cuando en el fatídico 08.11.04, solemnemente triste como azucena, su frente se dobló a ti y a su gente dejó.

La busco y no la encuentro; la llamo y nunca me responde; la lloro y dudo que escuche mi acostumbrado e infalible gemir sobre su tumba en esta fecha. A mi ansiedad se esconde. ¿Por qué a mi dolor no acude?

La busco en el recuerdo y solamente allí es donde su dulce imagen pálida me vuelve a sonreír.

Dime, Dios, ¿en qué lejana estrella, en qué región remota, en qué desierta isla o nebulosa? ¿En qué lugar está ejerciendo de dulce madre y maestra, derramando sonrisas por doquier?

Busco respuestas, ¡oh, madres!, que entre cajas negras y carcomidas guardáis el

hondo nido de nuestro loco afán de volveros a tener. ¡Oh, madres!, que os quedasteis dormidas sobre lechos y almohadas de piedra, dejando nuestras vidas como hojas desprendidas que arrastra el viento. ¿No oís, aquí y ahora, en esta fecha, un aletear de besos en vuestras tumbas?

Somos nosotros, vuestros hijos, los huérfanos que juntamos nuestras almas y unimos nuestras plegarias sobre la dura roca del montón de vuestros frágiles fósiles.

¡Oh, madres!, que en la tierra cesaron su sufrir; madres que dedicaron su último pensamiento a nosotros, sus hijos.

¿Quién sabe en qué regiones oscuras y desiertas del cielo vagan tristemente y gimiendo nuestras madres? Nuestras madres muertas, que se fueron y nunca volverán.

Aquellas madres de manos beatíficas y buenas, cansadas del trabajo para la manutención,

manos heridas de dolor, manos sagradas, manos que nos acurrucaron.

Mas heme aquí, como siempre por estas fechas; heme aquí en Santa Cruz, en la losa donde yace madre, las madres del mundo, y dejo esas flores en su blanco altar, su tumba: su eterna morada.

Para ti también, padre biológico, engendrador de este escritor anónimo. Cuarenta y cuatro años he cumplido hoy en tu eterna, resignada y ya acostumbrada ausencia. Me he conocido con tu gente, con la familia, mi nueva familia, aquella que me negaste en vida, y al menos te veo en sus rostros. Te veo con tu uniforme castrense, te veo militarizado y martirizado por el trágico destino que ha corrido tu patria, una causa que tuviste que defender dando lo mejor de ti, jugándote el pellejo mientras el paso del tiempo te hacía mella. Te veo guapo, atractivo en la foto de mi memoria, y te recuerdo siempre así, con una media sonrisa y un sentido del humor que derrochabas con tu simpatía y actitud agradable, cosa que heredé de ti. A mí me gusta recordarte guapo, atractivo, silencioso... Por eso te escribo hoy también, para decirte lo mucho que guardo de ti: mis gestos y expresiones, mi espíritu patriótico, mis escrúpulos, mi sonrisa radiante ante el juicio ajeno, y también mi poca suerte y mi inmensa capacidad de gustar, enamorar a las mujeres con una facilidad increíble. Escribo hoy para ti, para recordarte lo poco que estuvimos juntos, escasos encuentros con ausencia de afectividad paternal y filial, y lo mucho que admiré el revuelo de faldas en torno

a ti. Ya lo ves, padre, ahora me toca a mí, y he sido ya padre también, padre de unos nietos tuyos a los que ya no pudiste ver ni tocar. ¿Sabes? Yo, a diferencia de ti, había añorado durante toda la vida el nacimiento de un hijo que fuese mío, y lo anhelaba con la esperanza firme y religiosa que acompaña a la gente persistente. Día tras día, sin rendirme, triste, receloso, esperando el consuelo del milagro, arrojando el deseo con la vida monótona de unas relaciones que rayaban el enamoramiento (esa presencia de trato afable, la complicidad, las miradas compartidas...), y finalmente valió la pena la larga espera: fui padre, pero un padre de verdad. No como tú.

También escribí hoy para ti, Niño Regi, Larry, mi amigo malogrado.

Tú, que duermes en la vida de ultratumba, ya ido. Me acuerdo mucho de ti, cuando, en aquella inolvidable e inocente madrugada del día 10.08.95, un rayo de esperanza se escabulló de ti, escondido, abandonándote a tu suerte, quieto, pálido e inocente, entre las sábanas, muerto. Hoy he cumplido cuarenta y cuatro años, amigo mío, y te he compuesto este pedacito de lírica:

“A NIÑO REGI”

Tu jardín ya no florece, porque tú ya no estás.

La pintura de tu casa ya no brilla, llora tu ausencia.

Tu patio, ahora desolado, sin vida, sin alegría.

El césped, secado, extinguido, porque ya no estás.

Y aquel nido de golondrinas, ya emigradas.

Ya nada es igual sin ti.

Ya todo se marchita. Tus padres, más.

Tan solo esa media sonrisa pintada en nuestros rostros.

Tus amigos, esperanzados de que allí, en el cielo,

*allá donde sabemos que te fuiste, tu ingenuidad
habrá encantado al arcángel san Miguel, su confidente.
La vana esperanza de que tus conjurados fracasasen aquí.*

*Niño Regi, ya casi todo lo tuyo era nuestro, de tus amigos.
Pero ahora te vas, te vas con tu carita angelical, la de Jesús, de niño.*

*¿Qué mal le hiciste a tus conspiradores?
¿Qué mal has cometido contra el mundo?
Si casi eras una criatura aún...*

*Niño Regi, ¿qué ha sido de tu sonreír desenfrenado?
Aquél con el que te ganaste la aprobación de todos nuestros fans.
¿Qué ha sido de tu rostro angelical, de tu valiente falo?
Esos con los que traumatizabas a las muchachitas por doquier.
¿Qué fue de aquel talento innato tuyo? ¿Recuerdas?
Aquél con el que vomitabas succulentas rimas desde los escenarios.
El mismo talento del que tu madre se vanagloriaba. Eras un as.*

*Dime Larry, dime lo que ha sido de todo aquello.
Todo aquello que quedaba aún en ti por dar al mundo,
a nosotros tus amigos, a nuestros admiradores, fans,
a tu patria, tu familia, a tus padres y a tus amores juveniles.*

Oh, Larry, cuéntame, dime cosas.

Cuéntame cómo es el cielo, ese lugar que llaman paraíso.

*Ese en donde, tal y como dicen las sagradas escrituras, hay paz;
donde conviven lobos y leones junto a ovejas y ciervos.*

Dicen que allá todos conviven en hermandad y fraternidad.

Dime Larry, ¿será cierto esto?

Que populares, demócratas, socialistas, republicanos... son hermanos.

Que mahometanos, católicos, budistas, protestantes... se sienten uno.

Larry, dime que no es cierto.

Desmiente eso que cuentan o confirmamelo, increíble desde aquí abajo.

*Que el FBI, la KGB, el MOSSAD, MI6, las FARC, ETA, ... conviven en
hermandad.*

Que el Ku Klux Klan, los Black Panther, el Apartheid, negros y blancos...

Los de arriba y los de abajo, los del norte y el sur... Todos cogidos de la mano.

Me acuerdo mucho de ti.

Me acuerdo de nuestras travesuras y nuestras trampas a los demás.

Y me acuerdo de tu final lentísimo, aquella agonía, muriendo a plazos.

*Y por eso te velé, ¿recuerdas? En aquella larga noche del 10 agosto
procuré ser para ti un triste, angustioso e invisible consuelo,*

porque no podía hacer gran cosa por ti, por tu vida.

*Y no me dio tiempo de irte contando todo cuanto ocurría,
contarte de las chiquillas que se acercaban de visita al hospital.*

*Y yo sufrí a tu lado, intentando hacerte guiños
porque sabía que luego ibas a salir de aquella cama
y que luego discutiríamos, o que nos disputaríamos a las chiquillas.*

Y no quise dejarte solo en tu navegación por la invisible corriente.

Por eso sentí tu último estremecimiento, el que te llevó lejos.

*Sé que duermes acurrucado, allá, cuerpo inerte, mirándome,
aguardándome, contando los días que me faltan.*

Y sé que me esperarás con los brazos levantados.

Sigo teniendo sueños, pero son sueños que no imaginan encontrarme en un afortunado accidente con Bill Gates, borracho, suplicándome que lo arreglemos como sea sin llamar a la policía; o encontrar tirada, por suerte, una máquina expendedora mágica, o una gallina de huevos de oro. No sueño con recibir algún día el premio Nobel, como tampoco sobrevivir en una isla desierta en compañía de las susurrantes curvas de Beyoncé. No sueño con ocupar algún día el añorado sillón de la presidencia, porque la política no es lo mío, no la entiendo; pero claro que, si yo fuese el presidente de un cualquier país, lo primero que haría sería subirles el sueldo a los maestros y sanitarios, así como revalorizar su inigualable labor en la sociedad ecuatoguineana.

Trato, en vano, de recordar a cuántas mujeres he querido, de cuántas me he enamorado, de aquellas que me han hecho daño, o de aquellas de las que me he servido solo para experimentar mis impulsos reprimidos. Recuerdo a todas aquellas con nombre de flor: Rosa, Amapola, Violeta, Cataleya... Me acuerdo de

unas cuatro Rocío, dos Elicia, Amanda, Belén... No puedo recordarlas a todas; sin embargo, tengo la certeza de que no pueden ser menos de dos centenas.

Tengo dudas sobre ciertas cosas. Encuentro contradictorias ciertas realidades entre sí, aunque bíblicamente son aceptables, como, por ejemplo, el feminismo y el cúmulo de libertades que pregona, por un lado, y el matiz materialista de la versión bíblica, presentando a la mujer como propiedad privada. Por eso mi abuelo me decía que no confiara en las chicas, que hay que saber elegir, y, sobre todo, que no me fijara en mujeres ajenas, casadas. Sin embargo, ¿por qué castigar el deseo hacia la mujer del prójimo? ¿Y qué pasa con el deseo de la mujer hacia el hombre? Ya desde comienzos del siglo XXI, y a raíz del impulso del feminismo, ninguna mujer es propiedad de nadie en las sociedades que dicen ser democráticas, modernas y civilizadas, ya que no comulgan con aquello del sacerdocio masculino.

Pese a que son borrosos, guardo en mi mente los acontecimientos acerca de mi primera experiencia sexual. Los guardo como una vieja película en blanco y negro, de cuando no era nada más que un novato en el terreno sexual. Y después de unos años de masturbaciones y calabazas, conocí a una muchacha que sí iba muy rápido y estaba aventajada en lo referente a la sexualidad. Fue la primera que me hizo soñar con arquetipos de arcángeles negros amándose en el cielo; la primera que me permitió inyectarle inyecciones de sublimes elecciones. Mi primera vez fue, recuerdo, dentro de un antiguo Land Rover Santana abandonado, de estos que acostumbraban a usar los colonos para trasladarse al interior del país, quizás el mismísimo que uso Carrero Blanco en su visita, la segunda, a su Guinea en 1962. Lo recuerdo ahora, con cuarenta años. ¡Qué difícil fue aquello, una experimentada y un principiante! Y yo que pretendía disimular... La recuerdo desnuda sobre mí, urgiéndome a realizar movimientos de complicado erotismo: que yo la castigase con palmaditas en las nalgas, que estuviera totalmente inmóvil mientras ella me hacía lo que más sabía de su repertorio-menú, que la llamase mamita y le dijera guarradas... Y, mientras tanto, en la partida de ida y vuelta infernal, ¡puff!, mi fruto ya maduro explotó, soltando todo el zumo de éxtasis que llevaba consigo. Y eso que el asiento del Land Rover no se echaba para atrás, lo cual acentuaba aún más la incomodidad. Desde entonces, casi cada día la buscaba, la recogía y me la llevaba a cualquier esquina. Con ella adquirí más experiencia, a controlar el orgasmo, a cómo abordar a una mujer en el antes y el después de la penetración, etc. Ella nunca supo que me desvirgó, pero, en silencio, se lo tenía yo muy agradecido y reconocido. Hubo un momento en que me hizo tantas felaciones que yo ni podía ya hacer pis. Me volví imparable para

dar y recibir.

Lo lamentable fue que fue justo con ella también con quien conocí el sabor agridulce de las ETS (enfermedades de transmisión sexual). Al cabo de unos meses me empezó a picar el escroto y, por mi condición de principiante, no sabía de qué iba la cosa. Un día localicé cuatro costras justo encima de mis genitales. Cogí una y, mientras la miraba, un poco de sangre salió disparada y me quedé helado. Supe que la había liado, que había pillado ladillas de aquella muchacha, mi mamaíta, mi institutriz... Cuando acerqué la costra a la luz me fijé en que tenía patas y que se estaba moviendo. Un intenso asombro envuelto en escalofríos se apoderó de mí. ¡Qué asco! La aplasté pero no salpicó, crujió como un inservible crustáceo. Era el precio a pagar por realizar indecencias, por tener sexo, no amor, con una chica de tres al cuarto. Desde entonces no recuerdo haber vuelto a pillar ladillas, aunque ello no me impidió seguir aventurándome en su entrepierna. Es que era ella, entonces, la única que conmigo desataba todo su arsenal para dar y recibir placer a gogó. A ella le traía sin cuidado el pudor, la honestidad, la fidelidad... Lo suyo era sexo, sexo al 100%, como, cuanto y cuando se lo pedía, ya que, de lo contrario, igual que un niño al que se le niega un juguete, yo reaccionaba poniéndome desagradablemente histérico. Desde entonces quedé marcado, marcado como una res, pero a la vez descubrí que las demandas y favores fáciles de obtener en una mujer perdían encanto, mientras que un poco de resistencia motivaba más, estimulaba e incitaba el apetito sexual, pues la excitación no se detenía hasta verse satisfecha. Experimenté con ella que, al obtener un favor sexual, mi excitación se engrandecía para obtener un favor mayor. Descubrí que el sexo era fácil de obtener en aquellas mujeres que no podían ofrecerme otra cosa más interesante, otra cosa como el amor, la convivencia, la pasión, la sensibilidad, ...

Durante estos largos años de madurez, me he percatado de que la gente quiere y hace cosas porque se la obliga o se la convence, y ello sucede frecuentemente en las relaciones personales. A día de hoy tengo bien claro que mis anteriores contactos con mujeres tuvieron lugar porque muchas de ellas me impulsaron a que yo las quisiera, mientras que otras se empeñaron en que hiciéramos cosas no muy leales ni beneficiosas para ambos. Cualquier relación entre las personas es, a veces, un cúmulo de problemas, de forcejeos, de ofensas y, a veces, de humillaciones. Casi todo el mundo obliga a todo el mundo, a las otras personas, tanto para hacer lo que no quieren ni les hubiera gustado hacer, como para hacer lo que no saben realmente si quieren llevar a cabo. Y es que casi nadie sabe lo que quiere, y menos lo que no quiere, y como consecuencia

de este cúmulo de forcejeos, algunas personas se casan solamente cuando no tienen ni encuentran más remedio, por pánico, por presión de los demás y de la sociedad, o para no perder a alguien a quien no soportan perder. Un ejemplo son los militantes y simpatizantes en masa de los partidos políticos gubernamentales. Ellos no están muy convencidos de su pertenencia a ellos. Quizás no les queda otra opción.

Me gustaría volver a ser niño para poder ir a jugar al parque, zambullirme en la piscina municipal o en el río con las chicas. Ahora no me es posible porque ya soy mayor. De niño siempre decía que, cuando creciera, me gustaría casarme por la iglesia, y que tendría dos hijos, un niño y una niña; que al niño le llamaría como un dios o héroe griego (ya que lo heleno siempre me fascinó), y a la niña le pondría un nombre de flor, porque me encantan las flores. En aquellos años mozos siempre albergaba las esperanzas de ser un ejemplar y buen padre de familia, y pensaba que, tarde o temprano, tendría que desposar a una mujer y encajar en un matrimonio maravilloso. Así son los sueños, algunas cosas se cumplen y otras no. Ahora el matrimonio, la familia, son para mí el ámbito donde peleamos por el mando del televisor, por el programa a poner, por el turno de entrada al baño común, por la guarnición en el menú diario, y por otras cosas que me producen rabietas e histeria.

Puedo relacionarme con un mundo más plural que me proporciona tranquilidad. Un jugador prudente no puede perder más que lo que puede ganar. Yo he venido siendo así desde tiempo atrás en el arte de relacionarme con mujeres. Por desgracia, la prudencia y el amor son dos cosas que rara vez van juntas. Lo cierto es que cuando alguien prudente como yo se enamora de verdad de una mujer, se enamora de, a la vez, todas las mujeres, porque al despertarse mi amor, dormido y desconfiado, yo cambio la forma de concebir el amor y la sexualidad, cambio mi parecer y opinión, cambio mi actitud ante las mujeres y, consecuentemente, me enamoro de ellas, me enamoro del género en sí: me enamoro de la mujer y, en esa mujer, me enamoro de todas las mujeres.

Reconozco que en el mundo hay un montón de muchachas que prometen mucho. Son muchachas altamente atractivas o simplemente interesantes, lo cual nunca fue suficiente para mí. De hecho, siempre me sentí incapaz de darme a conocer y convivir con alguien a quien no conociera bien. Me resultaba indecente enamorarme o desposar a una mujer así como así; debía estar bien convencido de que valía la pena. Lo cierto es que resultó ser una tarea ardua, y, para asegurarme, tenía que empeñarme en conocerla a fondo y saber cómo era,

con el mayor detalle posible: verla llorar, contemplarla desnuda, verla sonreír, saber cómo se comportaba en público, en la cama...; saber cómo se relacionaba con mis amistades y mi familia; saber si ella podía valerse por sí misma y ser autosuficiente y versátil.

El destino no siempre juega malas pasadas ni es sordo ante los anhelos de las personas, y, sin darme cuenta, apareció una mujer y entró en mi vida con determinación. Yo me preguntaba: “¿Quién es esa chica?” Así, el destino me condujo hasta mi amor no enumerado, mi esposa y compañera de un viaje infinito. Y pasaba el tiempo así: “¿La quiero o no la quiero? ¿Estoy enamorado de ella o no lo estoy? ¿La quiero querer del todo, tal como ella dice quererme? La quiero... No la quiero...” Y así pasaba el tiempo con ella, juntando y sumando minutos, horas y días de indecisión que acabaron juntándonos hasta hoy. Con mis cuarenta años cumplidos, caí finalmente en la cuenta de que la andaba buscando, la andaba anhelando hace tiempo, y mientras yo la buscaba, ella, empujada por el destino, me salió al encuentro. Además, no siempre cuenta el amor para el establecimiento de una relación fuertemente estable. A veces hay otros factores, otras cosas que prevalecen en una relación matrimonial: la honestidad y fidelidad, la lealtad y sinceridad, el compañerismo y el humor, la confidencialidad y el respeto; cosas como el acostumbrarse, conocerse y aguantarse día tras día, el ser conscientes de que el matrimonio no es coser y cantar ni un camino de rosas esparcidas sobre una alfombra roja. Con “amor no enumerado” dejé que la relación fuese y fluyera tal y como era, con naturalidad, disfrute e imaginación. Así se despertó el amor que nos condujo a dar el paso hacia lo definitivo. No fue crueldad lo mío, pues, a día de hoy, ya no tengo el deseo de verla porque la estoy viendo; no me hace falta atormentarme preguntándome qué aspecto tendría ella ahora, ni cómo aparecerá vestida, pues la estoy contemplando cada día desde que abro mis ojos, le estoy viendo la cara desde el inicio del hoy. Ahora sé mucho más de ella, de sus preferencias, de sus labios al sonreír, de sus pezones erizándose ante el contacto con la yema de mi pulgar; ahora tengo de ella ante mí todo aquello que me interesaba conocer, y también aquello que no me interesaba; ahora todo ello es ya mío, y sin elección o selección. No veo solo el resultado, sino el proceso entero, porque a diario la veo vestirse y desvestirse; sé cuánto tiempo tarda en la ducha, si se pone o no maquillaje al acostarse; sé si le encanta o desagrada jugar conmigo en los fines de semana, de madrugada o en horas vespertinas, o sobre la cama, la alfombra, al aire libre o, preferiblemente, en el sillón; sé cuanto tiempo tarda en vestirse, qué humor tiene cuando despierta a mi lado... En fin, ahora convivo y

me conozco su cara y su cruz, al igual que ella de mí: mis manías, mis virtudes y mis defectos. Ahora nos encontramos encadenados ambos, unidos en un mismo eslabón y sueño, y en un mismo despertar, con una almohada común por la que pelearnos en sueños. Y sobre esta almohada nos contamos y tratamos casi todo:

Sobre ella recordamos nuestros respectivos pasados; sobre ella pensamos en voz alta o susurramos el interrogatorio diario. ¿Me quieres? ¿Me eres infiel? ¿Qué opinas de mi nuevo look? ¿Te disgustan mis nuevas amistades? ¿Nuestra relación será eterna?

Sobre la almohada nos transmitimos nuestros pensamientos y miedos más ocultos; la almohada es nuestro confesionario y sobre ella honramos y traicionamos, a la vez, a los demás, a los amigos, a la familia, a los antiguos amores, al propio pasado, incluso a la propia patria.

Siempre he deseado intensamente hacer algo para cambiar el mundo y mejorarlo, pero el mundo no parece querer hacerlo. Por mucho que uno se lo proponga y se esfuerce por hacer lo que está bien, no es suficiente para acabar con la maldad que infesta a la humanidad. Es por ello que me da miedo la gente mala, los asesinos, los que roban, los mocosos que en los informativos de TVGE aparecen cada vez con armas y machetes en las manos, imágenes propias de una sociedad inusual y, a la vez, posible. Imaginemos esta sociedad en la que prima el entretenimiento frenético y la gratificación instantánea y rápida. Sus miembros se interesan por los coches tipo Fast and furious, esto es, rápidos y furiosos, la música más actual y ruidosa, el goce sexual exprés, y en donde la publicidad de los productos más de moda inunda nuestras vidas. En definitiva, todo aquello que nos estimule más directamente y sin cortapisas. En este tipo de sociedad donde lo importante es el éxito y lo fundamental es que la posición en los estratos sociales sea lo más favorable posible; donde a ciertos individuos se les aliena o psicoanaliza porque tienen comportamientos extraños o gustos únicos y distintos de los demás; donde estar triste o muy alegre no es normal, pues lo juzgan como que algo pasa, algo falla. Unas cuantas consignas arreglan el problema: ya no piensas, y, si piensas, no es por ti mismo. Ni siquiera importa si uno es un sexómano furtivo, o pederasta, o misógamo; o si es aburrido o placentero leer, pensar..., o no. Todos prefieren vivir la vida de los demás. Pues yo tengo mi propia vía de escape contra esta sociedad no utópica sino real: mi vía de escape es el escribir. En la vida he tenido este don especial. Escribo desde mi más remota infancia. Escribo por cualquier cosa, libre de reglas poéticas algunas, sino únicamente dejándome llevar, guiado por mi desenfadada y atrevida pluma.

Escribo sobre cosas que ni yo mismo podría haber querido decir ni recordar.

Y muchos me preguntan: ¿Por qué escribes? ¿Para qué? No sabría, con exactitud, decir si es narrativa, artículo, teatro, cuento, ensayo o poesía. Pues... simplemente es escritura, porque lo mío es escribir, simplemente escribir.

La memoria y su custodia siempre ha sido una preocupación del hombre, un rasgo distintivo del ser que “sabe que sabe” y que, además, “pregunta”. Un atributo, de eso estamos seguros y de acuerdo, que no poseen los otros seres. Es pues el acto de escribir una capacidad propia del hombre, capacidad que ya manifiesta sus ecos en las cuevas prehistóricas y que, poco a poco, de modo tembloroso, ha ido expresando en signos unas representaciones necesarias de la realidad.

He de admitir que escribo mucho más cuando no escribo que cuando lo hago, pues cuando no escribo sobre el papel lo estoy haciendo mentalmente, mientras que cuando lo hago sobre el papel me suelo ceñir a unas marcadas y delimitadas líneas que, al final, acaban pareciéndome insuficientes.

En mi afán de escribir considero que el objeto de la escritura es la vida misma, lo cotidiano, los caminos, los bares, la gente..., y cuando escribo mentalmente todo está desbocado frente a mí, bello, ávido y desordenado a la vez, esperando mi llegada y mi labor escritora.

Cuando voy caminando bajo los árboles o cruzando por las calles atestadas de bares de mala muerte, de taxis policromados que suben y bajan, de perros vagabundos que pasan mirándome con la lengua afuera o copulando, libres de ataduras morales, de gente ingiriendo alienados líquidos ardientes como escape a sus incesantes e incontables problemas y dificultades vitales, muchachas ataviadas con lo último de El Corte Inglés local, que pasan sin hacerme caso mientras se comunican por sus móviles de última generación, imitaciones u originales, viene a ser lo mismo, pues lo que importa es montar y ser partícipe del tren de los internautas. Y voy así, recopilando todo mentalmente como en una especie de papeletas que no llevo en ninguna parte del cuerpo, pero que están ahí, invisibles para otra gente, impregnadas en las conexiones neuronales y que aparecen y desaparecen cuando yo las invoco con mi varita mágica para, prontamente, apuntar algo interesante, como si fueran fantasmas que solo yo logro divisar mientras contemplo escenas dignas de ser inmortalizadas por mi desenfrenada pluma: la puesta de sol desde el horizonte en el paseo marítimo batense; gente

sentada en la hierba, pedaleando o empujándose por la adquisición de unos litros de combustible en el surtidor mientras son controlados a punta de fusil por los alienados y teledirigidos cuerpos de la seguridad nacional, jovencuelos que ayer, por atracar y disparar a cualquiera, fueron hechos policías; niños en edad escolar empujando pus-pús; chinos haciendo de casi todo debido a que su gobierno otorga créditos por doquier; basura echada en cualquier sitio; coches amonestados por la policía urbana por no llevar sus parabrisas ni los retrovisores debidamente; interminables casas de alterne; funcionarios abarrotando y peleándose a la entrada de las sucursales bancarias en el primer día de la paga, puesto que en casa ya no queda ni para un día más; litigios entre la policía municipal y las mujeres vendedoras en el mercado central; público patriota, eufórico y ebrio de alegría por la victoria in extremis, y cuestionable, de su equipo nacional; familias destrozadas, víctimas de los injustos y parciales fallos de la justicia del país, siempre a merced del mejor postor; telarañas sin arañas de cables sobre mástiles de hierro y madera, cables que se entrelazan en anarquía hacia ninguna dirección concreta. También precios elevados en los supermercados del país; semáforos fuera de uso en cada rotonda y gente a pie, avergonzados de tomar el autobús ya a tope por considerarlo transporte público para pobretones. Barrios variopintos, donde chinos y malienses, ricos y pobres, escolares y secuestradores, senadores y prostitutas, magistrados jueces y curanderas, sacerdotes y agentes de la seguridad de información..., todos hacen juntos el paripé en los mismos sitios. Barrios sin carácter, incubadoras de generaciones violentas y casi perdidas, niñitas preñadas, chabolas nuevas que ya nacieron viejas, calles no enumeradas... Docentes del tres al cuarto y estudiantes de pacotilla, víctimas de un sistema educativo amañado en el cual se antepone y prima la mera cifra como calificación, ambos acosándose y chantajeándose entre sí, despojados de ataduras morales.

Y ello, y otras muchas escenas más, es lo que me inspira y, a la vez, incita a ir anotando las miles y miles de letras que se hacen luego palabras, agolpándose en mi interior como redes formadas por unidades sencillas interconectadas, colocándose por sí mismas en un orden lógico. Y así lo escribo todo mientras finjo y emprendo un eterno andar entre las desbocadas escenas, ya que siempre encuentro dentro de mí muchísimo que decir. Escribiendo me digo y me desdigo, dejándome llevar por el deseo de decirlo todo, todo aquello que ya no cabe en mis adentros.

Nunca me falta qué decir, y no ceso de cuestionar todo aquello que me rodea. Cuestiono la tan vitoreada omnipresencia divina dejándome llevar por la osadía, preguntándome si realmente Dios lo ve todo y está en todas partes,

tal y como lo pregonan por doquier sus intermediarios y representantes aquí en la tierra, los fieles creyentes extremistas cristianocatólicos. Si realmente fuera así, ¿por qué permite el sufrimiento de gran parte de la humanidad? O, si el sufrimiento existe por permiso divino, ¿por qué ha durado tanto tiempo hasta ahora? ¿Por qué no creó Dios al hombre incapaz de hacer daño al prójimo? ¿Por qué existe el mal si hay alguien con potestad de erradicarlo? ¿Acaso no es Dios el que tiene el derecho de decidir al respecto? ¿Qué solución tiene Dios para tanto tormento? ¿Está nuestra esperanza de solución y un futuro mejor en manos de Dios o en las de los gobernantes, políticos, científicos, empresarios y religiosos? ¿La humanidad ha de seguir pagando por los platos rotos por Adán y Eva o por Satán, el ángel orgulloso que se opuso al propósito inicial de Dios?

Yo, por supuesto, no le niego la existencia omnipresente a Dios. Seguramente tampoco debería formularme tales interrogantes, pero he de reconocer que, a causa de la crueldad de los sucesos contemporáneos y de la brutalidad humana, he acabado perdiendo la capacidad de analizar sucesos de cierta naturaleza con imparcialidad, pues creo que, si Dios todo lo ve, ¿dónde se encontraba cuando los numerosos y siniestros barcos negreros surcaban las tenebrosas olas atlánticas en su épico e infrahumano negocio triangular? Seguro que dormido o de viaje. Igual que cuando, infundada y despiadadamente, tirotearon a Lumumbà, a Sankhara, a Chico Mendes, Túpac Amaru y a Facundo Cabral. O cuando Hitler y su nazificación, o cuando el ejército chino rojo abatió encarnizadamente a miles de adolescentes en la plaza de Tiananmén, o cuando los bombardeos de Nagasaki e Hiroshima, o cuando miles de machetes procedieron a la bestial masacre tribal en Ruanda, o cuando las minorías fueron exterminadas en los Balcanes, etc.

Escribiendo y cuestionando todo aquello, me da la impresión de que el señor Todopoderoso Dios suele salir de viaje como cualquier humano. ¿No cuentan, acaso, que el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Seguramente, cuando veranea o hace turismo inspeccionando su obra de arte, no le suele quedar tiempo suficiente ni recursos como para hacer frente y evitar tanta atrocidad humana. ¿Tuvo su mirada puesta en los asesinatos injustificados de activistas como Malcolm X, Martin Luther King Jr. Gandhi...? ¿Su mano redentora alcanza las famosas e interminables hostilidades entre hutus y tutsis, suníes y chiíes? Y me pongo a pensar que, al paso que van los sucesos actuales, y por los efectos de la longevidad, a nuestro Todopoderoso se le fueron de las manos el control y el orden mundiales, así como los niños mutilados y cegados por las minas, las madres que abandonan en cubos de basura a inocentes criaturas, las

personas desesperadas, disparando a diestro y siniestro, llevándose por delante a toda su familia, compañeros de instituto o de culto, antes de suicidarse. Tampoco controla a ciudadanos respetables y clérigos abusando sexualmente de niños indefensos, grandes terremotos, erupciones volcánicas con trágicas consecuencias, propagación de enfermedades pandémicas, muerte de millones de personas por inanición, y al clima mundial de temor debido a amenazas como el terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva.

Razones no me faltan. ¿Dónde estaba Dios cuando el VIH, el Covid-19 y el hambre ganaron terreno y se quedaron asentados entre los hombres, cuando un grupo de niños judíos, ingenuos e ignorantes, aguardaban la muerte en un campo de exterminio nazi?

Por ello escribo. Escribo para mostrar mi labia y, sobre todo, mi rabia. Cuando escribo tengo la impresión cierta de que soy una persona inteligente, aunque fuera de tono, en un entorno donde impera el mutis mutis. Aquí en donde el inteligente, el lector o el lúcido se ha de quedar callado para que el estúpido y el ignorante no se ofenda. Escribo porque, si no lo hiciera, no podría pegar ojo y conciliar el sueño durante todo lo que me resta de vida y, además, tendría escasos motivos para levantarme por las mañanas y eso provocaría que me convirtiera en un auténtico sonámbulo y esquizofrénico de por vida. Escribo porque en un mundo como el actual, al que llaman globalizado, alguien tiene que escribir y decir algo, decir aquello que no logran expresar o se callan otros muchos. Gritar a pleno pulmón y a los cuatro vientos que la situación mundial empeora cada día más. Decir que actualmente el mundo se encamina inevitablemente a un destino catastróficamente apocalíptico, en continuo deterioro, y que parece ser que a nadie le parece importar, puesto que a aquellos delegados con los poderes públicos que tienen la facultad de poder cambiar esta tempestuosa situación, apenas les remuerde la conciencia al respecto.

Escribo para gritar que, a día de hoy, el problema del cambio climático se ha convertido en una terrible realidad, la amenaza más cercana y evidente, con permiso del Covid-19, que pesa sobre el ser humano. Además, como siempre, se repetirá otra vez el triste resultado: serán las zonas más pobres y maltratadas del planeta aquellas que sufrirán, antes que nadie y en mayor escala, los efectos de este cambio.

Escribo para llevarles la contraria a los protagonistas mundiales de las injusticias y opresiones entre sus semejantes; escribo para hacerles entender cosas

que su frente inhumana es incapaz de entender, con la esperanza de que este esfuerzo fracasado por entenderlas sea ya una forma de entenderlas.

Escribo para los líderes mundiales, hombres que hasta hoy no han logrado ponerse de acuerdo para vencer y abolir la pobreza, el nepotismo o el clientelismo político, para construir la paz mundial. Todo lo contrario, han agrandado el abismo entre ricos y pobres, entre el norte y el sur, entre los de arriba y los de abajo; han librado tantas guerras que han perdido ya la cuenta de los pericados; han agudizado las tensiones sociales y el caos socioeconómico mundial.

Escribo así porque han sido los hombres quienes, con la caída del muro de Berlín, anunciaron el fin de las hostilidades y etapas bélicas anteriores para adentrarse en un nuevo orden mundial basado en el entendimiento, la paz y bienestar general. Sin embargo, son los mismos los que, actualmente, están levantando nuevos muros, barricadas, vallas, verjas, fosos, trincheras... Y lo hacen con piedras y arena, con metal, con hormigón, con alambre de espino, con el refuerzo de cámaras de video, sensores de calor, rayos láser, equipos de visión nocturna e incluso campos de minas. ¿Y todo esto para qué?

No escribo para que se me quiera más, puesto que aquellos que me quieren me querían igual si no escribiera, y aquellos que no me quieren no lo harían ni aunque dejara de escribir. De hecho, no tiene tanta importancia quien salga bien o mal parado por lo que yo diga. Escribo para joder y disgustar a aquellos que no quieren escuchar verdades, y para dar gusto a aquellos que sí quieren que escriba. Escribo porque, para la gente comprometida con la verdad, escribir es una terapia, un escapismo que les libera de tensiones.

En realidad escribo por casi todo, por todas aquellas cosas que a simple vista parecen insignificantes, por cualquier razón buena para escribir y por muchísimas otras cosas más. Por aquello que me conviene y por lo que no, por cosas que duelen en el alma al vivirlas, y que son cosas que llevan a los escritores comprometidos tras los barrotes de la mazmorra. Son cosas que a mí me harían perder las otras libertades: la libertad de contemplar el ocaso haciendo jumping con mis hijos en el flamante paseo marítimo, la libertad de regresar a casa para no perderme el clásico Barça-Madrid y, sobre todo, la insustituible libertad de escribir.

Escribo porque he aprendido que los sueños escritos son el cordón

umbilical que une a los seres humanos con la vida cuando ya no queda nada. Porque entiendo la escritura como herramienta para cantar a la vida, al amor o a la tierra mía, también como palabra para luchar por la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Mi escritura es la única arma de resistencia que poseo, el reflejo de la lucha de un pueblo por la supervivencia. Hablo de los considerados como escoria y estiércol, de aquellos que ven como sus pueblos, sus raíces, las casas que albergaron su infancia, ya no les pertenecen; que ven como el tiempo pasó por encima de todos ellos para eternizar las injusticias. Yo siento el deber de representar a este pueblo mío a través de mi escritura, de ser su portavoz, y, aunque no sea participe de movimientos políticos, busco sin descanso formas prácticas y pasivas de combatir la injusticia.

Hoy también escribo para reivindicar el arte de la lectura en mi continente, aquí entre los míos, aquí donde la mitad de los africanos no lee, tanto porque les mantienen sumidos y alienados en el analfabetismo y el desconocimiento absoluto, como porque dedican la mayor parte de su tiempo a luchar por su supervivencia, o porque la mitad de los que sí leen no comprenden ni entienden nada. Por eso lo escribo, para propugnar y fomentar la idea de que la lectura constituye, indudablemente, uno de los modos de rebeldía e independencia más eficaces frente a un mundo cada vez más complejo y mortificado por el caciquismo y el pretorianismo institucionalizados; para hacer evidente que la palabra es un arma peligrosa, a veces mucho más eficaz que las revoluciones, torturas y tomas de palacio. De hecho, a día de hoy, mucho más que nunca, los pueblos están gobernados por palabras, simples palabras.

Los políticos y gobernantes, en especial los de países sin democracias puras donde se gobierna a base de supremacía, acostumbran a emplear una extraordinaria jerga con la cual dominan a gran parte de la población alienada, la cual les aplaude al son de rimas de esperanza, confiados en que algún día cambiará la balanza a su favor. Por lo general, en estos países no ganan las elecciones los programas políticos sino las jergas, apoyadas en los fraudes electorales, el voto por debajo de la edad mínima, los errores intencionados en el censo, el voto obligatorio de analfabetos en masa, la presencia de milicianos infundiendo temor o dando instrucciones a los votantes, la falta de privacidad, el material insuficiente, el cierre prematuro de algunos colegios electorales que no están a merced del régimen... Los gobernantes les tienen más miedo a la palabra, al saber, a la inteligencia, a la creatividad y a las ideas propias que a los bombarderos, y es por esta razón por lo que ellos no fomentan la escolarización, ni la cultura está lo suficientemente presente en sus programas electorales, ya

que saben que leer es la forma más eficaz de informarse en los tiempos que corren. El silencio de la lectura, que supone el conocimiento y la sabiduría, es más ruidoso y efectivo que el de mil pueblerinos alienados ebrios de malamba o vino asaltando comisarías, armerías u oficinas del comité central del partido opresor. Los gobernantes déspotas saben que el libro y su lectura son un peligro, y es por eso que a veces mandan quemarlos, porque hacen felices, conecedoras y, por tanto, libres, a las personas. Un hombre es todo aquello que lee. Un hombre es el conjunto de pasiones que le provoca el conocimiento de la realidad frente a la oligarquía y el totalitarismo impuestos. Leer permite a uno viajar sin apenas moverse de la mesa camilla, conocer teorías o descubrimientos sin haber pasado por un laboratorio, y te convierte en cosmopolita. Este es el motivo por el cual los nazis, los totalitarios, los fascistas y los fundamentalistas se han ensañado y empeñado en destruir libros a lo largo de su nefasta existencia

Escribo para hacer constar que muchos dirigentes prefieren y optan por una sociedad con miembros ausentes y alienados, sin preocupaciones morales, irreflexivos y sin amor ni pasiones. Prefieren optar por una sociedad de autómatas y analfabetos, de individuos que solo saben obedecer, callar, rogar clemencia arrodillados bajo la punta del fusil; de individuos pálidos, sin color en la piel ni brillo en sus miradas perdidas, mientras sus vidas transcurren inertes en busca de cualquier satisfacción inmediata; de individuos que se esconden en la estupefacción para evitar sentir nada mientras sus cuerpos y almas permanecen fríos y helados, sin vida propia, y lo único que se les permite es salir a adular, a vociferar en apoyo a una causa de la que no tienen ni una pizca de idea.

Por esto escribo, para hacer de la palabra herramienta para luchar por la libertad, la justicia y la dignidad de un pueblo que clama a voces por una independencia real y no nominal del continente negro, unido en el sentimiento de pertenencia común sobre la base de ciertos anhelos y características que van más allá de las diferencias geográficas. Un continente que encuentre modos de superar los contrastes internos que agudizan las divisiones de clase, religiosas, étnicas y políticas, y que, a su vez, impiden la formación de regiones socialmente homogéneas.

Por todo ello escribo hoy, y también porque hoy es un día nacional e internacionalmente significativo. Hoy es 12 de octubre, hoy es mi cumpleaños y el de Guinea Ecuatorial. Hoy cumpla cuarenta y cuatro años, mientras que el país cumple cincuenta y tres.

Rememorar la independencia es rememorar, asimismo, años de colonialismo y de explotación, Es recordar los tiempos de las capturas masivas en aldeas bantúes, mandingas..., rumbo al inhumanamente llamado comercio triangular: negros esclavizados para trabajar en plantaciones de tabaco o algodón. Eran los tiempos en los que la transculturación o aculturación se impuso a las tradiciones negroafricanas; los tiempos en los que, a costa de la rotura y separación de familias, el miedo, las huidas..., el nativo fue puesto siempre en condiciones de vida inferiores en el orden social y económico. Es la memoria de la libertad de África. Es una fecha para festejar y celebrar los importantes progresos que ha dado el continente negro; una ocasión para enorgullecerse de sus logros, porque existen muchos avances que reconfortan en parte. Sus gentes son productivas, creativas y trabajadoras. Hay personas con mentes pensantes que son emprendedores, escriben libros, hacen estudios; hay gente solidaria que se preocupa y cuida de los desamparados; hay gente que compone música, otros que pintan; hay gente enseñando y formando a otros en las escuelas. Por todo ello, escribiendo aplaudo los grandes y notables avances que, país por país, se han llevado a cabo desde la denominada “independencia” hasta la actualidad. Y Guinea Ecuatorial, país considerado independiente, no iba a ser la excepción, y se suma a la euforia desencadenada en el continente negro y lo hace precisamente hoy, día 12 de octubre, fecha de su independencia nacional.

Tal y como a veces se me suele preguntar por qué escribo, la fecha de hoy la concibo como una ocasión para que los africanos se detengan a meditar, a analizar el futuro con esperanzas y confianza, y, personalmente, la tomo como una ocasión para escribir, escribir muchísimo.

Hoy, día 12 de octubre, me sumo a través de mi escritura a los demás actores involucrados en la construcción y conformación de un futuro para nuestro continente. Estos son las diversas ONG, periodistas especializados, congresistas, representantes de la administración pública y de la sociedad civil, estudiantes, sindicatos, empresarios, intelectuales, campesinos organizados, escritores comprometidos... Hoy me uno a todos ellos para el debate en un espacio de encuentro que abarque temas que van desde el rocambolesco rompecabezas africano y los factores que lo provocan, hasta el desarrollo de estrategias de solución, o sea, la paz y el desarrollo, pero dentro de un marco de verdadera voluntad.

Desde mi escritorio participo en estas jornadas porque soy consciente de que la humanidad está enganchada a un tren de cambios y evolución sin igual,

que se derrumbó el mundo de antaño (aunque sé que queda mucho todavía por hacer para la completa edificación de un nuevo orden) y que África, en general, y Guinea Ecuatorial, en particular, no deben quedarse fuera de ese tren.

Hoy escribo, sobre todo, como protesta y cuestionamiento a través de la palabra escrita. Escribo para protestar y denunciar el desprecio en África por la juventud intelectual. Escribo para despreciar profundamente toda forma de usurpación de los deseos de la población por parte de las clases dirigentes que, en los países africanos, aplauden un nauseabundo refloramiento del neocolonialismo, la discriminación y el apartheid, que glorifican la falta de justicia social y que encumbran, con su protección al más alto nivel estatal, a los responsables de genocidios, acogen a conocidos criminales de guerra y se niegan a cooperar con alguna tribunal competente y adecuado.

Hoy escribo para cuestionar el proceso y desarrollo de las denominadas independencias en mi continente, el continente negro. Cuando llegaron, yo, igual que Tomás Sankhara, Lumumbà y otros millones de africanos, soñé con paz, unidad, fraternidad, autosuficiencia, y todas estas palabras que aparecen plasmadas en los escudos y banderas de nuestros países, palabras que no se han hecho realidad. Soñé con un continente organizado y, tal como Tomás Sankhara dijo, abordando sus propios problemas socioeconómicos en África, por África y para África; un lugar en donde los instrumentos de la oportunidad en materia de empleo, igualdad de derechos, de libertades políticas y de atención de la salud, fueran otorgados a todos en equidad e igualdad. Soñé con un pueblo independiente donde se había instaurado un clima de libertad y creatividad; un pueblo con mentalidad de unificación y agrupación, con iniciativa propia; soñé con un panafricanismo real y eficiente. Con todo ello soñé y mucho más. Nunca supuse que sería al contrario. No soñé con un continente chamuscado oliendo a quemado, a muertos, a revolución, a asesinatos masivos; nunca soñé con una atmósfera de pánico y desconfianza, con un estado de amenaza generalizado.

Cuando, junto a los demás, aplaudimos eufóricos la llegada de las independencias, ¿quién nos iba a decir que albergarían el penoso, irremediable y condenable eco perdido de llantos famélicos y ebrios de miseria procedentes de los desamparados que habitan en indescriptibles campos de refugiados? Llantos procedentes de madres incapaces de obtener atención médica para un hijo moribundo o un centro escolar para su prole. Llantos de niños que lloran porque la madre no tiene nada para alimentarlos y que han de mendigar rutinariamente para poder comer.

¿África independiente? No hay más que escenas bélicas, realidades metafóricas, opresión, barbarie, vidas abatidas incesante y cruelmente por balas que son manipuladas y disparadas, por las malas, por los mismos, los malos: hermano contra hermano, gente pobre uniformada disparando a gente pobre sin uniforme, con hambre, para beneficiar a gente rica sin uniforme ni hambre.

¿África independiente? Hostigamiento, requisas, interrogatorios, sanguinarios guerrilleros, milicianos de ayer convertidos en los héroes gobernantes absolutos de hoy. Guerrilleros por doquier que apuntan y matan sin piedad como si fueran soldaditos automáticos de juguete, sin voluntad propia, al servicio de las maquinaciones arbitrarias de políticos y ejércitos de ambos bandos.

¿África independiente? ¡Arriba los de abajo! ¡Abajo los de arriba! Cuestión de turnos y de puntería. No importa quiénes o cuántos caigan, es el nuevo sistema de triunfar: “Vivir matando y gobernando hasta la tumba”, tal es el lema.

¿Qué decir sobre los dirigentes de las naciones africanas que se dicen independientes? Con respecto a ellos, digo que se consideran y se perfilan a sí mismos como rectores de las nacientes naciones, que dicen y dictaminan aquello que ha de ser o no ser, que declaran la guerras o participan en ellas egoístamente movidos por el afán de obtener algo en contrapartida, o, simplemente, porque los de arriba, los que mueven los hilos desde ultramar, se lo han encomendado a cambio de echarles una mano para derrocar al indomable vecino de al lado. Igual que cuestiono el desarrollo de las independencias, también cuestiono y pongo en tela de juicio el liderazgo de sus gobernantes, pues desde que se marcharon los colonos imperialistas son actualmente los propios hermanos negros los que protagonizan la mayoría de las piezas del rocambolesco rompecabezas africano. Mi escritura les cuestiona porque formo parte de hombres que gritan ante un África que se dice independiente, pero está confiada aun a los tentáculos de unos chupópteros que ordinariamente desgarran y destruyen por los siglos de los siglos las vidas de sus hermanos. “Vivir matando”, tal es su lema. Quitar de en medio al que estorba en el camino, a quien reivindica derechos y libertades, a quien se resiste a alienarse, a quien trae ideas deformadas sobre ciencias políticas y no sé qué, ideas peligrosas, ideas antisistema. Políticos y dirigentes africanos, líderes de independencias y capitanes de la degradación, autodestrucción e impotencia africanas. Manipuladores del poder, comprando y revendiendo puestos a cambio de inmensas cantidades de dinero. Y el único esfuerzo visible de los gobiernos despóticos en las cuatro últimas décadas ha sido firmar contratos multimillonarios privados con multinacionales extranjeras y, en vez de colaborar

con el desarrollo y progreso económico de la población civil, abastecerse de armamento mientras colman de odio e ira a la población. No construyen escuelas ni hospitales capacitados y con integración para la población vulnerable. No proporcionan luz, agua corriente, escolarización, servicios médicos. No procuran que los ancianos tengan derecho a una pensión mensual digna o que las madres en paro o solteras cuenten con una subvención por cada hijo menor de edad.

En cambio, sí construyen campamentos militares, barricadas y muros de odio que les separan de esos millones de conciudadanos que podrían ser sus fieles militantes y seguidores. Construyen barricadas físicas e ideológicas entre vecino y vecino, entre hermano y hermano, resucitando y fomentando una política de exclusión, de confrontamiento, de rechazo y discriminación. ¿Y por qué? ¿Porque esos civiles, desfavorecidos, minorías..., son de ideología, nacionalidad, cultura, religión o condición socioeconómica distinta? ¿O, pura y simplemente, porque son pobres y aspiran a escapar del miedo y la miseria?

¿De qué ha servido, durante décadas, el petróleo? ¿Ha servido para crear sociedades cultas, libres y democráticas? ¿Ha servido para modernizar y equilibrar socialmente la zona? ¿Qué paga el petrodólar? ¿Qué paga a favor de la ilustración, a favor de la democracia, a favor de un estado de bienestar, a favor de una cultura de la paz?

Desde la época de la escalada de las independencias hasta hoy, el continente africano ha perdido miles de millones de dólares debido a la corrupción de sus mandatarios. La mayoría de esos grandes señores se aferran al poder escudados en unas falsas reelecciones conseguidas a base de fraudes, a punta de pistola; en unas elecciones no competitivas donde únicamente saben pedir, o más bien obligar, a la población que dé su aprobación al líder máximo. ¿Para eso accedió el continente a la independencia? En mi opinión, no lideran países independientes sino regímenes dictatoriales donde impiden o limitan la participación política libre de sus ciudadanos, o más bien de sus súbditos.

Determinados grupos políticos, raciales, étnicos..., han procurado hasta ahora dominar y explotar a los menos favorecidos a través de la exclusión social y la marginación total en las esferas del poder político y económico. ¿Cómo no son capaces los demagogos del África independiente de entender que vivimos en el mismo mundo, en el mismo continente, en las mismísimas tierras cuna de la humanidad, donde Darwin estableció sus célebres teorías de la evolución, y en las que todas las personas tienen las mismas esperanzas, las mismas inquietudes

y preocupaciones? Todo africano de hoy día, como ser humano, desea seguridad, paz, tener un futuro próspero; quiere una especie de garantía de que el mundo en el que vive progresa. ¿Acaso no se merecen libertad, dignidad e independencia los excluidos sin techo ni influencia política? ¿No son también personas con conciencia y dignidad? ¿No se merecen apoyo para que asuman sus derechos y deberes y se integren en la sociedad? A la población africana le encantaría vivir en un ambiente donde no sonaran las palabras pobreza, miseria, opresión, injusticia, golpe de estado, tortura... ¿A quién no le apetecería ser padre de unos niños bonitos, que crecieran sanos y alegres, con títulos universitarios? ¿O sentirse el mejor atendido en los restaurantes, o el marido de una mujer encantadora y emprendedora, o el dueño de suculentas cuentas bancarias y el poseedor de una considerable fortuna? Sin embargo, a la mayoría de los africanos sus anhelos no les alcanzan para tanto, puesto que la situación vigente los tiene secuestrados. Ahora lo que más les interesa es su supervivencia, esto es, tener algo que llevarse a la boca, no sucumbir al reparto de muerte que provoca el hambre, la opresión política y las enfermedades. ¿Y cómo en África se puede confiar en que las acciones de los gobernantes son éticas, fiables, justas, y que actúan en interés de los ciudadanos más que en el suyo propio?

Y por ello he escrito hoy, día 12 de octubre, onomástica de ambos, el país y yo, convencido de que tanto las personas como el mismo continente siguen siendo dependientes en gran medida, pues no considero independencia el estado de postración que se divisa en África: un caótico desconcierto político que pone en entredicho la voluntad aparentemente democrática que pregonan los regímenes africanos.

Es por eso que hoy escribo, porque no sé hacer otra cosa mejor ni útil para la humanidad que enseñar a través de las palabras; porque si supiera salir de pesca en cayuco o hacer turismo al mundo de la otra dimensión, el llamado “más allá”, seguramente no me daría tiempo ni gusto escribir.

Hoy he escrito para aquellos que, pese a la proclamada independencia africana, siguen dependientes de por vida de las decisiones y caprichos de los que poseen influencia sociopolítica. He escrito hoy para aquellos que carecen de alimento y techo en su país independiente; para aquellos que buscan soluciones porque les han censurado la voz; para los que sufren encarcelamientos injustos; por las minorías analfabetas y oprimidas que no saben ni pueden escribir; por los niños que han sufrido mutilaciones en los diversos conflictos armados, niños que pagan el precio de una guerra de la que ni siquiera entienden el porqué, niños

ingenuos y necesitados de amor, clamando auxilio y asistencia humanitaria; para los niños de mi tierra que están sucumbiendo bajo el paludismo o son diezmados por el VIH en cada rincón.

Hoy escribo por ellos, los marginados de mi tierra, la denominada África independiente, por los desesperados y sin techo, deambulando bajo puentes o en asilos de caridad, o en interminables campos de refugiados, envueltos entre mantas o plásticos, tosiendo incesantemente a la intemperie. Es por todo eso y por todos ellos que hoy escribo, precisamente el día del cumpleaños de mi país, y el mío propio. Y he procurado no reflejar miedo alguno en mi escritura sino simplemente la verdad. Porque el miedo no es un buen amigo, el miedo ha sido desde siglos atrás el peor enemigo de los nativos en su tierra madre. Fue el miedo el arma con la que dominaron los imperialistas a nuestros ancestros; es el arma que los gobernantes totalitarios siguen en la actualidad empleando para doblegar a la población civil, y por eso no gozan de legitimidad y aceptación por parte de esa población de súbditos: porque gobiernan con el miedo.

Tras cuarenta y cuatro años sigo creyendo que la independencia del continente negro es en gran medida nominal, ya que quienes mandan de verdad en África siguen siendo las potencias desarrolladas económica, militar e industrialmente, y sus multinacionales que operan en él. Son aquellos que siguen aprovechándose del estado de inmadurez, inmoralidad, inexperiencia y torpeza de un elevado porcentaje de mandatarios africanos, fijando ellos mismos los precios, agudizando cada vez más el endeudamiento, al tiempo que fomentan y propician, en el mismo continente, numerosas diferencias y hostilidades, luchas tribales, fronteras y religiosas, como cortina de humo.

¿De qué independencias se puede hablar mientras el veinte por ciento de la humanidad, que disfruta del ochenta por ciento de los recursos del planeta, continúa protegiendo su producción agrícola con enormes subvenciones y estrictas barreras arancelarias, al tiempo que exigen a los países pobres, excolonias, que minimicen las ayudas a sus campesinos y abran sus mercados a los productos procedentes de occidente? ¿Es eso independencia? ¿La independencia consiste en esa política de doble rasero que bloquea los esfuerzos de las naciones africanas para conseguir la autosuficiencia alimentaria y perpetúa su dependencia de ayudas externas? ¿Cómo puede hablarse de la estabilidad en la gran y actual revolución globalizadora, en donde los países ricos no pretenden más que seguir amasando su fortuna cada vez más, a costa del sufrimiento y sudor de aquellos a los que llevan dominando desde hace tanto tiempo? ¿Es eso independencia?

Donde los países ricos e industrializados siguen aprovisionándose de materias primas en los subdesarrollados, a cambio de productos manufacturados a precios desorbitados, saliendo así beneficiados ante la pasividad e impotencia de los estados más pobres, pues, de lo contrario, las potencias se enfadarían y acabarían retirando sus acuerdos comerciales, militares y políticos, borrándolos del mapa y del escenario a través del Banco Central Europeo, del FMI, ...

Y, más lamentable aún, detrás del dominio económico prevalecen los otros dominios: el de la forma de pensar, de las costumbres, de las modas, ... Así, el extranjerismo u occidentalismo puede campar a sus anchas por el continente negro revestido de neocolonialismo o neoimperialismo.

¿Esto es independencia? Un continente en el que sus economías se encuentran en la actualidad apenas integradas en la economía mundial y que continúan dependiendo de la exportación de recursos naturales y de productos agrícolas como moneda de cambio para poder importar manufacturas. ¿Se debe considerar independiente un continente con mayoría de estados rentistas, o sea, con un porcentaje significativo de sus ingresos totales procedentes de rentas no productivas? Sé que no sería lógico ni precavido por mi parte afirmar que las independencias africanas han sucumbido en un pozo sin fondo, ni que su postura de liberarse entonces del yugo europeo fuese mala o errónea, pero sí es posible deducir que, hasta la actualidad, siguen constituyendo un rocambolesco rompecabezas de piezas esparcidas y sin montarse todavía.

Entre estas piezas se encuentra, entre otras cosas, la naturaleza autoritaria de numerosos gobiernos, que ha provocado una corrupción incontrolada y un uso represivo de los recursos financieros disponibles, lo que ha convertido la deuda externa en una deuda odiosa que se define como una carga que ha asumido un gobierno no en beneficio de su población, sino para fortalecer su autoritarismo pretoriano, reprimir a la oposición y alimentar la corrupción incontrolada e institucionalizada, la desigualdad social, el pillaje, el caciquismo... Y aunque esta deuda se les ha condonado al cien por cien a unas decenas de países, el problema está muy lejos de ser resuelto, ya que la carga de la deuda externa del África Subsahariana se ha ido incrementando sustancialmente desde 1970, lo cual ha provocado que el continente negro dependa cada vez más de la ayuda oficial al desarrollo, obligando a la mayoría de sus países a ponerse en manos del banco mundial y el FMI. Y una parte muy importante de los créditos y préstamos que las organizaciones internacionales han dado a diversos países africanos independientes han quedado en manos de las élites políticas y han

sido canalizados al exterior en forma de fuga de capitales. De esta manera, el círculo vicioso del rompecabezas africano resulta aún más difícil de ajustar cuando los fondos que los países poderosos destinan al desarrollo y progreso de los países pobres o en vías de desarrollo, acaban marchándose y perdiéndose en el laberinto de un sistema financiero que cobra una comisión cada vez que mueve un papel o estampa un sello. Así, un porcentaje considerable de su cuantía total se queda en los bolsillos de los especuladores e intermediarios expertos, y lo que queda no cumple sus objetivos, esto es, los puentes se quedan sin construir, el sistema judicial se queda sin actualizar y contextualizar, los hospitales y escuelas permanecen sin equipamiento y los estómagos de las víctimas acaban aún más vacíos y con hambre, mucha hambre. Mientras los especuladores caciques de turno envían a sus hijos a escuelas y hospitales de occidente, las enfermedades y el hambre se ceban en las vidas humanas, repartiéndose las muertes de los desfavorecidos en medio del caos establecido. Y a ello se suma la imparable emigración de las zonas rurales como consecuencia de la nula productividad agrícola y demás carencias que han empujado a sus habitantes a huir, a huir para sobrevivir.

Parece que seguimos viviendo en un continente secuestrado. Los negros se lo secuestraron a nuestros ancestros y actualmente los políticos, asociados con los neoimperialistas, lo han conseguido repetir a través de su tiranía absoluta y su mala voluntad, hipotecando las esperanzas de sus hermanos, impidiéndoles vivir o creer en nada. ¿Cómo creer mientras los aparatos estatales siguen situados por encima de la ciudadanía, reprimiendo cualquier resistencia social, violando impunemente derechos y libertades fundamentales? Mientras, sigue imperando el festival de dictaduras y dictablandas africanas: gobiernos militares dirigidos por los altos mandos del ejército; gobiernos civiles protegiendo a sanguinarios oficiales militares; partidos únicos y dominantes liderados por altos mandos militares; regímenes mixtos e híbridos que descansan mayoritariamente sobre la coerción y el terror para aferrarse al poder, manejando a algunos partidillos políticos satélite como instrumentos de dominación gubernamental sobre el pueblo llano.

Mientras, los ciudadanos, inclusive las minorías, siguen sin detentar el derecho a determinar quién les gobierna, así como a hacer responsables a sus gobernantes de las acciones que emprenden. Mientras, se pasa hambre, se muere de hambre. Mientras, hay quien vive en cuevas y madrigueras que ofenderían la dignidad de un perro con caseta propia.

Es por ello que hoy escribo, movido por la convicción libre e independiente, la cual me lleva a gritar hoy desde mi escritura; gritar como contribuyente fomentador del valor de la política real, de aquella política consistente en tratar, escuchar y comprender a todos los grupos y estamentos sociales, pues la dignidad, la conciencia, la razón, la libertad y la alternativa cierta de un continente negro diferente y efectivamente independiente y mejor son posibles. Escribo con la convicción clara de que es posible destruir el círculo vicioso del rompecabezas africano.

Escribo para llamar la atención a la comunidad internacional sobre que África no precisa de una independencia nominal ligada a una cooperación coyuntural (pan para hoy y hambre para mañana), sino una cooperación estructural que fomente y apoye el levantamiento de verdaderas estructuras en el sector educativo, económico y tecnológico; África precisa de un desarrollo territorial endógeno, del fomento de los recursos humanos nativos, de una estructura de gasto con el predominio de las partidas dirigidas a prestaciones sociales y al fomento de innovaciones, muy por encima de las partidas para gastos militares. Según la creencia africana, la solidaridad no significa dar o recibir lo excedente, sino compartir lo que se tiene, sea mucho o poco, inspirándose en la justicia y no en la compasión o en la caridad.

Hoy escribo para gritar a los demagogos, separatistas, especuladores y opresores, que es posible otra África, un África realmente independiente que forme parte de la evolución; un África donde quepan también todos aquellos que gimen bajo el peso de la opresión, esto es, los desplazados, los desheredados sin tierra, los excluidos, los sin voz, los presos políticos... Un África que integre a todos aquellos que carecen de acceso a la luz, al agua potable, a la educación, a la justicia, a la cultura, a la sabiduría y a la libertad; que integre a todos los inmigrantes del mundo en busca del paraíso prometido, a todos ellos: los esclavos de las dictaduras y dictablandas locales, públicas y privadas; los invisibles para el resto de la humanidad opulenta; los pobladores del otro lado de la gran valla separadora.

Creo en la posibilidad de un continente negro con un estado del bienestar expandido por doquier. Estoy convencido claramente de esta realidad positiva porque me gusta ser optimista, pero también porque creo que las formas que las sociedades humanas adoptan son diversas, y las diferencias culturales son también incontablemente infinitas. Sin embargo, los valores que distinguen los derechos y las libertades democráticas de la dominación dictatorial

son iguales en todas partes. Por eso las naciones africanas, con sus respectivos líderes al frente, deben labrarse y encontrar su propio camino hacia el verdadero establecimiento de un régimen democrático en función de la evolución de sus propias circunstancias y condicionamientos (geográficos, religiosos, ideológicos, políticos y socioeconómicos); deben lograr construir y consolidar estructuras y procesos políticos que supongan una independencia realista y no nominal de sus naciones y estados de manera eficiente y eficaz; deben establecer una democracia e independencia con ideas sugerentes capaces de ofrecer al conjunto africano aquello por lo que lucharon y perecieron líderes como Markus Garvey, Nkrumah, Grange Molay, Patrice Emery Lumumbà, Tomás Sankhara...: paz, fiabilidad, solidaridad, nacionalismo, tolerancia, justicia... y, sobre todo, el reconocimiento de la dignidad humana por encima de cualquier diferencia.

Llegar a esta anhelada realidad sigue siendo una entelequia en el continente negro. A las personas se les sigue negando la posibilidad de expresarse libremente sin miedo a ser reprimidos, o la de ser representados por aquellos representantes políticos a los que votaron, debido a la apodada “disciplina de partido”.

También, además de ser llamados a las urnas para votar simbólicamente en elecciones no competitivas, adultos y niños son obligados a participar en manifestaciones o desfiles de masas organizados por el gobierno, o a escuchar interminables discursos propagandísticos, o a involucrarse en campañas extraordinarias en su escuela o lugar de trabajo.

Algunas regiones sufren interminables agresiones por parte de la milicia progubernamental o miembros del ejército nacional, que saquea, atosiga o bombardea los poblados con helicópteros de combate para que, seguidamente, tropas y milicianos entren por tierra saqueando todo lo que encuentran a su paso, incendiando viviendas y sembrando minas antipersona por los caminos de vuelta a los poblados. ¿Y todo para qué? Para que las compañías y trasnacionales diamantíferas o petroleras puedan explotar su subsuelo sin ninguna traba.

A la vez, faltan instituciones que garanticen la soberanía popular y los derechos y libertades básicas; faltan jueces y abogados que sean independientes y no se hallen sujetos a la manipulación política diversa.

Mientras algunas personas perciben una gran diferencia entre lo que creen que merecen y aquello que se sienten capaces de conseguir en las circunstancias

vigentes, sus esfuerzos por satisfacer objetivos sociales, políticos o económicos básicos se ven continuamente frustrados debido al mal sistema político y, así, no perciben modos alternativos de alcanzarlos.

También algunos segmentos de la sociedad son excluidos y perseguidos por no asistir a los organizados desfiles, mítines y otros eventos mediáticos del partido único.

Mientras, las elites políticas negocian de forma encubierta el reparto del poder y el diseño y adopción de las medidas de gobierno más favorables a sus intereses propios, o es la propia élite política la que viola los principios democráticos sin adherirse a sus leyes y normas. El poder político lo monopoliza un grupo particular o una combinación de grupúsculos vinculados, formando una elite de poder estrechamente trabada. Los militares y agentes de la seguridad nacional, pese a tantos seminarios en materia de derechos humanos, no respetan las reglas de juego democrático ni aceptan la supremacía del poder civil. Algunos pueblos utilizan a las minorías excluidas como mano de obra barata, como siervos para actividades de caza y cultivo de los campos. Niños trabajadores, temporeros, mujeres oprimidas y maltratadas, así como otras personas privadas de voz pública que se cuentan por millares, son incapaces de articular sus necesidades reales ante un status quo que no les beneficia en nada.

Algunos regímenes se dotan formalmente de elementos y símbolos democráticos (elecciones, partidos...), pero la capacidad de la población para usar estos mecanismos de forma efectiva resulta muy limitada debido a su vigilancia estrecha y rigurosa por parte de los dirigentes y, pues, no existe otra participación más que aquella que producen las elecciones, y el ciudadano común se limita básicamente a elegir periódicamente a los representantes políticos.

Será imposible y difícil que el continente negro salga del actual estado de postración, y seguirá con un insuficiente desarrollo de sus independencias mientras no deje de depender o mendigar de los que ayer le quitaron el yugo y bozal opresor, mientras no abandone el sentimiento de ser la raza inferior. Porque hasta ahora, en gran parte de África, la democracia sigue siendo una entelequia, una impresión falsa que las dictablandas han incorporado nominalmente a sus sistemas políticos para hacer creer a la ciudadanía que participan en los asuntos públicos.

He perdido la fe en las simples palabras. Me ha llegado el momento

de creer solo lo que vea. Por eso solo creeré en las independencias cuando termine la ocupación revestida, cuando se levante el asedio occidental, cuando las infranqueables barreras y controles militares desaparezcan, cuando sea posible desplazarme con libertad y seguridad por el hermoso paisaje de mi patria.

Así que yo solo creeré en las independencias africanas cuando real y efectivamente lo vea. Creeré en los conceptos de democracia e independencia en África cuando acabe la religión fanática e inconsciente que azota nuestras tierras, una religión alimentada por la existencia del culto a la jerarquía, al jefe único, a la valoración de las personas por lo que materialmente tienen y no por lo que real y socialmente valen. La concentración del poder en manos de unos pocos que sí deciden e imponen parcialmente su voluntad.

Creeré en la libertad, en la verdadera independencia de las personas en África, cuando los militares se conviertan en instrumento de la defensa nacional, y en mantenedores del orden público y garantes del estado de derecho, y no en atracadores u hostigadores de la población civil.

Creeré cuando sean desmanteladas las barricadas físicas y abstractas que ilógicamente separan poblaciones en África; cuando exista verdadera independencia judicial con respecto a los regímenes dictatoriales vigentes; cuando exista una verdadera oposición democrática; cuando las sentencias dejen de aceptar las declaraciones a base de torturas a los procesados; cuando cualquier africano, independientemente de su cultura o ideología, pueda desplazarse con cierta libertad por las calles de Mamá África, el miedo abandone sus corazones y se reinstale la euforia en sus almas, la misma que las inundó justo el día en que los colonos imperialistas perdieron el monopolio y las riendas del continente negro. Creeré cuando la normalidad sea la piedra angular de las vidas de los africanos; cuando podamos decidir todos libremente, y no agazapados económica y sociopolíticamente de manera clandestina. Creeré cuando sepa con certeza que ha terminado el problema; cuando África deje de sangrar; cuando deje de esperar algo de los países desarrollados, los artífices de una clara falta de cultura de solidaridad y promotores de unas relaciones internacionales caracterizadas por un pragmatismo carente de fundamento ético-moral. Creeré cuando grupos guerrilleros y renegados que se erigen en ejércitos de liberación dejen de saquear y causar estragos entre la inocente población.

Solo entonces creeré, porque los regímenes democráticos que diariamente pregonan ser los gobernantes africanos, seguirán incompletos o vacíos mientras

sigan teniendo como santa y seña la dominación dictatorial; mientras sigan haciendo desaparecer a todos aquellos con ideas propias, aquellos que buscan una verdadera alternativa a la exclusión, la persecución y la eliminación de la dignidad humana; mientras los gobiernos sigan presionando y expulsando de sus dominios ancestrales a las minorías en vez de reconocer sus derechos en la legislación.

He aquí que mi pluma labiosa, en contraste con los cohetes y demás fuegos artificiales por el día de la hispanidad, finaliza este diario rememorando con nostalgia, pero sobre todo, con honor y orgullo, la suerte corrida por los hijos de Mamá África:

“NEGRO SOBRE NEGRO”

*Fui concebido en el monte calvario. Hijo de las tinieblas, esclavo del destino.
La madre naturaleza me parió sobre una tumba, crucificado de nacimiento soy.
Errante en el mundo, coronado de espinas, adoptado y criado en la negritud.*

*Mi color oscuro sobre mi piel
negra, y sobre mi alma negra.
Una realidad a la que soy fiel,
negro desde el Edén yo era.*

*Negro sobre negro.
Negros mis pensamientos.
Mi alma, toda negra.*

Negros mis sentimientos.

*Hermano, yo soy
de aquella agria época fugitiva.*

*Recordando yo voy
aquella triste etapa furtiva.*

*Huyendo de los Ashanti, los Ndöngo, Calabar..., capturadores furtivos,
objeto fui del cargamento de ébano; viajero en el Amitié, Subordinateur,...
Amarrado inhumanamente en la bodega del King George, el María...*

Una indeseable vida en la espesura.

*Miles de adolescentes
arrancados del pezón maternal.*

*Hermano de aquella época de amargura,
cuando los látigos eran imperantes
y conducían al sufrimiento carnal.*

*Mis manos negras
son algo que no se puede negar,
y mis huellas negras*

a cuyo fondo no se puede llegar.

Descendiente soy de cultivadores de cañas de azúcar y tabaco para beneficios ajenos.

*¿Mi padre? Ganado de la Real African Company, un anónimo en territorios
lejanos.*

*¿Mi familia? Mercancía en Malemba y Cabinda; trueque con ron, rifles, concha
caurí.*

¿Mis hermanos? Amputados y linchados por solo sonreírle a una mujer blanca.

*¿Mis hermanas? Hembras nativas, amantes, concubinas cautivas de los amos
blancos.*

*Yo soy un hermano
de aquellos ocupantes del ferrocarril subterráneo,
y quizás su paisano,
o, es lo mismo, puedo considerarme su coetáneo.*

*Nuestra realidad es de un color oscuro,
una experiencia única y servil
que posee un asimilado pasado maduro
y un presente histórico viril.*

Negro sobre negro,

*y oscuros, también, fueron mis latidos.
Al igual que mi pasado y vida, abatidos,
mi presente es negro.*

*Soy contribuidor esencial de las economías de los apodados “Países Desarrollados”.
Siendo fetos atravesamos mares salados, grilletos puestos rumbo a lo desconocido.
Soy superviviente del imperio de los latigazos entre plantaciones, aquí en mi tierra.
Bisnieto de los habitantes de barrios periféricos en la Guinea Española, de negros:
Comandachina, Moganda, San Fernando., Lea... Incapaces de circular por el
centro urbano.
Descendiente de los compradores del pan de burro, los no emancipados, braceros...*

*Sumergido en la negrura estoy.
Ella habita en mí y yo en ella.
Entrelazado con ella yo voy.
Color negro: mi realidad bella.*

*Que es también la misma realidad de aquellos,
los nacidos en medio del Mississippi, del Idaho,
entre canoas remando, entre cascadas y vaho.
Aquellos vendidos y explotados como camellos.*

Hermano soy de aquellos hijos de esclavos, desgajados del vientre materno africano

y amarrados al duro remo por el salvajismo blanco, surcando el Wele, el Utonde...

Hermano yo de aquel pueblo errante, los negros sin patria.

Soy hermano de Harriet Tubman, Rosa Parks, Marcus Garvey, Kwame Nkrumah, Paul Robeson... Aquellos que permanecieron durante largo tiempo sin comprensión, alejados de su tierra, despojados del cariño de su ébano y marfil, del son del tam-tam.

Y al igual que ellos, he dormido apesado entre los barrotes de la trata.

En el presidio, lejos de las cañas de azúcar, de los ñames, la yuca y la calabaza, del maíz, de las fincas de cultivo de mi tierra, de mi lugar de origen.

Incapaz de sentarme en el Abahá, en la solidaridad del lugar de mis ancestros.

Añorando el sosiego de unos senos violentos, calientes y negros, muy negros.

Tocar unos brazos negros, unos voluminosos labios de la boca de una mujer negra, o escuchar los gemidos de una mujer... Sobre todo, los de una mujer negra.

*Pero también hermano soy de los **Black Panther, de Stokely CarMichael, Jesse Jackson, Malcolm X, Luther King, Abu Jamal, Bobby Seale...** Aquellos que han luchado contra la opresión y en pro de los derechos de las personas de raza negra.*

*Lo soy de **Mandela y Lumumbà, de Shankara y Grange Molay, de Mañe Elá, Essasi Ebuera y Enrique Nvó...** Líderes y mártires locales del nacionalismo negro.*

Víctimas de la opresión tratista del salvajismo blanco, de la barrera racial en su tierra.

Por todos ellos, yo hoy he escrito.



SECCIÓN ESPECIAL RAQUEL ILOMBE

KARMA



Damaris Boteke Barila

La vida siempre trata de equilibrar las cosas. El karma juega un rol importante en este balance. Si no te concentras y tratas de hacer lo que crees conveniente o bueno para ti, el karma puede ir en tu contra, tarde o temprano.

Está finalizando el receso y les toca a los chicos de cuarto Educación Física. Bajan las escaleras corriendo hacia los vestuarios. Esteban está un poco preocupado porque nunca le ha hecho gracia esta asignatura. Sufre de sobrepeso y la mayoría de sus compañeros le hacen bullying.

Cuando Esteban entra al vestuario enseguida le invade una gran sensación de inseguridad viendo los cuerpos de los demás. Casi todos tienen un físico envidiable. Siempre le ha dado vergüenza cambiarse delante de la gente, pero tiene que hacerlo ya, porque se escucha llegar al profesor para dar comienzo a las clases:

— ¡Eh! Oye, tú, buñuelo. ¿A qué estás esperando?— pregunta uno de sus compañeros.

- No, nada. Terminé. Nos vamos— responde angustiado.

-Sí, eso, que a este paso acabarás encontrando a las ballenas en el mar— grita su compañero, y se oye una risa generalizada.

Esteban no le presta demasiada atención y termina de cambiarse. Tanto chicos como chicas salen de los respectivos vestuarios al mismo tiempo. Esteban es el último para no mezclarse con el resto de la clase, pero de lo que no se da cuenta es de que detrás de él viene un grupo de chicas que, como de costumbre, tardan más en el vestuario porque pierden el tiempo haciéndose fotos, y entre ellas está Cristalina, conocida en el instituto como Krystel, la abeja reina del grupo.

- Pero chicas, ¿os habéis dado cuenta? Fijaos, si es nuestro amigo Esteban. Bueno, las cosas como son, eh, cada uno con su nombre. Hola Esteban buñuelo. ¿Cuántas ballenas te has comido? Te veo aumentar de peso y, bueno, me preocupo y eso— dice Krystel con gran sarcasmo.

Las chicas se ríen de él pero Krystel trata de hacerlas parar. Esteban no se siente muy bien y acaba volviendo a los vestuarios. Los chicos comienzan con la clase; tienen que dar una serie de diez vueltas alrededor del campo. El profesor se percata de la ausencia de uno de sus alumnos pero no le da mucha importancia

y continúa con la tarea.

Con la intención de impresionar a su profesor, Krystel acelera un poco para finalizar mucho antes que los demás. Ha hecho dos vueltas más que sus compañeros para así sentarse y esperar al siguiente ejercicio. Sumida en sus pensamientos durante su carrera hacia su asiento, tropieza con Esteban, que venía de los vestuarios. Ambos jóvenes se estrellan el uno contra el otro y el chico acaba aplastando a Krystel.

-¿Qué te pasa? ¿Estás loco? Me has hecho daño. Mira cómo me has dejado la pierna. Aparta esa bola de grasa– grita Krystel muy enfadada después del golpe.

Todos en el polideportivo se detienen y se acercan a ayudarla. Esteban se siente mal y se disculpa dándole su mano para que ella pueda levantarse, pero Krystel rechaza su ayuda, golpeándosela. Algunos chicos llegan al lugar y le dan un empujón a Esteban para que se aparte.

- Yo no quise hacerte daño, Krystel- vuelve a disculparse el joven.

- Tú mejor cállate, que si sigues te vas a llevar una buena de las mías. Y para ti soy Cristalina- se revuelve ella muy enfadada.

La cogen por los hombros para llevarla a la enfermería del colegio. Mientras tanto, Esteban no para de recibir amenazas. Él, a su vez, trata de disculparse y hacer entrar en razón a sus compañeros, pero no le creen. El profesor acaba interfiriendo, lo cual Esteban agradece. Se siente más calmado después de la intervención del docente, más arropado.

Pasaron tres días después del incidente en la clase de deporte. Era la hora del patio. Esteban se mantenía lo más lejos posible de Krystel, pero ella estaba tramando una venganza con sus amigas por el horrible momento que le hizo pasar aquel joven.

- Este es el plan: ya que casi nadie habla con él por su sobrepeso, pienso que tendrá muchas ganas de que alguien se le acerque para charlar, y no para reírse de su aspecto. Se me ocurre que alguna podría... “interesarse” por él. Eso le haría bajar la guardia y nos daría tiempo para acabar de idear nuestro plan.

Krystel asigna una posición a cada compañera. Una de sus amigas, Sara,

se da cuenta de que es la única que se ha quedado sin nada que hacer:

- ¡Oye! A ver... Como te lo digo... ¿Yo no voy a hacer nada en todo esto?— pregunta asombrada.

- ¡Oh cariño, no te sulfures! Eres la bala del arma— le responde Krystel con una sonrisa malévola.

- ¿Sí? Explícame cómo, porque no entiendo nada— dice Sara confusa.

- ¿Te acuerdas de todo lo que se ha contado aquí?— pregunta Krystel.

- Pues claro— responde Sara con seguridad.

- Y que necesitamos una chica que esté buena— pregunta de nuevo Krystel.

- No sé realmente a dónde quieres ir a parar, pero sigue— responde Sara, ahora más insegura.

-Pues esa chica serás tú. Bueno, ya sé que la chica súper popular aquí soy yo, pero no puedo ir exponiéndome con cualquiera como si fuese un cuadro barato.... Oye, y no te ofendas— dice Krystel.

- Eres odiosa— responde Sara.

Después de varios días, la joven líder termina de tramar su plan y reúne a sus amigas para exponerlo.

-Sara, tienes que atraerlo... No, más bien tienes que ligártelo. Me refiero a que logres distraerlo el tiempo suficiente para que podamos poner mi maravilloso e infalible proyecto en marcha- proclama ella de forma altiva.

Krystel abandona a Sara para encontrarse con los demás. Sara sigue esperando la señal para moverse, y mientras tanto piensa en qué método podría utilizar para lograr su objetivo. Minutos después recibe la señal de sus amigas.

Esteban echa un ojo al patio y ve un ambiente cálido: todos acompañados, sonrientes y felices. Por un instante se siente deprimido, pero luego se resigna. No tiene otro remedio ya que todos se ríen de su condición física.

- Hola. ¿Cómo estás?-. Oye una voz que interrumpe sus pensamientos.

Esteban alza la mirada. Cuando se da cuenta de quién es la persona que le está saludando se atraganta e hiperventila por la sorpresa. Ella le ayuda a recuperar la compostura.

Se quedan sentados ahí, uno al lado del otro. El joven no entiende el repentino interés de una de las chicas “populares” por él. Se mantiene callado. No se arriesga a preguntar.

Las siguientes tres semanas fueron geniales. Esteban no podía creérselo, pero tenía una amiga. Se volvieron muy cercanos: comían juntos en el receso, se reían, hacían las tareas de clase... Para el joven era lo más hermoso que le había pasado hasta ese momento en el instituto, y se dio cuenta de que le encantaba la compañía de la chica, le fascinaba su sonrisa y sus lindos ojos. Al joven le gustaba mucho Sara, pero también le aterraba decírselo porque era posible que ella lo rechazase y eso arruinaría todo lo que tenían ahora.

Habían pasado ya dos meses desde que Sara y Esteban se hicieron amigos. Un viernes la profesora de filosofía les asignó una tarea. Krystel le sugirió a Sara que ese fuera el momento en el que diera el siguiente paso hacia su objetivo.

Al final del día, todos los chicos fueron saliendo de la clase y solo quedaron Esteban y Sara. Ella, sin darse tiempo para arrepentirse, se lanzó sobre Esteban. Él se quedó de piedra, asustado y muy sorprendido. No se lo esperaba. La chica, por su parte, al darse cuenta de la reacción del joven, se apartó y le preguntó:

- ¿No te gustó? ¿No beso bien?

- Eeeeh– titubeó Esteban, intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

-Es que, como últimamente pasamos mucho tiempo juntos, noté que pasaba algo más entre nosotros. Creía que yo te gustaba– sugirió Sara.

- No...– balbuceó el joven.

-¿No qué, Esteban?– lo miró fijamente-. Escucha, necesitas tiempo para procesar lo que acaba de pasar, ¿de acuerdo? Venga, ve saliendo que yo recojo mis cosas y ahora te sigo.

El chico abrió la puerta despacio, y justo en ese momento notó que le caía algo encima que le manchaba el uniforme. Pensó que era pintura de la pared y dio dos pasos hacia delante para no mancharse más. De repente, escuchó un ruido raro. Levantó la cabeza y se encontró con un bote de chocolate, que de repente se derramó sobre todo su cuerpo. Esteban no podía sentirse más humillado. Sus compañeros aparecieron de la nada, todos riéndose de él.

La curiosidad del resto del colegio se despertó de golpe, y en menos de un segundo ya estaban casi todos en la puerta de la clase para saber qué estaba pasando. Algunos no dudaban en sacar el móvil y comenzar a grabar para subirlo a sus redes sociales. Esteban, roto y sin saber qué hacer, intentaba salir de la clase pero Krystel se interpuso.

-Apártate, por favor dijo Esteban, pero ella ni se inmutó. Sacó el móvil y comenzó a grabar.

Esteban sentía que este estaba siendo el peor día de su vida. Notaba que nadie iba a ayudarlo. Todo el alboroto llegó a oídos del jefe de estudios, que no dudó en salir para ver qué estaba ocurriendo realmente. Cuando los alumnos lo vieron llegar se dispersaron.

-¿Qué está pasando aquí?- preguntó muy enfadado al llegar al lugar del incidente.

Todos señalaron a Krystel. Ella no tuvo más remedio que explicar lo sucedido. Se los llevaron a los dos a la oficina. Cuando estuvieron solos, Esteban susurró:

- ¿Por qué me haces esto Cristalina?-. Estaba desolado y cubierto de chocolate.

- ¿En serio? ¿Te atreves a hacerme esa pregunta?- chilló Krystel.

-¿Aún no olvidaste lo del polideportivo? ¿Te llamas rencor? Te pedí perdón, y sabes perfectamente que fue sin querer. Sabía que eras mala, pero no creí que tanto- dijo Esteban llorando.

-Yo no perdono que me hagan tonterías. Me humillaste delante de toda la clase y, encima, me quedé con algunas marcas de ese incidente, así que, si tengo que hacértelo pagar de nuevo, lo haré. Y como sigas interrogándome te las

verás de verdad conmigo— amenazó Krystel.

Esteban no dijo nada. Pensaba en la reacción que tendrían sus padres cuando se enteraran de lo ocurrido. De regreso, el jefe de estudios llegó con un cuaderno. Le pidió a Esteban que le contara su versión de la historia, pero él no se sentía a gusto con la presencia de Krystel. El profesor se dio cuenta y le pidió a la chica que saliera unos minutos. Entonces Esteban lo contó todo, hasta el más mínimo detalle. Al acabar, el jefe de estudios rogó que hicieran pasar a Krystel. Cuando se cruzaron con los del chico, los ojos de ella reflejaban odio.

El profesor terminó con ellos y decidió convocar a los padres de los dos para tener una reunión, porque contemplaba su expulsión definitiva.

Al día siguiente llegaron ambos con sus respectivos progenitores. Los alumnos estaban revolucionados. El problema había ido a mayores y uno de los dos lo iba a pagar caro. Hicieron pasar primero a Krystel y a su padre, un hombre de negocios que disponía de mucha fortuna y muy poco tiempo, y que preguntó solo llegar cuánto iba a durar la reunión. El jefe de estudios le rogó paciencia. Tras cinco minutos, el señor le dijo a su hija que le dejase un momento a solas con su jefe de estudios. Krystel se levantó y se fue.

- Mire, no tengo tiempo para esto. Me están esperando para una reunión muy importante. ¿Cuánto quiere?— preguntó el padre sacando un cheque.

-Señor, no sé por quién me ha tomado, y creo que, solo por su comportamiento, voy a expulsar a su hija— respondió el jefe de estudios.

- ¿Con un millón le es suficiente?- preguntó de nuevo el padre.

El docente pensó un momento en la cantidad de dinero que le estaban ofreciendo, y detuvo a su benefactor cuando ya se dirigía a la puerta para irse.

Krystel continuaba en el colegio, pero Esteban, a pesar de no haber hecho nada, fue expulsado injustamente. En ese momento ella se dio cuenta de lo mal que lo había hecho e intentó disculparse con Esteban, pero era demasiado tarde. El padre de Krystel había pedido una orden de alejamiento contra el chico, y tenía que estar a más de un metro de su hija.

4 AÑOS DESPUÉS

Ha pasado mucho tiempo. La vida ha puesto a prueba a Krystel en varias ocasiones. Su padre murió en uno de los momentos más importantes de su vida, el día que salieron las calificaciones de la selectividad, justo al ver que la había aprobado. Después afrontó las malas decisiones de su madre, que se casó otra vez y se gastó toda la fortuna de su difunto marido en poco tiempo...

Al nuevo marido de su madre ella no le hacía mucha gracia, por lo que la echaron de casa. Por suerte contaba con su tía Helena.

Krystel tuvo que ser fuerte, enfrentarse a todo lo que se le echaba encima. Ahora se encuentra en el segundo año de su carrera, tiene novio y las cosas están mejorando poco a poco.

Por la mañana Krystel sale a correr por el parque sin el móvil. Al regresar se encuentra con llamadas perdidas de su novio, pero decide que ya le llamará más tarde porque ahora necesita ir a ducharse. Ya en la ducha, escucha su móvil vibrar, y se dice a sí misma: “Tiene que ser él. Cuando salga lo llamo”. Al salir coge el móvil y se le hace raro, porque no ve ni llamadas ni mensajes. Baja la barra de notificaciones y se da cuenta de que se trata de un aviso de Facebook. Al meterse ve que es una solicitud de amistad. Llevaba tiempo sin utilizar Facebook. Es alguien que no conocía y, como no suele aceptar solicitudes de desconocidos, deja el móvil y se pone con otra cosa.

Pasaron los días y la relación de Krystel con su novio se vuelve destructiva. Ella se queja de que en las redes sociales él no para de postear imágenes de chicas medio desnudas, alegando que son solo amigas suyas. Krystel hace un gran esfuerzo por creerle pero no puede. Después de discutir pasan un tiempo sin hablarse. Él lo intenta todo para reconciliarse pero ella necesita espacio y le bloquea en las redes.

Una noche, mientras Krystel mantiene una conversación muy importante con una amiga, se encuentra de nuevo con la misma solicitud, y entonces se hace un montón de preguntas. Es verdad que no respondía a solicitudes de desconocidos, pero tenía tanta curiosidad al ver que, después de tanto tiempo, la solicitud continuaba allí, que la aceptó.

Entra en el perfil de esa persona, y su nombre es Carmelo Obama. Tienen cinco amigos en común, cuatro de ellos muy cercanos a Krystel. Mirando sus

fotos, la chica deduce que ha estado en el extranjero. Es súper guapo y muy atractivo.

- ¡Dios mío! Ese cuerpo, esos labios... Algunos tanto y otros tan poco. Va a provocar un accidente....- dice impresionada.

No duda ni un segundo más y acepta la solicitud. Se acuerda de que tiene pareja, aunque estén pasando por un mal momento, pero decide que tampoco es que esté haciendo algo malo. Recibe un saludo de Carmelo. Tiene ganas de devolvérselo pero no lo hace, no se deja llevar por la emoción del momento. Se siente muy cansada y se acuesta. Al día siguiente se prepara para irse a la universidad. Le vibra el teléfono y ya se imagina quién puede estar escribiéndole:

« Hola cariño, sé que hemos pasado unos días no muy buenos y nada agradables por mi culpa, pero quiero que sepas que te quiero mucho y que puedes contar conmigo para lo que sea. Soy yo, tu Celso. »

Sonríe. Su tía le echa una mirada simpática. Quiere llamarlo para hablar pero tiene mucha prisa, por lo que decide que lo hará después de clase. Intentará quedar con él para ver si se pueden arreglar las cosas. Asiste a las dos primeras horas, que, por suerte, terminan un poco antes de lo habitual. Cuando sale a tomar el aire llega un compañero informando de que el profesor que les toca va a ausentarse por problemas personales. Krystel no duda en entrar de nuevo a la clase a por su cartera e irse a ver a su novio. Sale corriendo porque no sabe si lo va a encontrar en casa. Llega a pensar en llamarlo primero, pero prefiere darle una sorpresa. Tiene muchas ganas de verlo, de abrazarlo y darle muchos besos.

Krystel llama a la puerta y de repente sale Celso. Ella no se corta, se abalanza sobre él. Él no puede resistirse y la besa de igual manera. Entran los dos a la casa y se sientan para poder hablar. Aclarado ya todo, la joven se ofrece a hacer el almuerzo. Celso quiere ayudar en algo así que sale de la casa para ir a la tienda a por algo de beber. Krystel ya tiene todo listo pero su novio no llega todavía, así que enciende el televisor. Como no hay nada interesante y se aburre, quiere coger su teléfono, pero tiene miedo de encontrarse con algún mensaje de Carmelo. Se levanta y decide dar una vuelta por la casa. Cuando llega al cuarto de Celso lo encuentra todo ordenado. Se siente afortunada por lo organizado que es su novio. Justo enfrente se encuentra otro cuarto donde no duerme nadie. Su curiosidad es tan fuerte que tira de la puerta y accede a él, pero en este parece que ha ocurrido algo: la cama está desordenada, tiene un olor desagradable y está

todo tirado por el suelo. Se acerca a las ventanas para abrirlas, pero cuando se da la vuelta para regresar al salón se da cuenta de algo que la deja helada. En ese preciso momento entra Celso con las cosas y se encuentra a Krystel llorando.

- ¿Qué te pasa cariño? ¿Han entrado a robar?— pregunta preocupado acercándose a ella.

- No te acerques. ¿Sabes? Confíaba en ti, ¿y de esta manera lo pagas? No, Celso, no. En serio, no— dice Krystel llorando.

-Mi amor, deja que te lo explique. No es lo que crees. Siéntate y hablemos— dice él acercándose aún más.

-No, no quiero escucharte, ni me toques. Te puedes quedar con ella, que seáis felices y tengáis muchos hijos. A mí ya no vas a verme—. Recoge sus cosas y sale de la casa llorando.

Celso recibe una llamada minutos después de que Krystel se haya ido. Es su amigo diciéndole que ahora pasaba a limpiar el cuarto después de haber estado allí con su novia porque lo había dejado todo hecho un cristo. Celso se cabrea pero no sabe qué hacer.

Son días desagradables para Krystel. Siente que nada va bien en su vida desde la muerte de su padre. Ni siquiera cotillear en Instagram o Facebook la distrae. De pronto se encuentra con un mensaje de Carmelo. Se lo piensa durante un buen rato. Luego se acuerda de lo que pasó en la casa de su novio y decide responder para evadirse un poco:

- *Hola, estoy bien. ¿Y tú?— responde Krystel al mensaje.*

- *Vaya, creo que hoy me ha tocado la lotería— dice asombrado Carmelo.*

- *¿Por qué lo dices?— pregunta Krystel.*

- *Porque llevo esperando esto casi dos semanas— contesta contento Carmelo.*

- *Ah, lo siento. Estaba muy ocupada con las clases— responde Krystel.*

- *Me imagino. Bueno, yo también estudio, pero he tenido que regresar al país para renovar mi pasaporte— dice Carmelo.*

- *Así que fuera del país... ¿Y dónde se supone que estabas?*— pregunta intrigada Krystel.

- *Pues estudio en Sudáfrica. Bonito país, por cierto*— dice Carmelo.

- *¡Ah, qué bien! Bueno, yo te dejo que tengo cosas que hacer. Hasta luego*— se despide Krystel.

Krystel se desconecta y sale un poco a que le dé el aire. Se sienta un rato y piensa mucho en lo que vio en la casa de Celso. Quiere creer que no es cierto, que solo son suposiciones suyas; quiere llamarlo y escuchar su versión, pero su orgullo no se lo permite. Regresa a su cuarto para conectarse de nuevo. Carmelo ha dejado dos últimos mensajes para despedirse. A Krystel le parecen cariñosos.

Las conversaciones entre los dos se volvieron más frecuentes y le resultaban amenas: se estaban conociendo. Krystel no se daba cuenta de lo rápido que pasaba todo y de lo mucho que había avanzado la relación. Carmelo le inspiraba confianza.

En una de esas conversaciones, Carmelo le pide a Krystel su número de teléfono. Krystel duda, no sabe si eso es buena idea, por lo que no responde al mensaje. Dos semanas después Carmelo le propone quedar para verse en persona, pero ella se niega alegando que es demasiado pronto. Carmelo no insiste y le dice que cuando esté preparada ya se verán, que no pasa nada.

Krystel se acerca a hablar con su tía y escuchar su opinión sobre el tema que no consigue sacar de su mente:

- *Adolescentes... Vosotras y los chicos. A ver, cuéntame. ¿Qué pasa con esos dos jóvenes?*— pregunta la tía Helena, sonriente.

Krystel comienza a contarle a su tía la historia y esta se queda sorprendida al escuchar todo.

Cuando finaliza, su tía no tiene otro consejo que darle que el de seguir su instinto, ya que el corazón no piensa cuando debe actuar, pero que no olvide que, cuando hace esto, siempre sale herido. Krystel retiene esas palabras de su tía y sale al jardín de nuevo para pensar.

Mientras camina por el barrio suena su móvil. En la pantalla se refleja

que la llamada proviene de un número privado. Decide ignorarla, pero su móvil vuelve a sonar. Entonces piensa que podría ser importante y contesta:

- Hola Krystel, soy Carmelo. Siento mucho llamarte con este número. Es que no me ha dado tiempo de hacerme un nuevo sim y he preferido llamarte con un teléfono gota. Si no, me podría quedar sin saldo y se cortaría la llamada.

- ¡Oh, vaya, qué susto me pegaste!- dice Krystel.

Continúan conversando. Krystel llega a su casa pero la puerta está cerrada y su tía no está.

- Joder- dice Krystel.

- ¿Qué pasa?- pregunta, angustiado, Carmelo.

-Me he dejado las llaves dentro y mi tía no está en la casa. Está todo cerrado. Espera, tengo una idea. Voy a colgar- dice preocupada.

Krystel se queda en la puerta esperando a su tía. Coge su móvil y comienza a manipularlo. Mientras lo hace recibe una transferencia de saldo de diez mil Francos Cfa. No se lo puede creer: ha sido cosa de Carmelo. Busca el contacto de su tía y la llama. Inmediatamente le indica dónde dejó las llaves, y se hace con ellas sin problema. Krystel quiere llamar a su salvador para darle las gracias, pero se acuerda de que tiene un teléfono gota. Tendrá que esperar hasta que él se conecte o la llame.

Krystel se encuentra en su cuarto preparándose para darse una ducha. Quiere ver si hay algo nuevo en las redes antes de irse al baño. Por suerte se encuentra con Carmelo conectado. Aprovecha para darle las gracias por el saldo, y él se limita a decir que solo quería ayudar, nada más. Krystel se convence en ese momento de que Carmelo se merece esa cita que tanto desea:

- Creo que estoy lista- dice Krystel.

- ¿Lista para qué?- pregunta confuso.

- Pues... la cita. Quiero que nos veamos- dice Krystel.

-Wow, no te vas a arrepentir. Será..., puff..., la mejor tarde de tu vida.¿El sábado te viene bien?- pregunta Carmelo muy contento.

-*Sí, es fin de semana. Tengo clases por la mañana pero me da tiempo, así que... sí, el sábado*— acepta Krystel.

Todo confirmado. Carmelo se dirige con su coche hacia una casa enorme y extraña. Llega a la puerta y llama al timbre:

- ¿Quién es?— pregunta una voz gruesa.

- Soy yo, señor— responde tímido Carmelo.

Se abre la puerta y Carmelo entra en la casa con una sonrisa.

- ¿Cuántas veces te he dicho que llames antes de venir?— pregunta su jefe, enfadado.

-Lo siento, señor, pero lo que quiero contar tiene que ver con la chica. Ha caído en nuestra trampa. Tenemos la cita el sábado. Por eso estoy aquí, para recibir más instrucciones, señor— dice Carmelo obediente.

-Ah, pues muy bien. Pasaremos a la acción— responde con una sonrisa la voz gruesa. Se levanta y se dirige a una vitrina. La abre y saca un bote pequeño de ella.

- Llévate esto contigo, ya sabes cómo funciona. No tengo por qué explicártelo de nuevo— dice.

- Ok, señor, delo por hecho— dice Carmelo.

-Ahora vete. Ponte guapo, que ella tiene que llevarse una sorpresa— le aconseja con sarcasmo.

Carmelo sonrío y sale de la casa de su patrón. Tiene que prepararse para la cita del sábado.

Krystel se levanta muy alegre. Es sábado por la mañana y el día promete. Antes de salir de casa, recibe de nuevo una llamada de un número privado. Esta vez responde sin dudar porque sabe que se trata de Carmelo.

Comienzan a conversar. Hablan de los últimos detalles de la cita. Krystel, contenta, se despide. Está llegando tarde y no quiere quedarse fuera.

Al terminar la clase, la muchacha camina en dirección a su casa. Justo enfrente de ella aparece Celso, que la estaba esperando para intentar hablar con ella.

- ¿Qué haces aquí?– pregunta Krystel, enfadada.

- Tenemos que hablar– responde Celso.

-No tenemos nada de qué hablar, ya lo vi todo. Mira, te seré franca: hoy estoy teniendo un día maravilloso, así que no me fastidies– dice, y continúa su camino dejando atrás a su novio. Él quiere seguirla pero siente que no es buen momento. Ya lo intentará en otra ocasión.

Krystel llega a casa, muy sonriente y segura. Tira la mochila al suelo y se echa en su cama como si llevara siglos sin verla. Tiene la tarde libre y nada que hacer, así que decide ponerse a ver películas en el ordenador. Termina la primera casi sin darse cuenta, pero cuando se dispone a dar comienzo a la segunda empiezan a pesarle los párpados. Se resiste, ya que lleva mucho tiempo queriendo ver ese film, pero al final el sueño gana y se queda profundamente dormida.

Se aproxima la hora y Krystel continúa durmiendo. Carmelo, por su parte, lo está arreglando todo para la gran cita. El teléfono comienza a sonar pero la joven no reacciona, sigue demasiado dormida. Dos minutos después la vuelven a llamar, pero esta vez ella se levanta sobresaltada, coge el móvil para ver la hora y pega un chillido. Llega tarde. Ve las llamadas perdidas de un número privado y sabe que son de Carmelo. Sale de la cama y se va a su armario, elige un vestido y se va corriendo a la ducha. Al volver a la habitación su tía asoma la cabeza:

- Pasa. Mira, voy a ponerme este. ¿Qué te parece?– dice Krystel muy animada.

- Mmmm... Es muy bonito– contesta la tía Helena.

- Quiero impresionarle– afirma Krystel.

- ¿Tan guapo es?– pregunta su tutora con una sonrisa.

- Pues qué te digo... Es una mezcla entre Mario Casas y Álex González, pero en versión africana.

- De verdad, sí que tienes un problema, hija mía.

-Este es el vestido de mamá, el único recuerdo que tengo de ella, ya que no quiere verme. Es el vestido que usó la última vez que salió con papá. Lo que sigue ya te lo sabes: tragedia, desgracia, entierro, muchas lágrimas... Pero bueno, está superado— explica Krystel con nostalgia, acariciando la prenda.

- Seguro que te queda ideal— asegura su tía.

- Ojalá.

La tía Helena sale de la habitación y Krystel se cambia a toda prisa porque se está quedando sin tiempo. Ya lista, sale al salón. Su tía se queda impactada por lo guapa que está su sobrina.

Un minuto más tarde Carmelo ya está en la puerta esperándola con el coche. Se escucha la bocina. Krystel se asoma y ve que es él, así que se despide. Su tía sale para ver quién es el famoso Carmelo, pero, desgraciadamente, el coche tiene las ventanas tintadas. Entonces le reza a Dios para que nada le ocurra a su sobrina.

Krystel entra en el coche. Es la primera vez que se ven en persona. Carmelo no puede apreciar toda la belleza de la chica porque sus ojos están puestos en la carretera. Ella, en cambio, se siente un poco más relajada y quiere sacar un tema de conversación para romper el hielo.

- Estás muy concentrado mientras conduces. ¿Te encuentras bien?— pregunta Krystel, sonriendo.

-Uf, no sé qué decirte. No quiero accidentes, y con tanta belleza me puedo distraer— contesta Carmelo mientras le echa un vistazo rápido.

La chica se ríe. Él, a su vez, también, sin entender la razón. Llegan al restaurante, en el centro de la ciudad. Carmelo, como un caballero, le abre la puerta y la coge de la mano mientras se dirigen a la mesa.

Se sientan y piden la carta. Cuando examinan el menú se miran mucho pero sin intercambiar palabra. Las miradas están manteniendo una conversación sexual sin que se den cuenta. La camarera aparece y se corta la conexión. Cada uno pide lo que va a tomar y la camarera se retira.

Traen la comida. Todo es muy apetecible. Conversan a medida que

disfrutan de los platos. Krystel siente la necesidad de ir al baño a echarse algo de agua en la cara para relajarse, así que se levanta y sale en dirección al servicio de mujeres. Carmelo se da cuenta de que ese es el momento. Tiene que ser muy rápido y cauteloso. Saca una cápsula de Tramadol y lo introduce en el cóctel de la joven. Coge la cuchara y le da unas vueltas a la bebida para que se mezcle todo muy bien. Minutos después Krystel sale del baño, se sienta y continúa comiendo, pero es interrumpida por Carmelo, que propone un brindis por las primeras veces. Cuando él la ve beber el cóctel, sabe que, en ese instante, solo le quedan unos treinta minutos para que la droga haga efecto, así que le pide que salgan del restaurante para ir a un lugar más tranquilo. La chica no entiende el porqué de tanta prisa, pero piensa que está siendo una gran noche y que hay que disfrutarla.

Salen del restaurante y caminan. Todo parece normal. Comentan entre risas cómo ha estado la comida, pero entonces Krystel empieza a quejarse de dolores de estómago. Carmelo simula estar preocupado. El malestar aumenta. Comienza a tener mareos y visión borrosa. Segundos después se desmaya y el joven la coge al vuelo, evitando que se caiga. Echa un vistazo por si hay gente alrededor, pero es una calle muy solitaria. Se encamina al coche, la mete en la parte trasera y se la lleva.

A la mañana siguiente, Krystel se levanta con migraña y picor vaginal. Se encuentra en una cama muy grande, pero el panorama la deja muerta de miedo y con muchas preguntas. Justo en la misma cama están dos tipos, a los que nunca había visto, completamente desnudos. Ella no se lo puede creer. Levanta las sábanas que la cubren y ve que está desnuda y sangrando. Se siente desorientada, no entiende qué es lo que ha pasado ni cómo acabó allí. Mira alrededor de la habitación y ve a otros dos hombres en calzoncillos echando una partida de algún videojuego.

-Me quiero morir. No entiendo qué está pasando— se dice a sí misma mientras sigue mirando el apartamento.

Los chicos que están jugando a la consola le piden silencio. Ella, con miedo a ser agredida, permanece callada. Desde el baño del apartamento se oye a otro hombre cantando, lo que supone que está acompañada por un total de cinco hombres. No quiere imaginarse lo peor. Ve sus cosas sobre la mesita, se hace con ellas y sale de allí corriendo.

Ya en la calle, saca su teléfono. Tiene un montón de llamadas perdidas

de su tía y de su ex, pero en ese momento no podía pensar en nada más que en Carmelo y en lo que acababa de ver. Accede a su cuenta de Facebook. Para su sorpresa, él ha desaparecido. Se mete en Messenger, pero las conversaciones han sido eliminadas. Krystel no sabe si reír o llorar. Se acerca a la carretera y coge un taxi. No dice nada, está en silencio mirando por la ventana y pensando. No sabe si ir a casa; está muy avergonzada. Decide acudir a la policía a denunciar lo sucedido, pero no la creen. No puede poner una denuncia así, sin pruebas, por lo que pide que la acompañen al apartamento. Los policías acceden. Está muy nerviosa y le piden que se calme.

Llegan al barrio y aparcan. Le dicen que ella tiene que permanecer en el coche, que ellos se ocuparán del resto. Krystel obedece intentando calmarse. Los policías regresan y le aseguran que en el apartamento no hay nadie, que se trata de una casa en venta muy bien amueblada. La muchacha se echa las manos a la cara. Es tan surrealista la situación que acaba llorando. Tratan de consolarla pero no pueden. Uno de los agentes propone llevarla a su casa pero ella lo rechaza porque no sabe cómo va a reaccionar su tía. Entonces no tienen otro remedio que llevarla a la comisaría, por si ahí se siente un poco más segura.

Una vez allí, le traen algo de comer y ropa para cambiarse. Parece estar un poco más calmada.

De pronto, recibe un mensaje anónimo diciéndole que debe conectarse. Lo hace y encuentra muchas notificaciones de mensajes en todas sus redes sociales, y pincha en una de ellas. Aparece el link de un video. Cuando empieza a reproducirse no da crédito a lo que ven sus ojos. Se le distingue perfectamente la cara, y a su lado están los cinco hombres del apartamento manteniendo sexo con ella sin su consentimiento y, lo que es peor, jugando con su vagina. Le introducen de todo en ella, desde aparatos de látex hasta, y esto es lo que más aterró a Krystel, unas tijeras. De ahí la sangre acumulada en la cama y los picores. La joven no quiere creer lo que está sucediendo. Sale escopeteada de la comisaría y para un taxi para ir al hospital. Cuando la reciben, le pide al doctor que le haga una serie de pruebas, pero él alega que no puede atenderla sin cita previa. Ella insiste y arma un escándalo hasta que se sale con la suya.

Lleva como una hora esperando los resultados, más nerviosa que en toda su vida, aterrada, perdida. Sale el doctor y no tiene buena cara. La hace entrar a la consulta:

-Oye, no sé... la verdad....pero... ¿estás segura de que ya no quieres tener hijos?- pregunta el médico, asombrado por los análisis.

-¿Qué le ocurre? Pues claro que quiero tener hijos- responde angustiada Krystel.

- Pues déjame decirte que si ese era un sueño para ti, deberías olvidarlo ya.

-¿Qué me está diciendo? ¿Que soy estéril? No, se ha equivocado de análisis- exclama asombrada.

-No, tú eres Cristalina, si no me falla la vista. Siento decirte que te han cortado las trompas. Lo siento mucho pero ya no puedes tener hijos- finaliza el doctor.

Ella se queda paralizada durante un tiempo. Cuando consigue volver en sí, se levanta, se despide y se queda fuera del hospital. No tiene más remedio que irse a casa para contarle todo a su tía. Por el camino recibe una llamada:

- Te mereces todo lo que te está pasando por malvada- dice una voz gruesa.

-Déjeme en paz, por favor. Si le hice algo creo que ya fui lo suficientemente castigada.- se lamenta Krystel, llorando.

-Pues sí, he gozado cada instante. Te han hecho pagar por lo que me hiciste. Quizás no te acuerdes de mí por la voz, pero soy ese chico al que humillaste, al que tachabas de gordo cada segundo. Ahora ya adelgacé y soy una persona responsable. Por eso no quise mancharme las manos contigo. Mandé a Carmelo porque recuerdo bien que siempre fuiste muy coqueta, tu punto débil. La verdad es que Carmelo, no se llama así. Siéndote sincero no sé ni cómo se llama. En fin, sólo quiero que sepas que aquí te dejo el link del video que publicaron gracias a tu novatada. Yo ya lo superé. Supera el tuyo ahora, guarra- espetó la voz gruesa después de un largo discurso.

Krystel mira su teléfono de nuevo y ve el vídeo que hace años le grabaron a su ex compañero Esteban. Tenía alrededor de quince millones de visualizaciones. Pero su video estaba superándolo con creces, incendiando todas las redes sociales con una cifra de hasta veinte millones de visualizaciones.

Krystel sabe que tiene que irse a casa; tiene que enfrentarse a su tía. No

podía creerse que alguien fuera capaz de guardar rencor durante tanto tiempo. Pero luego reflexiona y se da cuenta de que antes ella era así, y de que, en realidad, ella provocó todo eso por no ser una persona humilde, por no ser capaz de perdonar, y ahora lo estaba pagando. Pero también piensa que Esteban se había pasado. ¿Dejarla con daños físicos?

No para de llorar en todo el camino a su casa.

-Hola cielo- saluda su tía-. Ella evita el contacto visual, se va directa a su habitación y, antes de que su tía pueda entrar, cierra la puerta.

-Eh, cielo, ¿estás bien? He estado llamándote toda la noche. ¿Dónde has estado? Me dejaste muy preocupada. Saliste con ese tal Carmelo, y además no traes...

Antes de que su tía acabe la frase, Krystel grita desde la habitación:

- ¡No menciones ese nombre!

- Abre la puerta. Sé que ha pasado algo.

- No tengo ganas de hablar con nadie. Soy una estúpida- réplica la joven, desolada.

-Vale, voy a darte tu espacio. Ahora tengo que irme a trabajar. Te quiero, hija- susurra su tutora mientras se aparta de la puerta.

Krystel no hace más que llorar. Se siente una basura, se odia a sí misma. Pasa el día entero en su cuarto.

Recibe una notificación en el móvil. Es un mensaje de su ex novio: “Hace tiempo que no sé nada de ti. Espero que estés bien. Te quiero”. Esto provoca que arranquen otra vez los llantos. Se acuerda de lo que pasó la última vez que se vieron, que él quiso explicarse y ella no lo dejó. Piensa que podría haber estado diciéndole la verdad y ella, como una tonta, salió con un desconocido que le ha arruinado la vida.

Pasaron dos días más y Krystel no salió de su cuarto ni para comer. Tía Helena está llegando tarde al trabajo, pero ha decidido llamar a un médico

cuando salga. La situación no puede seguir así. Llega a su oficina y todo el mundo la está mirando y cuchicheando. No sabe qué es lo que pasa. A medida que va entrando la gente se calla. Se sienta en su escritorio a revisar sus e-mails. Abre el primero y sigue el enlace, y no se puede creer lo que ve: es su sobrina. Las lágrimas brotan de sus ojos. Cierra de golpe el ordenador y sale corriendo de la oficina. Se sube a su coche, conecta la llave pero no es capaz de arrancarlo. Está muy nerviosa. Respira hondo intentando calmarse. Sabe que no puede conducir en esas condiciones, pero también sabe que su sobrina la ha necesitado más que nunca y que no ha estado con ella, la ha dejado sufrir sola. Se baja del coche y cierra la puerta. Pide un taxi. Es la mejor opción.

En el trayecto repasa mentalmente lo que pudo haber pasado aquella noche: “Krystel salió de casa con el tal Carmelo, que conoció por internet; fueron a cenar; ella no vino a casa hasta la mañana siguiente; no respondía mis llamadas; cuando llegó se encerró y no habló con nadie”.

Por fin en casa, se dirige al cuarto de su sobrina:

-Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? ¿Podemos hablar? No hace falta que abras la puerta– le pregunta, preocupada.

-Carmelo no existe. Yo ya no existo, me siento un fantasma– balbucea Krystel, muerta emocionalmente.

- No digas eso cielo– contesta su tía, apoyada en la puerta y muy apenada.

- ¿Crees en el karma, tía? En el fondo me lo merezco– dice la muchacha.

- Abre la puerta. Necesito abrazarte- contesta su tutora con voz llorosa.

-No somos mejores que nadie. Todo ha sido cosa de Esteban, porque por mi culpa le expulsaron del colegio. Ha estado guardándome rencor todo este tiempo. Él preparó todo esto– confiesa Krystel.

-¿Qué?- Su tía no da crédito a lo que oye.-Abre la puerta– le pide.

-Estoy harta de todo; no hago más que daño. ¿Te acuerdas de lo que te dije de Celso? Él no estuvo con nadie. Fue un amigo suyo el que estuvo con su novia en esa habitación. Soy estúpida, destruyo todo lo que toco.

-Krystel, abre la puerta.

Las dos están llorando a mares. La tía sabe que su sobrina está despidiéndose, y no sabe qué hacer. Golpea varias veces la puerta. Intenta abrirla, pero no puede.

- ¡Krystel!- grita. Coge el móvil y llama a Celso.

-Te quiero mucho tía. No te culpes por nada. Siempre has cuidado muy bien de mí. Has estado siempre que te he necesitado– dice la joven.

Celso no contesta. Helena decide llamar a emergencias.

Krystel en su cuarto se toma todas las pastillas que le recetaron para la depresión cuando murió su padre. Se acuesta en su cama y cierra los ojos.

Minutos después, en el vecindario se escucha la sirena de una ambulancia.

CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD

Publicación que recoge la propuesta del Consejo Editorial (2021) del “Certamen Literario 12 de Octubre, día de la Hispanidad”, convocado por los Centros Culturales de España en Bata y Malabo entre los escritores en lengua española de aquellos países que comparten vecindad en los Mares de Guinea.

